This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

~~UNS 163 h. 5~~

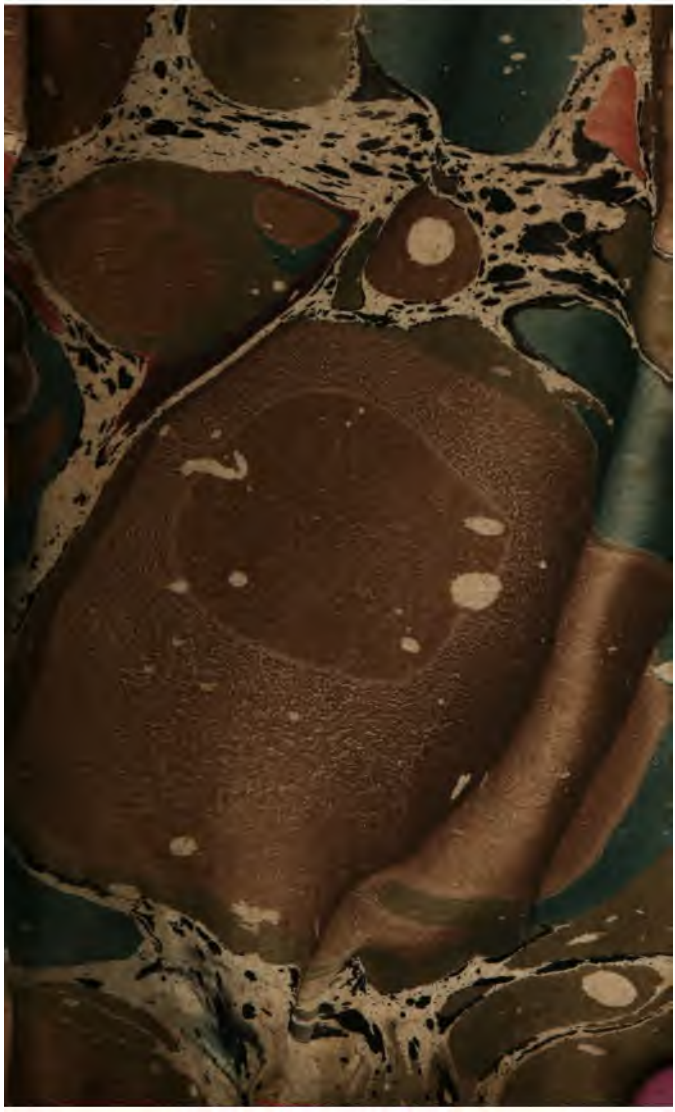
TAYLOR INSTITUTION

DOMINUS ILLUMINATIO MEA

Vet. Span. II A.10

~~UNS 163 h.5~~

Vet. Span. II A.10



~~UNS. 163 h. 5~~

TAYLOR INSTITUTION

DOMINUS ILLUMINATIO MEA

Vet Span. II A 10

~~UNS. 163 h. 5~~

TAYLOR INSTITUTION

DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

Vet. Span. II A. 10

TEATRO,

Ó COLECCION

DE LOS SAYNETES,

Y DEMAS OBRAS DRAMATICAS,

DE D. RAMON DE LA CRUZ Y CANO,

ENTRE LOS ARCADES LARISIO.

Ætatis cujusque notandi sunt tibi mores.
Hor. Art. Poet.

TOMO V.

CON PRIVILEGIO.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
1788.

TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY
OXFORD
17 NOV 1955
UNIVERSITY OF OXFORD

CON PRIVILEGIO.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
1783.

ADVERTENCIA.

La CLEMENTINA que ofrece el Autor al Público, solo se representó á fines del año de 1786 en el coliséo de la Excelentisima Señora Condesa Duquesa viuda de Benavente, de cuya órden la escribió en el corto término de un mes. Sin embargo de esta precision, y la de sugetarse al número de Personas que le señaló S. E. entre su Familia, y sus talentos y genios diversos, se propuso el lucimiento de todos, y alentó su idea á una Pieza original en la fábula, en el ór-

den, y en el enlace de las Escenas patéticas con las festivas; sin faltar á las mas rigorosas leyes del Arte. La *Accion* se reduce á descubrir el origen verdadero de CLEMENTINA, (quando mas procuraban ocultarlo los dos únicos sugetos que le sabian) por un accidente inesperado del Auditorio. El *Tiempo* se puede calcular á 9 horas, que es mucho menos que el periodo de Sol, aunque se considére como quieren los mas rigorosos Preceptistas. El *Lúgar* es fixo. La Escena nunca queda desamparada. Los Actores salen y entran con causa conocida, y se sabe lo que hacen quando faltan de ella: y el entreacto que proporciona el medio del drama, parece oportunamente destinado á la hora de comer.

La magnificencia de dicha Se-

nota Excelentísima en sus funciones, y la numerosa concurrencia á ellas de todos los Cuerpos mas ilustres, mas elevados y mas instruidos Nacionales y Extrangeros que adornan la Corte, son bien notorias: y no lo son menos los votos generales que á su favor tuvo la CLEMENTINA entre tantas personas de excepcion.

No puede negar su Autor quanto le han lisongeado estos aplausos respectivos, y distintos de los que con mas justicia mereció la música del Señor Maestro *Boccherini*; pero no serán sus satisfacciones completas hasta ver el dictamen imparcial del Público: á quien protexta que agradecerá todas las advertencias ó séria crítica, que sobre los defectos de esta Pieza se hagan por qualquiera sugeto que haya acreditado su in-

teligencia en la Poesia Dramática, y sea capaz de manejar la pluma censoria con discrecion, prudencia, desinterés y urbanidad.

INDICE.

DE LAS PIEZAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO V.

Clementina, Comedía de Música en dos actos..... Pag. 1
El Tio y la Tia, Zarzuela en un acto..... 183
La Feria de la Fortuna..... 219
Los Novios espantados..... 259
Las dos Viuditas..... 303
Los Hijos de la Paz..... 341
Los Impulsos del Placer..... 387

ERRATAS.

Pag.	Lin.	Dice.	Debe docir.
110	6	Falta verso: Viva usia muchos años	
id.	8	la acotacion CRISTETA.	
108	13	*deteniendola.*	*deteniendole.*
110	9	No hija,	No hijo
150	24	entrenar.	estrenar.
152	25	pHá	¡Ah
266	7	rabiat	rabiar.
318	25	caballo	á caballo
334	20	Dasta	Basta
371	26	si ¿ fuera	¿ si fuera
372	12	ahorc ría	ahorcaría.
377	2	Dios es Dios	Dios es Dios.
394	12	Cante	Canta

NOTA.

El Real Privilegio exclusivo que tiene el Autor para la impresion y venta de todas sus Obras, se halla al principio del tomo primero.

CLEMENTINA,

COMEDIA CON MÚSICA

EN DOS ACTOS.

No hay para los hombres plaza
que no se cumpla. Podemos
á veces hallar arbitrios
con que se dilaten; pero
ni la ciencia, ni el poder,
ni la autoridad pudiéron
ser superiores jamas
al impulso con que el tiempo
se lleva nuestros alegres
dias, nos trae los funestos,
y sin volver los amados,
presenta los que tememos.

D. Clem. Act. II. Esc. XI.

PERSONAS.

D. CLEMENTE, *Caballero viudo, y muy rico.*
D.ª CLEMENTINA, *su hija en concepto de todos.*
D.ª NARCISA, *hija verdadera, de menos años.*
D.ª DAMIANA, *Aya de las dos.*
CRISTETA, *criada de labor.*
D. URBANO, *Caballero Portugués.*
EL MARQUES DE LA BALLESTA, *Título, y Mayorazgo, Montañés de Castilla.*
D. LAZARO, *Maestro de música.*
UN PAGE.
OTROS CRIADOS.

La Escena es en Madrid, y fixa en una sala de tertulia y de labor en casa de D. Clemente.

La Música es del Maestro D. Luis Boccherini, Agregado á la Real Capilla de S. M. C., y Compositor de Cámara del Rey de Prusia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Sala de tertulia y labor en casa de Don Clemente. Estará adornada al gusto moderno: al lado derecho habrá un fortepiano, y al izquierdo un bastidor acomodado en que puedan bordar dos Damas: sillas al rededor, y figuradas dos puertas que comunican á toda la casa &c.

Doña Narcisa y Cristeta bordando, y cantando.

DUO.

Huid, corazones,
de amor los engaños,
vivireis mas años,
vivireis mejor.

D.ª NARCISA *sola.*

Libre pastorcilla,
mientras sus ganados
de los verdes prados
gustan yerba y flor,
de todos amada,
qual pocas pulida,
cantaba sentida
de ageno dolor::-

A DUO.

Huid, corazones,
engaños de amor.

CRISTETA *sola.*

Oyendo las quejas
de tantos zagales,
que cuentan sus males
al ayre veloz;
procura su alivio,
los valles cruzando,
con todos hablando,
y alzando la voz::-

A DUO.

Huid, corazones,
engaños de amor.

ESCENA II.

Don Lázaro, que ha estado oyendo el último duo desde la puerta, sale cantando la segunda parte de la cantinela, y forma trio.

D. LAZARO.

Pero amor sentido
de su necio alarde,
el pecho una tarde
de muerte la hirió.
Al ver de Florisa
triunfante su alxaba,
despues se burlaba
de la que cantó::-

A DUO.

Huid, corazones;
engaños de amor.

Las dos.

Y al ver ella, quando
de amores perece,
que nada merece
su tierna pasion;
en valles y selvas
la noche y el dia

por sí repetia
la triste cancion: (-
A TRES.
Huid, corazones,
de amor los engaños,
vivireis mas años,
vivireis mejor.

ESCENA III.

Doña Damiana y los dichos.

D.ª DAMIANA.
¡Ola! ¡lo que ha madrugado
el maestro esta mañana!
Aun no son las nueve.
D. LAZARO.
En eso
conocerá usted las ansias,
y la aplicacion con que
ver deseo adelantadas
mis discípulas.
D.ª DAMIANA.
No tanto
que parezca extravagancia
á unos, y que otros noten
por sobra de confianza

las lecciones repetidas,
y en horas extraordinarias.

D. LAZARO.

¿Está mi Señora Doña
Clementina levantada?

D.ª DAMIANA.

Si; pero no está decente
para salir á esta sala,
y dar leccion todavía;
demas que la hora acordada
de la leccion son las doce;
porque mi amo está en casa,
y gusta de divertirse,
y de ver lo que adelantan
las Señoritas.

D. LAZARO.

Apuesto
cinco duros, y apostara
quinientos, á que en Madrid::-
¿qué es en Madrid? en Italia,
no hay maestro que en seis meses
las tuviese aun enteradas
de los principios; y ya
no solo conmigo cantan
qualquier ayre, sino que
á primer vista le sacan;

y en no siendo muy difícil,
al clave se le acompañan.

D.ª DAMIANA.

¡Cómo las adula usted!

D. LAZARO.

¿Yo? jamas.

D.ª NARCISA.

Doña Damiana,
no lo creais; ántes bien
siempre nos pone una cara
tan séria, que mas parece
al escolar que nos daba
leccion de leer y escribir.
¡Si viérais quánto regaña
el dia que no le damos
la leccion bien estudiada!
¡Y qué miedo le tenemos!

CRISTETA.

De ese modo se adelanta,
Señorita.

D.ª DAMIANA.

Otra que tal.

D.ª NARCISA.

¿Quiere usted ver con la gracia
que le solféo al maestro?

D.ª DAMIANA.

¿Cómo solfear?

D.ª NARCISA.

Alguna Aria
de las que están allí encima?

D.ª DAMIANA.

No es esta ocasion, que aguarda
la hermana para almorzar.
Don Lázaro, usted se vaya,
y vuelva á las doce; y tu *á Cristeta.*
dispone para peynarlas
luego.

CRISTETA.

Ya está todo pronto.

D. LAZARO.

¡Qué revestida de Aya
estais hoy, y qué severa!

D.ª DAMIANA.

Yo siempre por las mañanas
tengo mala condicion.

D. LAZARO.

Yo tambien: y mi enseñanza
por eso es mas útil ántes
de comer.

D.ª DAMIANA.

¡Qué linda alhaja!

Vamos. *á Narcisa.*

D. LAZARO.

Cuenta, Señorita,
que tengais bien repasada
la Arieta bufa de ayer.

D.ª NARCISA.

Toda la noche en la cama
la estuve estudiando. Toma,
ya la tengo yo olvidada.
¿Quereis verlo?

D. LAZARO.

Con gran gusto.

D.ª DAMIANA.

No, no.

D.ª NARCISA.

Breve se despacha:
Perdóneme, siéntese,
y escuche Doña Damiana.

Aria graciosa.

Del tiempo los rigores
todo lo cambian, todo:
cambian modas y modo;
y cambian los humores,
conformes á la edad.
Es propia la cordura
de la muger madura:

es propio de los viejos
el dar buenos consejos
con juicio y gravedad:
y es propio de los niños
gustar de los cariños;
como son en los mozos
propios los alborozos,
la petimetrería,
música, y alegría,
la gala, y el paseo,
la danza, y chichiveo:
sufriendo al importuno,
por ver si llega alguno
que hable con seriedad.

Se la lleva Doña Damiana con enfado.

ESCENA IV.

Don Lázaro, Cristeta.

D. LAZARO.

¡Qué graciosa es esta niña!
¡Qué hábil, y vivaracha!

CRISTETA.

No tiene precio.

D. LAZARO.

¿Y la otra?

CRISTETA.

No la puedo ver pintada.

D. LAZARO.

Parece séria.

CRISTETA.

Eso mucho;
y entre modesta, beata,
y filósofa, no hay
quien pueda sufrirla en casa.

D. LAZARO.

¿A quál quiere mas el padre?

CRISTETA.

Dice que igualmente á entrambas,
y así lo publica; pero,
ó yo tengo cataratas,
ó quiere con mas ternura
á la chica, aunque agasaja
mas á la grande; bien que esta
tiene á su favor á la Aya,
como que nunca sus brazos
dexó, despues de criarla,
segun dicen.

D. LAZARO.

De ese modo
es mas natural, que extraña
la preferencia. ¿Y el amo

estima á Doña Damiana?

CRISTETA.

Creo que no quiso mas
á su muger, que Dios haya.

D. LAZARO.

Quizá::

CRISTETA.

Fuera de malicias;
que no tengo mas que un alma,
y no la quiero exponer
por ideas temerarias
de procederes agenos;
harto haré con preservarla
de ideas propias, que van
y vienen en las muchachas.

D. LAZARO.

Verbigracia, un buen cortejo.

CRISTETA.

No es ese mi verbigracia.

D. LAZARO.

¿Pues quál?

CRISTETA.

Un marido honrado,
que la pension me quitara
de servir, y otras pensiones
que sobre las pobres carga

tal vez la necesidad,
y despues el vicio arrayga.

D. LAZARO.

No eres loga.

CRISTETA.

Aunque lo fuera
creed que no me pesara;
porque suelen ser las mas
doctoras mas engañadas.

D. LAZARO.

Viva.

CRISTETA.

Y viva usted tambien,
que yo no tengo esperanzas
de heredarle, y aunque viva
mil años no pierdo nada.

D. LAZARO.

¿Qué sabes tu? Supongamos::-

CRISTETA.

El que usted con sus ganancias
fundase algun beneficio,
y que para él me llamara
despues de morir::-

D. LAZARO.

¿No era *acercándose.*
mejor en vida::-

CRISTETA.

Mis amas
están esperando. *yéndose.*

D. LAZARO.

El diantre
es esta. Cristeta aguarda.

CRISTETA.

¿Qué quieres, Lázaro? *vuelve aguda;*

D. LAZARO.

¡Ola!
Yo estimo la confianza.

CRISTETA.

Yo no; y esto ha sido, sin
admitirla, castigarla.
Si es buena su instancia pene; *á parte.*
y no se burle si es mala. *vase séria.*

ESCENA V.

Don Lázaro, luego Doña Damiana.

D. LAZARO.

¡Ay qué chiste! Entróse adentro. *rie.*
La niña á fe que no es rana;
pero tampoco yo soy
cangrejo, y ando, á Dios gracias.

siempre adelante:- ¡Ay quien viene! *mi-*
Me cogiéron en la trampa. *rando dentro.*

D.ª DAMIANA.

¿Y Cristeta?

D. LAZARO.

¿Yo qué sé?

D.ª DAMIANA.

¿Y qué haceis aquí?

D. LAZARO.

Yo estaba:-
aguardando al templador.

D.ª DAMIANA.

Ya estuvo aquí esta mañana;
y en yéndose usted, no queda
aquí cosa destemplada.

D. LAZARO.

¡Qué genio tiene usted!

D.ª DAMIANA.

Malo.
Por eso le aconsejara
yo, que si quiere dar gusto,
venga á la hora que le mandan,
dé sus lecciones con juicio,
pille sus buenas mesadas,
respete mucho á los amos,
no alborote las criadas,

y se marche con la solfa
á otra parte, que hará falta.

D. LAZARO.

¿Quién es usted para hablarme
así? ¿Sabe con quién trata?

D.ª DAMIANA.

Sé quien soy, y sé que trato
á un hombre que en una casa
quando estorva se detiene,
y quando le esperan tarda.

Aria.

D. LAZARO.

Soy puntual y comedido,
y sé quando voy y vengo:
yo sé por qué me detengo:
Sé quien soy, seré, y he sido:
que no soy qualquier Abate,
musiquillo, ni petate,
y si no hago un disparate
agradezca que es muger::-
¿Muger dixé? ¡Ah dulce nombre!
hechicero, y agradable,
tan terrible para el hombre,
que á el mas crudo y formidable
le destemplas y le templas,
le complaces, le deshaces,

le emborrachas; y le agachas,
y á las viejas, y muchachas
nos obligas á temer.

ESCENA VI.

Doña Clementina, y Doña Damiana.

D.ª CLEMENTINA.

¿Quién grita?

D.ª DAMIANA.

¿Quién ha de ser?
Don Lázaro, que se enfada
conmigo, porque le suelo
reñir sus extravagancias
en las horas de venir,
y decir á las muchachas
tonterías.

D.ª CLEMENTINA.

Haceis bien;
que aunque tiene mucha gracia,
y en él no creo malicia,
en ellas puede ser causa
de distracciones, é ideas
que las hacen descuidadas
por lo ménos, quando no
trascienda el perjuicio al alma.

D.ª DAMIANA.

Me alegro que usted apruebe
mi mal genio.

D.ª CLEMENTINA.

En una casa
de familia, la que dice
las verdades siempre es mala,
y su autoridad en ella
de los demas murmurada.
¿Quién ha bordado esta flor
con tan poca semejanza
á su natural matiz?

D.ª DAMIANA.

No sé quien; pero aquí estaban
la Señorita, y Cristeta
bordando.

D.ª CLEMENTINA.

Si yo enredara
sus labores ¿qué diria?

D.ª DAMIANA.

Era lance de llamarla,
y reconvenirla.

D.ª CLEMENTINA.

No:
porque ya tenemos largas

experiencias de su genio
altivo, y que fuera darla
ocasion para que mienta,
negando, que esta ignorancia
es suya: dirá que es mia,
acaso, ó de las criadas;
y si la contradecimos
las puede decir palabras
que no sufran, y me den
que sentir, si por desgracia
viniese padre, á quien no hay
cosa que efecto le haga,
y altere su natural
serenidad, y templanza,
sino el ver entre sus hijas
y familias suscitada
la discordia.

D.ª DAMIANA.

El sufrimiento
de usted es quien da mas alas
á la soberbia de Doña
Narcisita.

D.ª CLEMENTINA.

Fuera extraña
en mí la menor prudencia,
siendo mayor que mi hermana.

D.ª DAMIANA.

Es verdad.

D.ª CLEMENTINA.

Sentémonos,
que llevamos atrasada
la chupa, y quiero que padre
la estrene en Semana Santa.

D.ª DAMIANA.

Tiempo hay.

D.ª CLEMENTINA.

¿Tiempo, y aun no están
las carteras acabadas?

D.ª DAMIANA.

Pues á ello, que á bien que
somos buenas oficialas.

Trabajan: despues de una breve pausa empiezan á cantar el minué que sigue: con la advertencia que en la segunda parte hace la segunda voz, interrumpida con suspiros y llanto, Doña Clementina.

Blanca paloma,
que el ayre giras,
huye las iras
del cazador.

Bien que su fuego
no es tan activo,
y executivo
como el de amor.

D.ª DAMIANA.

¿Qué es eso?

D.ª CLEMENTINA.

Nada.

D.ª DAMIANA.

¿No veis
que está la tela manchada
de lágrimas?

D.ª CLEMENTINA.

Es verdad.

Saca el pañuelo, y las limpia con cuidado.

D.ª DAMIANA.

¿Y no me direis la causa?

D.ª CLEMENTINA.

Melancolía.

D.ª DAMIANA.

¿Y de qué
nace, hija mia?

D.ª CLEMENTINA.

De nada.

D.ª DAMIANA.

¿Conmigo reserva?

D.ª CLEMENTINA.

Estoy
envidiosa de mi hermana,
persuadida de que padre
con mas cariño la trata
que á mí, y la da la razon,
si hay algun disgusto entre ámbas,
siempre á ella.

D.ª DAMIANA.

Es aprension;
porque yo veo que trata
igualmente á las dos.

D.ª CLEMENTINA.

Si,
en el regalo, las galas,
y::- pero no::-

D.ª DAMIANA.

¿En qué? Adelante.

D.ª CLEMENTINA.

En el lustre, y las ventajas
de nuestro establecimiento.

D.ª DAMIANA.

¿Sentis, si por suerte quaja
la boda de la hermanita

y el Marques, verla elevada
á Marquesa? La verdad,
¿estais algo enamorada
de él?

D.ª CLEMENTINA.

No por cierto. *con desden.*

D.ª DAMIANA.

¿Y de otro?

D.ª CLEMENTINA.

¡Ay! *con rubor y sencillez.*

D.ª DAMIANA.

Ved que otorga quien calla:
y en testimonios de amor
el que suspira declara.

D.ª CLEMENTINA.

Bien tengo por qué.

D.ª DAMIANA.

Decidme
vuestro mal.

D.ª CLEMENTINA.

Si se aliviara
con decirlo, ¿á quién mejor
que á la que desde mi infancia
en sus brazos, y á sus pechos
me crió, y que la falta
suplió de madre, despues?

dando zelos á mi hermana
siempre, por la preferencia
que en la estimacion de la Aya
juzga que debe tener
quien la debió su crianza.

D.ª DAMIANA.

Y juzga bien: así usted
del propio modo juzgara,
que esas razones me dan
derecho á su confianza.

D.ª CLEMENTINA.

¿Me reñireis?

D.ª DAMIANA.

No lo sé.

D.ª CLEMENTINA.

¿Y me dareis la palabra
de callarlo?

D.ª DAMIANA.

Si: y lo juro;
con tal que en las circunstancias
de la eleccion no haya error,
ó desigualdad no haya.

D.ª CLEMENTINA.

No hay error, ni es desigual:
su riqueza, su prosapia
y méritos, si no exceden

á los mios, los igualan.

D.ª DAMIANA.

¿Pero quién es?

D.ª CLEMENTINA.

¡Ay de mi!
Es::- El temor::- ¡Ay Damiana
de mi vida! *se levanta.*

D.ª DAMIANA.

Sosegaos:
solas estamos, amada
Clementina, y ved que siento *la toma*
mucho esa desconfianza. *la mano.*

D.ª CLEMENTINA.

El corazon, al decir
su nombre, se sobresalta
de modo que impide al labio
el uso de las palabras::-

Aria.

¡Ay de mí! ¡Corazon mio::-
qué temor! ¿Por qué palpitas,
y el alivio me limitas
de poder (¡oh Dios!) hablar?
Dulce madre, compadece
la opresion de mi alvedrío:
tu eres sola, (en tí confio)
quien me puede consolar.

D.ª DAMIANA.

¿Con que es::-

D.ª CLEMENTINA.

D. Urbano::- *vergonzosa.*

D.ª DAMIANA.

¡Cielos!
¡Clementina desdichada! *ap. sorprendid.*

D.ª CLEMENTINA.

¿Qué no lo aprobais? Parece
se os ha exâltado á la cara
toda la sangre::- la sangre
de que yo os tengo usurpada
tanta parte, y que deseo
restituir con las ansias *tierna.*
mas vivas de gratitud,
respeto y amor; si bastan
algunas demostraciones
á::- *sollozando.*

D.ª DAMIANA.

No: sosegaos amada
hija mia, y no tengais
la menor desconfianza
de mi alteracion, nacida
de una cosa tan extraña
como veros con tan finos
extremos apasionada

de un extrangero, que apénas
ha dos meses que se halla
en Madrid, y casualmente
ha venido á nuestra casa.

D.ª CLEMENTINA.

¿Qué importa, si llegó á tiempo
de que yo en él encontrara
aquel no sé qué (que nadie
supo jamas), y avasalla
el alvedrío, de modo
que quanto mas se recata
la sujecion, mas violenta
á su dominio le arrastra?

D.ª DAMIANA.

¡Qué disparate!

D.ª CLEMENTINA.

¿En qué está
ese disparate, Aya
mia? ¿No es un Caballero?
¿No aplauden quantos le tratan
su juicio, sus bellas prendas,
sus talentos, y crianza?
Vos lo sabeis, y vos misma
habeis sido exâgerada
en sus elogios tambien.

Mi padre sin él no se halla
en el paseo, en la mesa,
y el estudio: ¡con qué gracia
del orgullo que conoce
en Narcisa se descarta,
y alienta mi timidez!
¡Qué eficaz en las ojeadas!
¡Qué modesto en las acciones!
¡Y con qué expresion que canta!
La música, por sus labios
y sus ojos animada,
mejor que en la fantasía,
en el corazon se graba.
El solo entiende el idioma
con que ese instrumento habla *el clave.*
á las pasiones; pues solo
con él muestra la abundancia,
la potestad, y exercicio
de sus tonos.

D.ª DAMIANA.

Basta, basta,
Clementina.

D.ª CLEMENTINA.

¿Digo mal?

D.ª DAMIANA.

Fuera necia y malograda

qualquiera contradicion
ahora.

D.ª CLEMENTINA.

Será temeraria
siempre, ó será caprichosa.
No dudo que mi desgracia
podrá mas que mi deseo;
pero nunca á mi constancia
quitará la vanidad
de eleccion tan acertada.

D.ª DAMIANA.

Muy bien: volved al trabajo,
y disimulemos, que anda
por aquí cerca Narcisa.

D.ª CLEMENTINA.

¿Pero quedais enojada?

D.ª DAMIANA.

No, si muy compadecida.

D.ª CLEMENTINA.

¿De quién?

D.ª DAMIANA.

De qualquiera que ama;
ved qué será de vos, siendo
parte tan interesada.

D.ª CLEMENTINA.

¿Y sereis mia?

D.ª DAMIANA.

Esa duda
debia llegarme al alma,
si yo no me hiciera cargo
de las tristes circunstancias
en que ahora está la vuestra:
sosegad, asegurada
en mi amor, y prosigamos
la tarea comenzada
alegremente.

D.ª CLEMENTINA.

Ese amor
será del mio esperanza. *abrazándola.*

Vuelven á la labor, y repiten el minué con la letra siguiente: y la diferencia de que en la segunda parte suspira, y hace la segunda voz Damiana.

Duda si vive,
duda si muere,
quien fino quiere
sin esperar:

Porque alternando
gloria y tormento,
no halla momento
de respirar.

D.ª CLEMENTINA.

¿Y ahora por qué llorais
tan tiernamente?

D.ª DAMIANA.

Por nada.

D.ª CLEMENTINA.

¿Me engañais? ¿Es por mí, acaso?
Decídmelo.

D.ª DAMIANA.

Son tan raras
las venturas en el mundo,
y mas las que se afianzan
ligeramente en algunas
pasiones precipitadas,
que temo la vuestra. ¡Ay hija!
Cien y mil veces bien haya
quien á la quietud de un claustro
se retira.

D.ª CLEMENTINA.

Voluntaria,
decis muy bien; pero yo
no me hallo con esa santa
vocacion, y quien sin ella
pisa el claustro, le profana.

D.ª NARCISA *dentro.*

Clementina?

D.ª CLEMENTINA.

Aquí estoy.

D.ª DAMIANA.

Chito.

ESCENA VII.

Doña Narcisa y las dichas.

D.ª NARCISA.

A un lado Doña Damiana, que voy á bordar.

D.ª DAMIANA.

Con modo *se levanta.* se dice.

D.ª NARCISA.

¡Qué delicada es usted! Todo la ofende.

D.ª CLEMENTINA.

Cuenta, Narcisa, no hagas algun disparate.

D.ª NARCISA.

¿Quándo los hago yo?

D.ª CLEMENTINA.

¿Esta mañana no bordaste esta flor?

D.ª NARCISA.

Mientes.

D.ª DAMIANA.

¡Jesus qué frase tan baxa
con una hermana mayor!

D.ª NARCISA.

¿Pues para qué me levanta
falsos testimonios? ¿Juzgan,
porque nació Mayorazga
ella, y usted porque padre
la hizo nuestra fiscala,
(especialmente la mia)
que tengo de respetarlas?
Ya lo huelo.

D.ª DAMIANA.

Tampoco eso
es decente en una Dama
noble.

D.ª NARCISA.

¿Qué quita á lo noble
un ayrecito de maja
tal vez? por dar testimonio
de que ha nacido en España
una muger; ya que al mundo
se presente disfrazada
en Inglesa, Polonesa,

Bostonesa, Circasiana,
ó en Turca, con detrimento
de las reverendas batas.
Yo estoy aguardando el dia
en que la moda nos rapa
el casco, como los Chinos:
que es la última monada
que para imitar á todos
(sino á los nuestros) nos falta.

D.ª CLEMENTINA.

En eso tienes razon.

D.ª DAMIANA.

Y lo habeis dicho con gracia.

D.ª NARCISA.

Siendo mia, es novedad
en usted el celebrarla.

D.ª DAMIANA.

Yo soy justa.

D.ª NARCISA.

Y yo tan libre,
como gazmoña Madama. *por Clement.*

ESCENA VIII.

Un Page y las dichas.

PAGE.

Señoritas, el Marques
de la Ballesta me manda
avisar que está ahí.

D.ª CLEMENTINA.

Di que entre.

D.ª NARCISA.

No tal, dile que se vaya
(si nos viene á enamorar)
á cursar ántes en Francia
ó en Portugal, por seis años;
que huele mucho á montaña,
y Provincia todavía.

D.ª CLEMENTINA.

No, que padre le agasaja,
y lo sintiera: di que entre;
y luego el bastidor saca
donde no estorbe.

PAGE.

Está bien. *vase.*

D.ª NARCISA.

Yo me voy adentro, Aya.

D.ª DAMIANA.

¿Por qué?

D.ª NARCISA.

Porque no me gusta.

D.ª DAMIANA.

No seais disimulada;
y estais deseando ya
que os llamen Marquesa.

D.ª NARCISA.

¡Asquas!
¿De la Ballesta? Al oir
mi título se asustaran
todos, y huyeran de mí.
Aun si fuera flecha, vaya,
que un flechazo da la vida;
pero un ballestazo mata.

D.ª DAMIANA.

Hoy estais de buen humór.

ESCENA IX.

El Marques, las dichas, y el Page, que luego se va, llevando el bastidor.

MARQUES.

Por siempre sea loada
la potestad que crió,
despues de tantas cosazas

tan grandes, tantas cosillas
tan dulces y regaladas
como la miel en el plato,
el chocolate en la taza,
el pernil fresco en la mesa,
y en el estrado las damas.

D.ª CLEMENTINA Y D.ª NARCISA.

Besamos á usted las manos.

MARQUES.

Señora Doña Damiana,
á vuestros pies.

D.ª DAMIANA.

Yo celebro
que Usía tenga, y nos trayga
tan buen humor.

MARQUES.

Eso siempre.

D.ª CLEMENTINA.

Tomad asiento. *se sientan.*

MARQUES.

Entre ámbas,
y lograré la ocasion,
que tengo de preguntarlas
una cosa.

D.ª CLEMENTINA.

Mande usted.

MARQUES.

¿Quál tiene de mí formada
mejor idea? ¿Quál siente
mas, al irme, que me vaya?

D.ª CLEMENTINA.

Yo, aunque lo sintiera, no es *con juicio.*
regular lo confesara.

D.ª NARCISA.

Yo sí, y á voces confieso,
que á mí no se me da nada.

MARQUES.

¡Picarillas! Eso quien
mejor lo sabe es la Aya. *va á ella.*
Decidme en secreto, ¿quál
de las dos tiene mas gana
de casarse?

D.ª DAMIANA.

Señoritas, *se levanta séria.*
ya es la hora en que nos llama
la obligacion que sabeis. *mira el relox.*

D.ª CLEMENTINA.

Sí, vámonos á la sala.

D.ª DAMIANA.

Con el permiso de Usía. *cortesía.*

MARQUES.

El pretexto no me encaja.

y el asunto que he tocado
no será, porque ese agrada
á todas las solteritas.

D.ª NARCISA.

Quando de veras se trata
puede ser; pero no quando
se toma en tono de chanza,
sin mas fin que divertirse,
y ponernos coloradas.

ESCENA X.

Doña Clementina, Doña Damiana, y el Marques.

D.ª DAMIANA.

No tardará mi amo. *cortesía para irse.*

MARQUES.

¿Cómo
tal desayre? *las detiene.*

D.ª DAMIANA.

No desayran
á Usía las Señoritas;
le dan á entender que extrañan
esa franqueza.

D.ª CLEMENTINA.

Es así,

MARQUES.

¿Pues no es una cosa santa
el matrimonio? ¿Os asusta?

D.ª DAMIANA.

Vamos.

D.ª CLEMENTINA.

Aunque me adulara,
huiria de un cierto modo
de hablar, que á pocas agrada. *vase.*

MARQUES.

¿Y por qué?

D.ª DAMIANA.

Una reflexion
tan natural como clara,
si no para el escarmiento,
os sirva para enseñanza.

Aria.

Incauta mariposa,
que clara luz inflama,
por no temer la llama
en ella pereció.

*

Asi nuestro recato
tal vez maldice, y llora
la voz encantadora
que fácil escuchó.

ESCENA XI.

El Marques, luego Don Clemente.

MARQUES.

Me han dexado fresco, aunque,
si mi astrolabio no marra,
no lo tomó por lo sério
tan á mal la Mayorazga;
y aunque yo no necesito
su caudal, miren que tacha;
pues la otra aun huele á pañales,
y tendria que comprarla
muñecas.

D. CLEMENTE.

¿Cómo tan solo?
¿Pues donde están las muchachas,
Marques?

MARQUES.

Aquí las hallé,
y luego Doña Damiana
se las llevó.

D. CLEMENTE.

¿Y para qué?
voy á decirlas que salgan.

MARQUES.

Dexalas, que yo celebro
estén adentro ocupadas,
para que hablemos un rato.

D. CLEMENTE.

Si es materia reservada,
vamos al estudio.

MARQUES.

Es breve,
y aquí estamos bien.

D. CLEMENTE.

Pues manda
quanto quieras.

MARQUES.

Como dueño,
mas que huesped de mi casa
que fuiste, tú la conoces:
sabes que mis rentas pasan
de catorce mil ducados,
limpios de censos y trampas:
te confié que mi viage
era á buscar una Dama
correspondiente en Madrid,
sin pedir mas circunstancias
que noble cuna, mediano
parecer, y bien criada:

te he insinuado varias veces,
que tus hijas me gustaban;
y aunque en alguna me diste
cierto rayo de esperanza,
fué rayo que desparece
en el instante que abrasa;
pues lo propio que decias,
luego lo circunloquiabas
de modo, que jamas pude
conocer por tus palabras
tus ideas. La verdad,
absoluta confianza,
y franqueza, son las tres
señales, que en la balanza
de la amistad, sus quilates
igualan, ó desigualan.
Vamos á pesar la nuestra.
Yo, como amigo, la blanca
mano de una de tus hijas
te pido: si á mi demanda
contextas bien, queda el fiel
de la amistad en su caxa;
pero si pones excusas,
ó rodeos, que dilatan
por ahora el concederlas,
que es lo propio que negarlas,

conoceré que no está
tu amistad, como pensaba,
en aquel justo equilibrio,
y el gran peso que la falta
para igualar de la mia
la fineza y la constancia.
Esto es esto; piénsalo
bien, y á Dios hasta mañana.

D. CLEMENTE.

No, no tengo que pensar:
voy á responderte: aguarda,
y vuelve á sentarte.

MARQUÉS.

Breve,
que ya el corazon me salta
por saber quando me caso,
y qual es la desdichada
que me cabe: previniendo
que á mí me gustan entrambas,
la grande por lo juiciosa,
la otra por lo alborotada. *se sienta.*

D. CLEMENTE.

La amistad que me has propuesto
por medianera en tu instancia
tiene grande autoridad

en mi juicio, aunque le agravias
en dudar que puede haber
cosa en que no te complazca;
pues del corazon á donde
entra la desconfianza,
luego sale la amistad.
Yo creo que el ser tan rara
esta virtud en los hombres,
es porque aquel que no halla
en su amigo lo que quiere,
al instante le degrada
de su concepto, y su amor;
sin atender á las causas
y los casos, en que puede
ser justa la discordancia
de ideas en dos amigos
los mas finos; verbi gracia:
supon que yo, abandonando
todas las leyes sagradas,
mis conveniencias, mis hijas,
la vida, el honor, el alma,
é inflamado de furor
á impulsos de una desgracia,
me voy á matar: tú llegas:
me quieres quitar la espada:
me irrito mas, y la vuelvo

contra tí : tú me desayras,
y con sereno semblante
desprecias mis amenazas,
me reconvienes con justas
razones, pero no bastan,
te olvidas de tu peligro,
te vienes á mí, me ganas
la accion del golpe, y ansioso
(por no perderme) me abrazas,
me sujetas, y al fin con
las mas vehementes palabras,
y eficaces reflexîones
políticas y christianas,
me convences; hasta que
volviendo á su antigua calma
mi corazon, lo conoces
en la paz que ya descansa
sobre mi frente, me sueltas,
y miéntras cubro la cara
yo de rubor, tú la gloria
de haberme vencido cantas.
Pregunto ahora : ¿tendria
yo por ver tan declarada
tu accion contra mis ideas,
razon para murmurarla,
y dudar de tu amistad?

MARQUES.

No, pues con prueba tan clara,
como impedir á un amigo
precipitado, que haga
accion contra sí, ó accion
de que le pese mañana,
da á entender el que la impide
la fe mas acrisolada.

D. CLEMENTE.

¿Así piensas?

MARQUÉS.

Así pienso.

D. CLEMENTE.

Pues esta reflexion guarda
para otra ocasion, y vamos
al punto de que se trata.

MARQUES.

Despachemos ese punto
sin mas paréntesis.

D. CLEMENTE.

Calla,
y oye. Aunque he reconocido
siempre en ti la mas bizarra
y sencilla voluntad,
la prueba mas elevada,
mas cierta para mí ha sido

la idea de que pensáras
asegurar la amistad
con la perpetua lazada
del parentesco, por medio
de una boda, que á tu casa
no estaba mal, y á la mia
dexase mas ensalzada.

MARQUES.

Eso no; bueno será
quedar bien puestas entrambas,
y yo mejor con la novia.

D. CLEMENTE.

Por ahora no.

MARQUES.

Calabazas. *se levanta furioso.*
¿Ahora salimos con eso?

D. CLEMENTE.

Deben ser muy meditadas
cosas de tanto interés,
que indisponen, ó afianzan
la paz y felicidades
de las familias.

MARQUES.

Es vana
esa excusa entre los dos.

D. CLEMENTE.

No es sino bien fundada,
y precisa reflexion,
ántes de dar su palabra
un hombre de bien. Narcisa,
que es por la que se declara
mas tu intencion::-

MARQUES.

La intencion
que yo tengo declarada
es de casarme con una;
y mira como te engañas,
pues es Doña Clementina
la preferida en la instancia.

D. CLEMENTE.

Esa es aun mas imposible.

MARQUES.

¿Cómo?

D. CLEMENTE.

Porque dedicada
á la virtud y al retiro,
no puedo yo violentarla
de la vocacion, que ya
nos tiene manifestada.

MARQUES.

Ese es un falso pretexto,

y una prueba de que es falsa
tu amistad.

D. CLEMENTE.

Señor Marques,
¡qué pronto que se arrebata
usted!

MARQUES.

Con mucha razon. *irritado.*

D. CLEMENTE.

Yo tambien, si lo tomára *sério.*
de otro modo, me ofendiera
al ver que desconfiabas
de mí. Demos tiempo al tiempo,
quizá me darás las gracias.

MARQUES.

No me satisfago.

D. CLEMENTE.

Dia *recio.*
habrá en que te satisfagas.

ESCENA XII.

Don Urbano, y los dichos.

D. URBANO.

¿Qué bulla es esta, señores?
¿ustedes riñen?

D. CLEMENTE.

Son chanzas *disimulando.*
del Marques, que ya sabeis
que algunas veces me cansan.

MARQUES.

No son sino veras mias,
y burlas que no esperaba
de ti.

D. CLEMENTE.

Callemos ahora,
que ya es regular que salgan
las niñas.

MARQUES.

Por mí mas que
las tengas siempre encerradas.

D. URBANO.

Esto va sério. Si yo *cuidadoso.*
me atreviera, os preguntára
el motivo.

D. CLEMENTE.

Frioleras. *disimulando.*

MARQUES.

¿Friolera? Esto es en plata,
que despues de algunos años
que jugamos en la infancia
como amigos: como amigos

vivimos en Salamanca
juntos á una propia mesa,
y en una misma posada,
los años que él estudió,
(que yo no estudié palabra,
porque me dixéron que era
Marques desde que mamaba)
y despues que como amigos
pasamos mil temporadas,
vengo á casarme á Madrid,
echo á una de sus muchachas
el ojo, se la demando
con todas las necesarias
formalidades de estilo: :-

D. URBANO.

¡Ay de mí! ¿Quál será? *ap. sobresalt.*

MARQUES.

Y saca
para negarme una y otra
razones perifraseadas,
que equivalen á un no quiero
en la lengua Castellana.
¿Qué os parece?

D. CLEMENTE.

Ningun Juez
sentencia, sin oir á entrambas

partes. En quanto á Narcisa,
sin mostrarle repugnancia,
le digo, que aun es muy tierna
y viva, para que vaya
investida de Señora
con gentes, y á tierra extrañas.

MARQUES.

Ese ya es pleyto vencido:
lo que me ha llegado al alma
es negarme á Clementina,
que lleva muchas ventajas
á la otra, sin hacer
caso de lo Mayorazga;
pues yo renuncio sus bienes,
y se los cedo á su hermana.

D. URBANO.

¡Infeliz amor, en que *aparte.*
duro contraste te hallas!

D. CLEMENTE.

Le he dicho que la mayor
diferente estado abraza,
y yo no debo impedir
la vocacion que la llama
al Claustro.

D. URBANO.

¿Ya eres del todo *ap. sorprend.*

infeliz, amor! Acaba
de desengañarte, y llora
la muerte de mi esperanza.

D. CLEMENTE.

¿Qué decis?

MARQUES.

¿Qué ha de decir?
¿No conoces en la cara
que pone, y su turbacion,
que está admirado de que haya
amigo que negar pueda
á otro lo que otorgára
á qualquier hombre de bien,
que quisiera unas alhajas,
que en pasando de quince años,
están demas en las casas?

D. CLEMENTE.

En la mia no lo están.

MARQUES.

Esa es satisfaccion vana
tuya, que desmentirian
ellas, si se confesáran
conmigo, ó con el señor
Portugues, que *candu fala remed. tierno.*
cun as meninas, á boca
tuda st le face un agua.

D. CLEMENTE.

¿Qué sentenciais, D. Urbano?

D. URBANO.

Fuera ligereza extraña
mia, que entre dos amigos
tan iguales, sentenciára
contra el uno, ó contra el otro;
pues por lo comun son mañas
de amor estas diferencias,
como entre dos que se aman,
que poco despues que riñen
se perdonan, y se abrazan.

MARQUES.

¡Qué salida!

D. CLEMENTE.

La sentencia
es prudente y adequada.

ESCENA XIII.

Don Lázaro, y los dichos.

D. LAZARO.

A la obediencia, señores:
¿están ya prontas, Madamas?

D. CLEMENTE.

¡Qué siempre vengais de prisa!

D. LAZARO.

Es que hoy tengo cuchipanda,
porque un compañero mio
con una moza paisana
se ha casado: :-

MARQUES.

Dichoso él: *aparte.*
todos en Madrid se casan,
sino yo.

D. LAZARO.

Tienen funcion,
y para comer me aguardan.

D. CLEMENTE.

No es justo hacer mala obra;
voy al instante á llamarlas.
Este hombre ha sido el iris *aparte.*
de la temida borrasca
por ahora. ¡Oh Clementina
inocente y desgraciada!

ESCENA XIV.

El Marques, Don Urbano, D. Lázaro, luego Cristeta.

D. LAZARO.

¿Está el Señor Don Clemente

de mal humor?

D. URBANO.

No sé nada.

MARQUES.

Sí, Señor, y yo tambien.

D. LAZARO.

Celebraré no sea falta
de salud.

MARQUES.

En mí no es mas
que la bilis exaltada.

D. LAZARO.

Tomad agrio de limon,
ú dos azumbres de orchatas.

MARQUES.

Veneno tomaré.

D. LAZARO.

Bien.
Y muy buen provecho os haga.
¿Señor Don Urbano, habeis
mandado copiar las arias,
que os dí ayer?

D. URBANO.

Ya lo he mandado,
y creo estarán copiadas.

Don Urbano se va al clave, y hace como que la repasa.

D. LAZARO.

Ved en el clave esta nueva,
que ayer recibí de Italia.

Sale Cristeta.

CRISTETA.

Señores, dice mi amo,
que perdonen la tardanza
en salir.

MARQUES.

¿Pues qué hacen dentro?

CRISTETA.

Señor, las buenas criadas
deben ver, callar, y oír.

MARQUES.

Me parece que regañan.

D. LAZARO.

A mí todo me divierte.

D. URBANO.

Todo á mí me sobresalta.

D. LAZARO.

Yo voy á ver qué es.

CRISTETA.

No entreis.

D. LAZARO.

¿Pues no soy tambien de casa, y tu compañero?

CRISTETA.

¿Cómo?

D. LAZARO.

Digo por concomitancia::-

CRISTETA.

Ya, si usted lo juzga así, entre, y allá se las haya.

ESCENA XV.

Don Urbano, el Marques y Cristeta.

D. URBANO.

¡Señora Cristeta!

CRISTETA.

¿Qué manda usted?

D. URBANO.

Que usted me haga el favor de dar á Doña Clementina esta tonada Portuguesa.

CRISTETA.

¿Está en papel?

D. URBANO.

¿No lo veis?

CRISTETA.

¿Y con palabras escritas?

D. URBANO.

Sí.

CRISTETA.

Pues usted perdone que en confianza le diga que yo no tomo ni doy papeles que hablan.

D. URBANO.

Es música.

CRISTETA.

Ya lo veo; pero esas solfas me espantan.

D. URBANO.

Yo se la daré.

CRISTETA.

Eso sí.

D. URBANO.

¿Sabeis si querrá tomarla *con ternura.* siendo mia?

CRISTETA.

Yo discurro

que como es apasionada *con bufonada.*
á la música: etcetera.
Hace que se va, y la detiene el Marques.

MARQUES.

¿A dónde con prisa tanta?

CRISTETA.

A mi obligacion.

MARQUES.

Si es
la obligacion de criada,
cúmplela conmigo.

CRISTETA.

¿Cómo?

MARQUES.

Dale un recado á tu ama
la Señorita mayor,
y dila que para hablarla
despues, me quedo á comer.

CRISTETA.

Vaya Usía enhoramala.

D. URBANO.

¿Qué ha sido eso?

CRISTETA.

Lo que esotro.

MARQUES.

Querida, esta fué una chanza.

CRISTETA.

Yo lo creo : y justamente
ahora me acuerdo de una aria
que aprendí en una Comedia,
y creo viene clavada
al asunto : hágame usted
el gusto de acompañarla. *á D. Urbano.*
Con esto los entretengo,
como me ha encargado el Aya;
que hoy no conviene que coman
solos.

D. URBANO.

¿A ver cómo canta,
para conocer el tono?

CRISTETA.

La letra es lo mejor.

D. URBANO.

Vaya.

CRISTETA.

La escena era dos Galanes,
que daban á una muchacha
muy lerda, honores de vieja
muy hábil; y la bellaca,
que era un poco presumida
y soberbia::-

MARQUES.

Verbi gracia: :-

CRISTETA.

Sí, Señor: les respondia
de está manera.

MARQUES.

Despacha.

CRISTETA.

Aria.

Con una buena cara,
y un genio despejado,
es necio y es osado
quien busca por tercera
la que para primera
aun se hace de rogar.

*

Ya no son los amantes
cuerdos como eran ántes,
discretos y rendidos,
tan fieros y sufridos,
que el de pasion mas loco
iba poquito á poco
haciéndose lugar.

*

Amantes sin vigotes,
los mas son unos zotes,

pobretes, y zoquetes,
míseros monigotes,
petates, botarates,
sin mas que fantasía.

*

Quien mas hoy en el dia
gusta de una hermosura,
los castos asegura,
pretende con descanso,
y por boca de ganso
la quiere conquistar.

ESCENA XVI.

Don Lázaro, y los dichos.

D. LAZARO.

Cosas del mundo, aquí rien,
y por allá dentro rabian.

MARQUES.

¿Pues qué hubo?

D. LAZARO.

Una pendencia
cruel entre las hermanas,
de modo que si no acude
su padre á tiempo se arañan.

CRISTETA.

Si usted no se hubiera entrado

á donde no le llamaban,
no lo pudiera saber,
ni despues nos lo contára
sin preguntárselo.

D. LAZARO.

Cierto
que la novedad es rara,
y apénas vengo aquí un dia
que no las halle picadas,
ú con gesto.

D. URBANO.

¿Y qué no salen?

D. LAZARO.

Sí, ya están como una balsa
de aceyte.

CRISTETA.

Ya vienen.

D. LAZARO.

Cuenta
que yo no he dicho aquí nada
mas que todo lo que ví;
pero ha sido en confianza.

D. URBANO Y EL MARQUES.

¡Ay, Clementina!

CRISTETA.

¿Qué par

de amantes tan sin sustancia!
el uno por lo melífluo,
y el otro por lo botarga.

ESCENA XVII.

Don Clemente, sus dos hijas, los de la antecedente, y luego Dona Damiana.

D. CLEMENTE.

Perdonad la detencion,
que en estando preocupadas
de sus labores, no es fácil
del bastidor arrancarlas.

MARQUES.

Parece que ustedes vienen
un poquito acaloradas,
niñas.

D. CLEMENTE.

Ya las he reñido;
pues en la que no trabaja
por necesidad, tal vez
es vicio la demasiada
aplicacion.

D.ª CLEMENTINA.

Yo tengo algo
de xaqueca esta mañana.

D.ª NARCISA.

Yo no; mas tengo un humor
como aquel á quien arrancan
las muelas, y le dan luego
el parabien de que se haya
hecho aquella operacion
sin sacarle las quixadas
de canino.

D. LAZARO.

Buen remedio:
en vez de repasar arias
estudiémos tonadillas
alegres.

D.ª CLEMENTINA.

No tengo gana
hoy de cantar.

D.ª NARCISA.

Yo tampoco.

D.ª CLEMENTINA.

Yo lo hago porque estoy mala.

D.ª NARCISA.

Y yo por estar mejor.

CRISTETA.

¡Qué niñas tan bien mandadas!

D. LAZARO.

Pues me voy.

D. CLEMENTE.

Aun no es la una.

D. URBANO.

Que canten.

D. CLEMENTE.

No porfiarlas,
que quizá lo hacen quejosas
de alguno que hay en la sala,
que en rogándole que cante,
las mas veces las desayra.

D. URBANO.

En mi vida dí motivo
para tener á las Damas
quejosas de mi obediencia:
he cantado veces varias,
ya mandado y no mandado,
y hoy me excuso con mas causa
que nunca.

MARQUES.

¿Tenéis la propia
xaqueca que aquella Dama,
ó el propio humor que la otra?

D. URBANO.

Tengo un pesar, que embaraza
la respiracion.

D. CLEMENTE.

Hace un extremo Doña Clementina.

¿Quál es?

D. URBANO.

Aun no he recibido cartas
de mi padre, y me decia
en la última se agravan
sus achaques conocidos,
y otros de nuevo le atacan.

MARQUES.

¿Y es viejo?

D. URBANO.

No son sus años
tantos, como sus desgracias.
Dadme licencia.

D. CLEMENTE.

Mejor
será que un criado vaya
á ver si llegó el Correo,
y dan ya las apartadas;
puesto que por prevencion
que hice al que las aparta,
os facilité el placer
de verlas anticipadas.

D. URBANO.

Yo os vivo reconocido,

como á toda vuestra casa.

MARQUES.

Se conoce en la obediencia
que teneis. ¡Qué no cantára
yo bien! Que á estas nada como
la música las ablanda.

D.ª NARCISA.

Oyes, Cristeta.

CRISTETA.

Señora.

D.ª NARCISA.

En Don Urbano repara
y en Clementina, verás
que conversacion tan larga
tienen con los ojos. *aparte.*

CRISTETA.

Yo
no les oygo una palabra.

D.ª NARCISA.

Yo tampoco; pero creo
que entiendo todo lo que hablan.

D. CLEMENTE.

¿No vas á dar el recado,
chica?

CRISTETA.

Si usted no me manda

quién ha de ir.

D. CLEMENTE.

Vaya qualquiera,
y el que mas pronto nos trayga
el Correo, si ha venido.

CRISTETA.

Si fuera yo, ellas llegáran
pronto; pero á los criados *haciendo*
les pesan mucho las patas. *que se va.*

D. CLEMENTE.

Oyes, Cristeta,

CRISTETA.

Señor.

D. CLEMENTE.

Luego á la cocina baxa,
y dí que á las dos esté
la comida preparada,
que á las quatro he de salír.

CRISTETA.

Muy bien.

D.ª CLEMENTINA.

Y que avise el Aya.

CRISTETA.

Gran muger debo ser, quando
tantos negocios me encargan.

ESCENA XVIII.

Los dichos, ménos Cristeta.

D. LAZARO.

La una, y tres minutos.

D. CLEMENTE.

Luego
os ireis, que tengo gana
de oir cantar y divertirme,
que á veces aquel que calla
mas, suele padecer mas.

D.ª CLEMENTINA.

Si sentís mi repugnancia
á cantar: yo pronta estoy.

D.ª NARCISA.

Y yo.

D. CLEMENTE.

No estais sazonadas
para ello, segun parece,
por ahora.

D. URBANO.

Yo cantára
por obedecer á todos;
mas tengo tan ocupada
de sombras mi fantasía:

D. CLEMENTE.

El modo de despejarla
era ese, y distraeros
de una pena imaginada.

D. URBANO.

No lo sé; ni la memoria
me ofrece, sabiendo tanta,
música que no sea triste.

D.ª CLEMENTINA.

No es por eso ménos grata.

D. LAZARO.

Cante usted la aria que ayer
me manifestó en su casa.

D. URBANO.

La traygo; pero es la letra
Española, por la extraña
casualidad de ser de una
ópera, con que la infancia
de mi Colegio obsequió
al Embaxador de España.

D.ª NARCISA.

¿Y qué papel hizo usted?

D. URBANO.

El de un infeliz, que amaba
un imposible.

D.ª CLEMENTINA.

El asunto
necesita extraordinaria
expresion para explicarle,
si de la verdad se inflama
que quiere persuadir.

D. URBANO. *con expresion.*

Yo,
quando á solas le estudiaba,
tan de veras lo sentia,
que hallé bañados en agua
mis ojos, y el corazon
zozobrando entre mil ánsias
tal vez; mas luego el respeto
del auditorio ligaba
mis pasiones de manera,
que me era imposible darlas
á entender como queria.

D. LAZARO.

Que es la una y quarto dada,
y aquí estoy de mas.

D. CLEMENTE.

No es tarde.

D. LAZARO.

¿Si el señor se la acompaña,
qué tengo yo aquí que hacer?

D.ª NARCISA.

Oirla y acompañarla.

D. LAZARO. *va al clave.*

Pues si ha de ser, despachemos.

D.ª CLEMENTINA.

Toda estoy sobresaltada. *aparte.*

D. URBANO.

Amor, dame en este lance *aparte.*
tu malicia y eficacia;
esta para herir, y aquella
para que la flecha vaya
tan invisible, que nadie
pueda ver donde se clava.

D.ª NARCISA.

Cántela usted como allá;
verémos si es bueno para
galan, y si padre quiere
harémos algo por Pasqua.

D. CLEMENTE.

¿Callarás?

D.ª NARCISA.

Sí, señor: soy
habladora desgraciada.

D. URBANO.

Aria.

El amante que se queja

de pasion que le ha vencido
con las armas del sentido,
no merece compasion.

*

¡Ay de aquel que preso yace
de su propio entendimiento,
porque halló merecimiento
que haga digna la pasion!

*

MARQUES.

¡Brava música! Y bastantes
expresiones.

D. CLEMENTE.

Demasiadas.

MARQUES.

No he visto yo muchos que
lo hagan mejor en las tablas.

D. URBANO.

¿Qué os pareció, señoritas?

D.ª CLEMENTINA. *con expresion.*

Muy bien: quando toca al alma
la música á nadie puede
disgustar, ni ella ser mala.

D.ª NARCISA.

Voy á pedírsela, ántes *aparte.*
que se la pida mi hermana.

¿Me la quiere usted prestar?

D. CLEMENTE.

¿Para qué?

D.ª NARCISA.

Para copiarla.

D. URBANO.

No la presto? como propia
la teneis á vuestras plantas.

D.ª NARCISA.

La estimo mucho.

D. URBANO.

Y á vos
os presento la tonada
Portuguesa que ofrecí.

D.ª CLEMENTINA.

Yo necesito estudiarla *la guarda.*
mucho.

D. URBANO.

Para eso, señora,
os la traygo bien copiada.

D. LAZARO.

dando vueltas.

¿Quién ha visto mi sombrero?

MARQUES.

Viendo lo que usted tardaba,
se habrá ido solo á la boda.

D. LAZARO.

Pues la hora es para chanzas.

ESCENA XIX.

Es toda cantada.

Sale Doña Damiana.

D.ª DAMIANA.

La comida está servida.

D.ª CLEMENTINA.

Ya, señores, la comida,
segun dicen prompta está. *se levantan.*

El Marques y Don Clemente con la música sin cantar.

MARQUES.

Vamos allá.

D. CLEMENTE.

Vamos allá.

D. LAZARO.

Los tres quartos son ya dados:
apuesto quatro ducados
á que llego tarde ya.

Risa de todos con la música.

Ah, ah, ah,
Ah, ah, ah, ah.

D. LAZARO.

Mi sombrero. *buscándole atolondrado.*

D.ª NARCISA Y D.ª DAMIANA.

Poco á poco.

D. LAZARO.

Me dirán que soy un loco.

Las dos.

Quien lo diga acertará.

D. LAZARO.

En la sala le dexé.

Vá corriendo, y tropieza con Cristeta.

Sale Cristeta.

CRISTETA.

Poco á poco, mire usté
otra vez por donde vá.

Coro riyendo.

Ah, ah, ah, ah, ah, ah, ah.

A quatro.

D. URBANO, D.ª NARCISA, D.ª DAMIANA Y CRISTETA.

El Maestro me dá risa,
y por mas que se dá prisa
al fin tarde llegará.

Coro.

Ah, ah, ah, ah, ah, ah, ah.

D.ª CLEMENTINA.

¿En tan comun alegría,
cómo mi melancolía *sola aparte.*
de todos se ocultará?

Sale Don Lázaro.

D. LAZARO.

Ni aquí fuera, ni allá dentro
mi sombrero no le encuentro:
¿dónde diablos estará?

CRISTETA.

Si quiere que se le dé,
primero dígame usté:
las albricias que me dá.

A tres.

D.ª NARCISA *y dicha.*

Mire aquí y allí.

D. LÁZARO.

No está.

D.ª DAMIANA.

Debaxo de aquella silla.

CRISTETA.

Tocáron la campanilla. *tocan y bate.*

Coro.

¿Quién á estas horas será?

D.ª NARCISA.

¿Quién es á estas horas?

D. LAZARO.

A Dios, mis Señoras.

D.ª NARCISA.

Aguardad querido, *deteniéndole.*
que ahora me ha venido
gana de cantar.

D. LAZARO.

No puedo esperar.

Coro todos.

Déxale marchar.

D. NARCISA.

Yo quiero cantar.

D. LAZARO *y dicha.*

DUO.

Yo quiero cantar. . . . } *él.*
No puedo esperar. . . } *ella.*

Sale Cristeta.

CRISTETA.

Señor, poco á poco. *tropieza.*

Coro todos.

El vá ciego y loco.

D. LAZARO.

No puedo esperar. *vase.*

Coro todos.

Dexadle marchar.

D. NARCISA.

Yo quiero cantar.

Otro ayre.

D. URBANO Y D.ª DAMIANA.

¿Quién era dinos, Cristeta?

CRISTETA.

El mozo que á la estafeta
á buscar fué vuestro pliego,
y dice que luego luego
el cartero le traerá.

D. URBANO.

Ya me falta la paciencia:
yo haré mejor diligencia,
y á buscarle voy allá.

Todos.

En vano se cansará.

CRISTETA.

El correo ahora ha llegado,
y apénas el apartado
para las tres estará.

D.ª DAMIANA.

Que se pasa la comida.

Todos.

Aguardad por vuestra vida,
que el cartero le traerá.

D. URBANO.

A buscarle voy allá.

EL MARQUES Y D. CLEMENTE.

A comer.

D. URBANO.

¡Oh qué porfia!

D.ª DAMIANA Y D. URBANO.

DUO.

Su pesar el alma mia *aparte.*
cómo disimulará.

Todos.

Reyne, reyne la alegria.

MARQUES.

A comer.

D. URBANO.

¡Oh qué porfia!

EL Y CLEMENTINA.

Coro.

Mayor pena . . . . } no se da.
Los otros.
Mayor gusto . . . . }

D. URBANO.

¿Cómo mi padre estará?

Todos.

Presto saldreis del cuidado.

D. URBANO.

¿Si estará ya el apartado?

Todos.

El cartero le traerá.

*

VUELVE D. LAZARO.

El baston se me ha olvidado:
yo estoy todo atolondrado.

CRISTETA.

En aquel rincon está.

Coro.

Ah, ah, ah, ah, ah, ah, ah.

Conclusion todos.

D. URBANO Y D.ª CLEMENTINA.

¡Oh crueles..
Los demas. } sentimientos!
Fuera, fuera..

Dos.

¡Qué tumulto
Todos. } de temores!
Baste, baste..

Y con los buenos licores
excitados los contentos.

D. URBANO Y D.ª CLEMENTINNA.

Para todos . . . . . }
Los demas. } la comida.
Sosegada . . . . . }

Los demas.
Alterada y desabrida *á un tiempo.*
Los otros.
Sazonada y divertida.

Los dos.
Mal . . . . . }
Coro. } provecho nos hará.
Buen . . . . . }

Se entran todos por el lado izquierdo, D. Lázaro corriendo por la puerta del derecho, y dá fin el Acto primero.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Doña Clementina sola, cantando distraida la copla que sigue con la mayor expresion.

D.ª CLEMENTINA.

¡Almas que amor sujetó,
quanta lástima me dais,
si por suerte suspirais
tan en vano como yo!

*

¡Ay de mí! Gran mal sin duda *se sienta.*
es amor. Yo compadezco
á quien de él se queja, y mas
si tiene su entendimiento
tan esclavo como el mio,
tan abatido y sujeto
á su propia voluntad,

tan obstinado, que creo
que al verme libre un instante,
no me hallará sin el peso
de las cadenas, y ansiosa
volveria al cautiverio. *se levanta.*
¿Pero á qué? ¿Con qué esperanza?
¿Qué interés? ¿Hay un exemplo
de que los gustos de amor
jamas sean verdaderos,
ni de que aun imaginados
pasen de algunos momentos
de falsas felicidades,
compradas al grande precio
de continuas amarguras,
sustos, sobresaltos? : : - Pero
Narcisa sale : : - suframos
alma mia, y estudiemos
esta cancion : : - ¿qué papel
será este?

Al abrir el papel de música cae una carta cerrada, que recoge y guarda.

ESCENA II.

Doña Narcisa y Doña Clementina.

D.ª NARCISA.

¿Qué ha sido esto?

Ha visto caer y guardar el papel.

D.ª CLEMENTINA.

Nada.

D.ª NARCISA.

¿Nada? De manera
que un papel, que es lo que veo
que guardas, puede ser nada
si está todo en blanco; pero
si está escrito puede ser
mucho malo, y mucho bueno.

D.ª CLEMENTINA.

Sea lo que fuere, á tí poco
te puede importar.

D.ª NARCISA.

¿A verlo?

D.ª CLEMENTINA.

No seas maliciosa.

D.ª NARCISA.

No
dieras causa para ello,
y no lo sería.

D.ª CLEMENTINA.

¿Cómo?

D.ª NARCISA.

O hay misterio, ó no hay misterio
en el papel que cayó
desde tus manos al suelo
al tiempo que yo llegaba;
si nada importa, ¿qué empeño
tienes en que no le vea
yo, y alzarlo y recogerlo
con prisa y con turbacion?
Y si te importa el secreto
del asunto que contiene,
y ocultármele, quedemos
en que al crédito del juicio
y gravedad del aspecto
no se le opone el tener
tal qual entretenimiento
vulgar, que aparte la mente
de los abstractos conceptos
de las ciencias: verbi gracia,
un cachito de cortejo
ausente, otro en la tertulia,
y otro en el pensamiento,
aguardando la vacante
del segundo ú del primero.

D.ª CLEMENTINA.

¡Qué bachillera estás!

D.ª NARCISA.

Tal
doctora y maestra tengo
en tí. ¿Me das el papel?

D.ª CLEMENTINA.

¡Qué terquedad!

D.ª NARCISA.

Yo te ofrezco
no decirle nada á padre.

D.ª CLEMENTINA.

¿De qué?

D.ª NARCISA.

De lo que te has puesto
colorada. Clementina,
de que sirven los rodeos,
si como dice Cristeta,
locura, amor y dinero
nadie los puede ocultar.
¿Quieres que nos confesemos
una con otra las dos?

D.ª CLEMENTINA.

¿Me buscas con el empeño
de provocarme, muger?
No me obligues: :

D.ª NARCISA.

¿Cómo es eso de amenazas?

ESCENA III.

Doña Damiana y las dichas.

D.ª DAMIANA.

Señoritas, que os aguardan.

D.ª NARCISA.

No querémos café.

D.ª DAMIANA.

No importa: mi amo manda que vuelvan adentro.

D.ª CLEMENTINA.

Yo salí con su licencia á estudiar este ayre nuevo Portugués.

D.ª NARCISA.

Y yo salí á averiguar un recelo que tenia, y que se hizo evidencia. Ya hablarémos Doña Damiana.

D.ª CLEMENTINA.

Tambien
yo la diré los excesos
de tu imprudente malicia.

D.ª DAMIANA.

¿Qué no podais un momento
estar juntas sin reñir?

D.ª NARCISA.

Siquiera porque hoy tenemos
gente de fuera.

D.ª CLEMENTINA.

Id las dos,
que yo á mi leccion me quedo.

ESCENA IV.

Don Lázaro, y las tres dichas.

D. LAZARO.

Escapémo.

D.ª NARCISA.

¿Habeis comido?

D. LAZARO.

En forma: y en cumplimiento
de mi palabra, el café
de ustedes á tomar vuelvo.

D.ª DAMIANA.

Ya estará frio.

D. LAZARO.

No importa,
que en el estómago tengo
yo calor para que hierba
luego que cuele allá dentro.

Al entrar tropieza con Cristeta.

ESCENA V.

Cristeta, y los dichos.

CRISTETA.

Usté es mi persecución,
hombre.

D. LAZARO.

¿Si serán agüeros
esto de encontrarnos siempre?

CRISTETA.

¿De qué?

D. LAZARO.

De que nos queremos.

CRISTETA.

Son pecado: y por si acaso
hareis bien en no creerlos.

D.ª NARCISA.

¿Qué traes, Cristeta?

CRISTETA.

No traygo
cosa ninguna; antes vengo
á llevarme á ustedes dos,
que hoy es banquete completo,
y ha pedido marrasquino
el amo.

D. LAZARO.

¡O licor del Cielo!
que en copa de oro servia
Ganimedes al excelso
Júpiter las fiestas recias,
y en los dias placenteros
de gala con uniforme
grande. Voy.

CRISTETA.

Muy buen provecho.

ESCENA VI.

Don Clemente, el Marques, D. Urbano, D. Lázaro, y las quatro: un Criado con salvilla, ocho copas, &c, y en la otra mano un frasco ensogado segun se sirve el marrasquino. Despues de los primeros versos se sientan los tres Caballeros, las dos Señoras, y Doña Damiana Cristeta en pie á un lado, y el Criado; y Don Lázaro reparte las copas, y corre á todos lados.

D. CLEMENTE.

¡Oh amigo! ¿Ya estais de vuelta?

MARQUES.

Y no llegais á mal tiempo.

D. CLEMENTE.

Por lo mismo que os habeis
empeñado en estar lejos
de nosotros, nos venimos
á buscaros.

D. URBANO.

No es mi empeño
tan atrevido, ni es
mi intencion el ser molesto;

y en prueba de esta verdad
voy, con el permiso vuestro,
á ver si ya dán las cartas.

D.ª CLEMENTINA.

Aun no es hora.

CRIADO.

Sí el cartero
me dixo que las traeria,
y es ocioso ir al correo
hasta despues de las tres.

MARQUES.

Juntos, si gustais, iremos
despues: bebamos ahora
un trago de este consuelo
de afligidos: alegría
de tristes, salud de enfermos,
alkali de los ahitos,
y resurreccion de muertos.
Eche usted, hijo.

D. LAZARO.

Señor,
el gusto es tomar asientos
todos con su copa en mano.
Yo cantaré un tono, haciendo
los honores que merece
tan distinguido sugeto;

y ustedes alternarán
con las coplas, repitiendo
siempre la primera en coro,
Señor Don Urbano, pienso
en aquel de Baco y Ceres.

D. URBANO.

Que no me obligueis, os ruego,
á cantar.

D.ª CLEMENTINA.

Lo suplicamos
todas.

MARQUES.

Y todos tenemos
interés en disipar
vuestros tristes pensamientos.

D. CLEMENTE.

Toma, Clementina. *le dá una copa.*

D.ª CLEMENTINA.

¿Yo?
Señor, sí nunca le bebo.

D.ª NARCISA.

Por los ojos. Pues yo sí. *toma otra.*

D. CLEMENTE.

Hace dias que te observo
melancólica, me dá

pesadumbre, y por lo mesmo
alegráte y canta, que es
lo que conviene, y yo quiero.

D. LAZARO.

Viva el Señor Don Clemente.

D.ª CLEMENTINA.

Ya, Señor, os obedezco.

D. CLEMENTE.

Doña Damiana, sentaos.

CRISTETA.

¿Y yo me retiro, ú entro
tambien en corro?

D. LAZARO.

Señor,
que se quede, compondrémos
las quatro voces. Y usted *á Damiana.*
no se ande con rodeos
de Aya; y pues Dios la dió voz,
esfuércese.

D. CLEMENTE.

Despachemos,
que tengo que ver algunos
papeles, y salir luego
de casa. Copas.

El criado reparte copas, y echa licor.

D. URBANO.

A mí

muy poquito.

MARQUES.

A mí muy lleno.

D. LAZARO.

Seguidnos con atencion,
y saldrá el coro perfecto.

Coro.

Para que los placéres
de amor de Baco y Ceres
podamos celebrar:

*

Ven dulce marrasquino,
ven ¡oh licor divino!
los lábios á templar.

*

D. URBANO.

Para los sacrificios,
que por sus beneficios
debe amor esperar
de aquel feliz amante
que su pasion constante
admitir vió y premiar:

Coro.

Ven dulce, &c.

D. LAZARO.

Baco, el robusto Baco,
despues de entrar á saco
botellas que apurar,
al alzar de la mesa
con nosotros no cesa
festivo de clamar:

Coro.

Ven dulce, &c.

Los dos.

Ceres, cuya franqueza
muestra naturaleza
en tierra, viento y mar,
primogénito suyo,
por el mérito tuyo
te quiere proclamar.

*

Las Damas á quatro.

Ven dulce marrasquino,
ven ¡oh licor divino!
las voces á entonar:

Coro.

Para que los placéres
de amor de Baco y Ceres
podamos celebrar.

*

MARQUES.

Vitor. Lo han cantado ustedes famosamente.

D.ª NARCISA.

¿Y qué hacemos ahora?

D. CLEMENTE.

Vosotras dos
iros á vuestro aposento
por un rato á descansar
con el Aya, miéntras veo
yo unos papeles.

D. URBANO.

Yo voy
á ver si noticias tengo
de mi casa.

MARQUES.

Yo tambien
me voy á dar un paseo
al Prado, que es provechoso
el exercicio y el fresco
sobre el marrasquino.

D. CLEMENTE.

A Dios mis señores. *yéndose.*

Deteniendo á todos.

D. LAZARO.

Caballeros,
Señor Don Clemente, ántes
que se deshaga el congreso,
tengo que dar un recado
de parte del compañero
que se ha casado.

D. CLEMENTE.

¿Qué cosa?

D. LAZARO.

Que con su mayor respeto
y atencion, suplica á ustedes
se dignen favorecerlo
esta noche á una completa
Academia, que ha dispuesto
de escogidos Profesores
de bellas voces; y aun creo
que habrá algo particular.

D.ª NARCISA.

Bien, bien. ¿Padrecito irémos? *saltand.*

D. CLEMENTE.

¿Qué sé yo?

D.ª NARCISA.

Si tal. Por Dios. *mimosa.*

D. CLEMENTE.

Hija, yo se lo agradezco

á Don Lázaro y su amigo;
mas no es justo que abusemos
de su favor, y que vamos
á ocuparle siete asientos
ú ocho.

D. LAZARO.

Aunque vamos doce,
quedará muy satisfecho
del favor. La sala es grande,
y el auditorio selecto
y autorizado.

D. CLEMENTE.

Pues bien,
á la noche nos verémos
aquí.

MARQUES.

¿A qué hora?

D. CLEMENTE.

A la que quiera
ántes de la del refresco
cada uno, y en general
junta determinarémos
lo que se ha de hacer.

D. LAZARO.

Ya está:
es preciso ir, no hay remedio.

Dadle las gracias; mas no
le asegureis de que iremos.
Hasta despues. *se entra.*

D.ª DAMIANA.

Buenas tardes,
señores. *entrándose.*

D.ª NARCISA.

Por Dios les ruego
á ustedes que vengan todos, *la sigue.*
que yo cogeré un momento
á mi padre, y con dos mimos
le haré que vaya el primero.

D.ª CLEMENTINA.

Celebraré que os alivien
las noticias del correo.
Entrando al paso, y vase.

D. URBANO.

Y yo que alivieis las penas
que ignoro en vos, y que siento. *vase.*

ESCENA VII.

El Marques, Don Lázaro y Cristeta.

D. LAZARO.

¿Cristeta?

MARQUES.

¿Doña Cristeta?

CRISTETA.

¿Qué manda Usía? *viva.*

D. LAZARO.

Primero
llamé yo á usted.

CRISTETA.

Puede ser;
pero solo llegó un eco,
que dixo *Doña Cristeta* *séria.*
á mi oido, y el acento
me pareció del Marques
mi señor.

D. LAZARO.

Ya, ya lo entiendo;
perdone usted *mi señora*
Doña Cristeta. *muy rendido.*

CRISTETA.

Pero eso
no importa; si usted me tiene
que mandar al mismo tiempo,
aquí tiene mi oido zurdo:
apliquese Usía al derecho. *al Marques.*

MARQUES.

¿Niña, y tiene usted dos lenguas
tambien para respondernos
conseqüente?

CRISTETA.

No señor;
pero fio en la que tengo
que no me dexará mal;
lo que pido es que sea presto
y corto, no haya pendencia
despues porque me detengo.

D. LAZARO.

¿Tienes muchos que te riñan,
y que te puedan dar miedo?

MARQUES.

Eso es mucho preguntar.

CRISTETA.

Ninguno, porque en sirviendo
bien á mi amo en las pocas
cosas que á mi cargo ha puesto,
ni me reñirá, ni aunque
me riña me dá un bledo,
que en teniendo el alma libre
nadie hace temblar á un cuerpo.

D. LAZARO.

¡Ah guapa!

CRISTETA.

Si su llamada
era para saber esto,
ya está despachado, agur:

señor Marques, ya podemos hablar.

MARQUES.

Aquí en confianza, (con licencia del maestro) te haré una pregunta.

D. LAZARO.

Yo no soy hombre que concedo licencias para que hablen delante de mí en secreto. *quiere irse.*

CRISTETA.

Tampoco yo soy tan boba, *deteniéndola.* que permita que un sugeto se aparte de mi presencia con el mas leve recelo de mi pureza de obras, palabras y pensamientos.

D. LAZARO.

Por si acaso::-

CRISTETA.

No hay acasos para la que á todo juego juega limpio. Ya no doy mis oidos, ni los presto separados. El que tenga

algo que hablar, hable recio.

D. LAZARO.

No lo dixe yo por tanto,
y me doy por satisfecho,
señora.

CRISTETA.

Ya:: mande Usía.

MARQUES.

Vamos claros, Caballeros:
¿estorvo yo? *cortesía, y hace que se vá.*

CRISTETA.

A esa pregunta
sola esta respuesta tengo.

MARQUES.

No, hija mia, aguarde usted
un instante, que les quiero
justificar mi intencion,
y que ni por indiscreto,
ni directo medio ha sido
perturbar qualquier convenio
de presente ó de futuro,
que ustedes tuviesen hecho.

CRISTETA.

Ninguno.

D. LAZARO.

Sino me quiere.

MARQUES.

Esos son negocios vuestros.
El mio es, sino teneis
padrino bizarro, serlo.

D. LAZARO.

Parece que ha hecho su efecto
el marrasquino. *con gracia.*

MARQUES.

No hija,
que estoy en todo mi acuerdo.
¿Ustedes que dicen?

D. LAZARO.

Vaya,
¿qué sea Usía tan chancero,
viendo lo formal que es ella?

MARQUES.

Lo dicho dicho, y tratemos
ahora de mí, que en lugar
de estorvarme usted me alegro
que esté presente, y aguardo
que así como me interesso
yo por los dos, se interesen
ustedes en mis aumentos
y gustos.

CRISTETA.

¿De qué manera?

D. LAZARO.

Como tenga el mas pequeño
arbitrio yo, cuente Usía
con mi espada, y con mi ingenio.

MARQUES.

Lo último necesito
de usted, y de usted primero
saber si este Don Urbano
ha apuntado algun proyecto
de boda, y si es con la grande,
que es lo que yo mas recelo,
ó la chica: si las hace
algunas señas al sesgo::-
si::- etcetera: si se miran
con ojos de casamiento.

D. LAZARO.

Ya: pues eso, señor, nadie
como esta puede saberlo.

CRISTETA.

¿Yo, pobrecita de mí?
¿De qué? ¿Ni yo qué maestro
he tenido de miradas,
de inteligencia, ó de gestos
matrimoniales?

D. LAZARO.

A mí

en cuerpo y alma. Reniego
de tu viveza: ¿no lo has
conocido?

CRISTETA.

No por cierto.
(Rabia, ó explícate como
manda la Iglesia) y volviendo
á Usía, si á los que dicen
que hablan conmigo, no entiendo
como es fácil que penetre
los interiores agenos.

Aria.

Quien libre ha vivido,
quien nunca ha sabido
qué cosa es querer,
de señas y amores,
no es fácil, señores,
que pueda entender.

*

El dice que es bella,
y al oirlo ella
se suele encender:
hay sus ojeaditas,
y algunas señitas
se suelen hacer.

*

Esto vi de paso,
no sé lo que acaso
podrá suceder:
porque yo, señores,
¿de señas y amores
que puedo entender?

ESCENA VIII.

El Marques y Don Lázaro.

D. LÁZARO.

Sonsáquela usted.

MARQUES.

Bastante
ha dicho para un sugeto
que tuviera mas vergüenza
que yo, ú mas entendimiento;
pero este voló, una vez
que el hombre toma un empeño
invencible, y la señora
vergüenza se ha ido muy léjos
de quien despues de un desayre
se aventura á un menosprecio.

D. LÁZARO.

Si así lo conóce Usía,

si así lo siento, no apruebo
su obstinacion.

MARQUES.

Sí, señor:
lo conozco así; y lo siento;
pero no hay remedio amigo.
Yo vivo en un grande pueblo,
con gran casa, y donde un grande
personage represento.
Apénas se susurró
mi viage, como no hay perro
ni gato en él que no sepa
la estrecha amistad que tengo
con Don Clemente, al instante
los pícaros conociéron
que eran sus hijas la espuela
que picaba mi deseo.
Sabrán que hice la instancia
formalmente, y que teniendo
dos hijas, me negó á entrambas
con claridad: esto, esto
me llega al alma. ¿Los nobles
qué dirán, y los plebeyos
de mi lugar? ¿Qué dirá
tambien el Ayuntamiento,
que acaso tendrá encargada

ya la loa del festejo
nupcial, que habrá prevenido
para mi recibimiento?
¿Qué dirán los bayladores,
los músicos, confiteros,
y demas interesados
en las bodas? Por lo ménos
dirán, (y dirán muy bien)
que el propio Marques que viéron
salir con un equipage
tan lucido y tan completo
para volver á su patria
casado, gordo y contento,
vuelve á Extremadura flaco,
melancólico, soltero,
y cargado únicamente
de los gorros que le han puesto
las novias y su tertulia,
su familia, y su maestro:
eso no, amigo y señor
Don Lázaro.

D. LAZARO.

¿Y qué remedio
piensa hallar Usía contra
las rebeldías del pecho
de una Dama, y las ideas

de un padre que á descubierto
rostro la niega?

MARQUES.

Un asalto,
sino bastase un asedio.

D. LAZARO.

¿Con qué auxîlio?

MARQUES.

A mí me basta
solamente con el vuestro.

D. LAZARO.

¿De qué modo?

MARQUES.

De manera:::-
Aguárdese usted verémos
si nos oyen:::- No. De modo,
que segun lo que yo veo,
mi buen amigo Clemente
debe de habérseños vuelto
muy ruin, y por no soltar
el gran dote, que en dinero
y en alhajas libres tiene
de su muger, sin haberlo
reducido á mayorazgo,
como se dixo, ha resuelto
persuadir á la mayor

que se meta en un Convento
por ahora, para hacer
despues con la otra lo mesmo;
y es el caso que las dos,
si yo de ganas entiendo,
tienen tanta gana de
ser Monjas como mi abuelo.

D. LAZARO.

¿Qué interés contra sus hijas
pudiera moverle á eso?

MARQUES.

No es muy dudoso. ¿Sabeis
que sobre año mas ó ménos
tiene apénas treinta y ocho
Clemente, á quien por el negro
interés, aun no cumplidos
los diez y siete, sus deudos
casáron con una Dama
de quarenta? ¿Pues qué exemplo
extraño será que busque
modo de librarse de estos
dos cocos: establecer
un mayorazgo opulento
á su favor: y engañar
alguna niña, en descuento
del engaño que quando él

aun era niño le hiciéron?
¿He?

D. LAZARO.

Del juicio del señor
Don Clemente yo no pienso
así.

MARQUES.

Pues yo lo presumo,
y entre los dos con secreto
se puede averiguar.

D. LAZARO.

¿Cómo?

MARQUES.

Yo le meteré los dedos
á Don Urbano, hasta que
vomitar le haga el empeño
que tiene ú no tiene con
la Clemetina. Vos diestro
y sagaz, quando la deis
leccion, hareis del ingenio
un dulce lamedor, que
la obligue á arrancar del pecho
suavemente las ideas
que descienden del cerebro:
verémos por el esputo
que clase de humor hay dentro.

D. LAZARO.

¿Quién, yo? No es posible que haya
en Madrid hombre mas lerdo
para esas expediciones:
y aun quando fuera discreto,
digo ¿tengo yo semblante
ú oficio de medianero?

MARQUES.

En medianías nupciales
el hombre mas circunspecto
debe entrar.

D. LAZARO.

No entraré yo.
Solo á serviros me ofrezco
con una condicion.

MARQUES.

¿Quál?

D. LAZARO.

Oidla, y despues hablarémos.

Aria.

Sabrá por mis lecciones
la Clementina hermosa
de Usía las pasiones,
zelosa y amorosa,
si es propio de un maestro

ser igualmente diestro
en música y amor.

*

Pero entretanto Usía,
buscando á la Cristeta,
haga que le prometa
ser igualmente mia;
y será una obra pia
muy propia de un señor.

ESCENA IX.

El Marques, y luego Don Clemente.

MARQUES.

¡No es mala comision, zape!
aguárdese picaruelo,
que yo le diré:: pero él,
una vez que yo le ruego
un favor tan semejante
á otro que está pretendiendo,
hace bien en agarrar
la ocasion por el cabello.
Pues así lo haga él por mí,
como yo lo haré si puedo
por él. Aquí á lo modorro
fingiré que estoy durmiendo

á ver si puedo coger
alguna de ellas al vuelo:
si es Cristeta, la insinuo
la comision del maestro:
si es Narcisa, la sonsaco,
y averiguo dichos y hechos;
y si es Madama, la digo
mis honrados pensamientos,
facha á facha la declaro
las malicias que sospecho
en todos, y de una vez
quedo vencedor ó muerto::-
pero alguien se acerca::-ella
parece::-finjo que duermo.

Sale D. CLEMENTE.

Narcisa::-¿Pero Marques
qué haces aquí?

Como asustado se vuelve á la posicion.

MARQUES.

¿Qué ha sido esto?

D. CLEMENTE.

Yo soy.

Fingiendo que sueña.

MARQUES.

Vuelva usted mañana.

D. CLEMENTE.

Dispierta.

MARQUES.

¡Jesus, qué sueño!

D. CLEMENTE.

¿A quién esperas?

MARQUES.

A tí.
¿No salimos á paseo
esta tarde?

D. CLEMENTE.

No, porque
me tienen citado á un cierto
asunto, y es algo urgente.
Al anochecer te espero
á beber aquí.

MARQUES.

Supongo
que á la música no irémos.

D. CLEMENTE.

¿Por qué?

MARQUES.

Porque estás tan raro,
y tan trocado de genio,
que toda aquella bondad,
aquel corazon abierto,

aquella condescendencia
á qualquier gusto y consuelo
del menor amigo tuyo,
la has convertido en despego
comun, en ingratitud
con tus amigos; y aun esto
no es lo peor; en abandono
de tu obligacion, queriendo
dar un estado á tus hijas,
que ellas confiesan diverso
á su voluntad; y no
se les dió en este concepto
la autoridad á los padres.
Si quieres ver un exemplo
de como se debe usar
y no abusar, dame presto
una hija tuya, verás
que bien crio yo á tus nietos,
y qué á su gusto los pongo
yo en estado.

D. CLEMENTE. *sonriéndose.*
Ya hablarémos.
Anda con Dios.

MARQUES.
¡Bravas cosas *apart.*
le he dicho; y qué bien! Yo creo

que le han de hacer mucha fuerza,
porque él tiene entendimiento.

ESCENA X.

Don Clemente, Doña Narcisa, y el Page.

D.ª NARCISA.

¿Se fué el Marques, papá? *atisvando.*

D. CLEMENTE.

Sí;
¿por qué si estabas oyendo
que te llamaba no entraste?

D.ª NARCISA.

Por el justo miramiento
de no estorvar quando dos
están hablando en secreto.

D. CLEMENTE.

Vaya, ¿y quál es el que tienes
tú que decirme?

D.ª NARCISA.

¿Yo?::-

D. CLEMENTE.

Presto,
que estoy de prisa.

D.ª NARCISA.

¿Yo? Nada.

D. CLEMENTE.

¿Pues las señas y misterios
porque saliera á qué vienen?

D.ª NARCISA.

¡Ay papá mio, que siento
yo tanto ser habladora!::-

D. CLEMENTE.

Pues si lo sientes, no serlo:
y si lo que has de decirme
son chismes de casa, ó cuentos
de vecindad, dexálo.

D.ª NARCISA.

No señor, si fuera eso
yo callára.

D. CLEMENTE.

Pues bien, habla.

D.ª NARCISA.

Mi tio Don Baldomero
el Dean me ha dicho que
si algo malo en casa veo
lo calle, y le dé á usted parte
para que ponga remedio.

D. CLEMENTE.

¿Y qué has visto?

D.ª NARCISA.

Que mi hermana

estaba un papel leyendo
quando á todos nos dexó
en la mesa, con pretexto
de ir á estudiar la cancion
Portuguesa, y yo recelo
que el papel era papel. *con malicia.*

D. CLEMENTE.

Seria la letra ó versos,
separados de la solfa.

D.ª NARCISA.

No lo creais; pues lo mesmo
fué verme entrar que turbarse;
le dexó caer en el suelo;
y aunque procuró ligera
alzarle, y yo estaba léjos,
bien columbré que tenia
sobrescrito. Añada usted á esto
algunas observaciones
que ya la familia ha hecho
entre Don Urbano y ella,
y verá si yo lo debo
callar; suplicando á usted, *con mimo.*
padre mio al mismo tiempo,
que no la regañe mucho.

D. CLEMENTE. *disimulando.*

¿Por qué? ¿Me juzgas tan necio

que crea cuentos de niñas,
y haga caso de ligeros
descuidos, que averiguados
no son lo que parecièron?

D.ª NARCISA.

Ya, ya.

D. CLEMENTE.

¿Si algo hubiese, Doña
Damiana, no hubiera puesto
enmienda?

D.ª NARCISA.

Si fuera yo
se alborotára el Concejo,
y me hubiera puesto como
un zapato; pero siendo
travesuras de mi hermana,
para ella son gracias.

D. CLEMENTE.

Creo
que estás envidiosa.

D.ª NARCISA.

¿De ellas?
No señor: lo que yo siento
es que Clementina me aje
en público, y ponga un ceño *tierna.*
para que crean las gentes

que soy mala, y no merezco
otra cosa: : -

D. CLEMENTE.

Yo lo dudo
de su juicio, y de su genio
amable.

D.ª NARCISA.

Sí le tuviera
no le diera á usted consejos
contra mí.

D. CLEMENTE.

¿Pues quál me ha dado?

D.ª NARCISA.

Que no me haga usté el baquéro
que me ha ofrecido á la Inglesa.

D. CLEMENTE.

¿Picarilla, ese es pretexto
para acordármelo? Dí
la verdad.

D.ª NARCISA.

Sí señor. *vergonzosa.*

D. CLEMENTE.

Eso
me gusta: y porque la has dicho,
y has confesado el exceso
con rubor de la mentira,

Has de ir esta tarde, luego,
á sacarle como quieras.

D.ª NARCISA.

¿De veras, padre?

D. CLEMENTE.

Lamberto.

Sale el Criado.

CRIADO.

¿Señor?

D. CLEMENTE.

Dí á Doña Damiana
se prevenga, y tú lo mesmo,
para salir con Narcisa
á pie: y que se vea primero
conmigo.

CRIADO.

Muy bien, señor. *vase.*

D. CLEMENTE.

Y tú marchate al momento
á prevenir. Ya es preciso
remediarlo. *aparte.*

D.ª NARCISA.

¡Bravos zelos *aparte.*
tendrá al verme guapa, y yo
qué gustazo y qué coléo!

D. CLEMENTE.

¿Qué dices?

D.ª NARCISA.

Que siento que crea usted que yo me quejo sin razon.

D. CLEMENTE.

No; mas lo dudo.

D.ª NARCISA.

Pues á la experiencia apelo.

Aria.

Cruel, injusta, ingrata
mi hermana me maltrata
con rostro ayrado y fiero:
y quanto mas la quiero
mas me aborrece á mí.

*

Pero mi padrecito
es justo y amoroso,
hermoso y generoso,
y á la mas pobrecita
su hija mas chiquita
la quiere mucho. ¿Sí?
¿Sí, padrecito, sí?
Se le cayó la baba, *aparte.*

que no lo ví pensaba;
pero á fe que lo ví.

ESCENA XI.

Don Clemente y Doña Damiana.

D. CLEMENTE.

No hay para los hombres plazo
que no se cumpla. Podemos
á veces hallar arbitrios
con que se dilaten; pero
ni la ciencia, ni el poder,
ni la autoridad pudiéron
ser superiores jamas
al impulso con que el tiempo
se lleva nuestros alegres
dias, nos trae los funestos,
y sin volver los amados
presenta los que tememos.
Sin duda llegó el que yo
temí tanto.

Sale Doña Damiana.

D.ª DAMIANA.

¿A qué tenemos *con basquiña.*
ahora que salir de casa?

D. CLEMENTE.

A qualquier cosa, que quiero *sério.*
quedarme con Clementina
á solas.

D.ª DAMIANA.

¿Para qué efecto,
señor?

D. CLEMENTE.

Para precaver
ó corregir varios yerros,
que acaso vos no podeis,
ú no os dexa ver el ciego
amor con que la mirais.

D.ª DAMIANA.

Sabeis: : -

D. CLEMENTE.

Sé que soy el dueño *firme.*
de mi casa, y que de vos
recobro ahora el derecho
que os tenia subrogado.
Id á elegir un baquero
con Narcisa de su gusto,
y si quiere algun enredo
mas: divirtiendo una hora
sobre poco mas ó ménos
en la diligencia.

D.ª DAMIANA.

Voy *con sumision*.
con temor á obedeceros.

D. CLEMENTE.

¿Por qué?

D.ª DAMIANA.

Porque nunca os vi
tan ayrado, y tan resuelto
contra nadie.

D. CLEMENTE.

En ella está
el que me halleis más sereno
á la vuelta. Sea obediente,
y será feliz.

D.ª DAMIANA.

Ya:: pero::

Minuet.

Vos sois su padre,
vos su esperanza,
y su crianza
debe á los dos.

En el amparo
de su inocencia
vuestra clemencia
premiará Dios.

Hace que se vá, y la llama con ansia

D. CLEMENTE.

¿Doña Damiana, qué puedo *tierno.*
yo hacer por esta muchacha,
que ya no lo tenga hecho?

D.ª DAMIANA.

Es verdad, y por lo mismo
en que dure me interesa
vuestra ternura con ella.

D. CLEMENTE.

¿Y puedo aprobar su genio *sério.*
dominante, vanidad
y maltrato en menosprecio
de Narcisa?

D.ª DAMIANA.

Esa es calumnia, *séria.*
ó es queja sin fundamento
de ella; bien al contrario
la que nos está poniendo
todo el dia en ocasion
de quimeras y de cuentos
es Narcisa, á no mediar
mi prudencia, y el talento
de Clementina.

D. CLEMENTE.

Supongo

en mal estado el proyecto
de religion.

D.ª DAMIANA.

Suponeis
bien. No hay que hablarla en eso.

D. CLEMENTE.

Y en Don Urbano : : -

D.ª DAMIANA.

Señor : : - *con susto.*

D. CLEMENTE.

Doña Damiana, dexemos
escusas é intercesiones.
Yo ha dias que los observo
á los dos; hice mis pruebas
corrientes, y me saliéron
como imaginé: él la quiere,
y es correspondido.

D.ª DAMIANA.

Es cierto. *con sumision.*

D. CLEMENTE.

¿Con que no es malicia mia?
¿No lo negais?

D.ª DAMIANA.

¿Cómo puedo
yo negar lo que conozco,
y ella con poco tormento

me confesó?

D. CLEMENTE.

¿Lo confiesa *enfadado.*
ella misma? ¿A tal extremo
de libertad la conduxo
su pasion? Ya no hay remedio.

D.ª DAMIANA.

¿Pero, señor, qué intentais?

D. CLEMENTE.

Id con Dios, *vuelve la espalda.*

D.ª DAMIANA.

Yo no pretendo
contradeciros, ni vuestras
resoluciones me atrevo *se acerca tímida.*
á suspender, porque todos
los inconvenientes veo
de su amor, y sé mejor
que vos la impresion que ha hecho
en su alma docil: pero ella
ignora su estado adverso,
vé que es permitido amar,
y se fia en los exemplos.

D. CLEMENTE.

Marchad al punto, y á ella
decidla que entre, y silencio.

Repite el minuet, y se vá.

D.ª DAMIANA.

Si á las pasiones
la estrella induce,
y ella produce
nuestro pesar.

*

¿Por qué la culpa,
que es de su estrella,
nuestra hija bella
debe pagar?

ESCENA XII.

Don Clemente y Doña Clementina.

D. CLEMENTE.

Dice bien. El caso es
tan contingente y tan nuevo,
que no se hallan exemplares
ni autores á que apelemos
para dirigirle. Dios,
que vé mi corazon tierno
y justo, mueva mis labios,
y dicte á mi entendimiento.

Sale Doña Clementina.

D.ª CLEMENTINA.

¿Señor, qué mandáis?

D. CLEMENTE.

¿Se ha ido
ya Narcisa?

D.ª CLEMENTINA.

Ahora saliéron
por la otra puerta.

D. CLEMENTE.

¿Y Cristeta?

D.ª CLEMENTINA.

Será sin duda con vuestro
permiso, Doña Damiana
se la llevó.

D. CLEMENTE.

Bien ha hecho;
mas con todo cerraré
el gabinete por dentro,
por si acaso son curiosos
los demas de casa. *se entra.*

D.ª CLEMENTINA.

¿Cielos,
que querrá de mí mi padre
con tan extraños misterios
y precauciones? Amor,
tú me has vendido.

Sale D. CLEMENTE.

Ya creo

que estamos seguros. Ahora
siéntate.

D.ª CLEMENTINA.

Señor: : - Yo tiemblo.

D. CLEMENTE.

Siéntate.

D.ª CLEMENTINA.

Ya estoy sentada.

D. CLEMENTE.

No te alteres, que no intento
darte disgusto; al contrario,
dar ya los pasos resuelvo
últimos con que asegures
tu ventura y tu sosiego
perpetuamente.

D.ª CLEMENTINA.

¿Con qué
pagaré yo los excesos
de vuestro amor?

D. CLEMENTE.

No le sabes
aun bien para agradecerlo:
y en hallándote obediente
bastante premiado quedo.

D.ª CLEMENTINA.

Mandad, señor.

D. CLEMENTE.

Dime ántes,
¿qué religion, qué convento,
que hábito te gusta mas?

D.ª CLEMENTINA.

A mi juicio los encuentro *con alteracion.*
á todos iguales.

D. CLEMENTE.

¿Cómo?

D.ª CLEMENTINA.

Porque á todos los venero,
y envidio la santa paz
y virtudes que contemplo
en sus claustros. ¡Ojalá
que yo para entrar en ellos
sintiera en mí los mas vivos
impulsos, y mas sinceros
de vocacion! sin la qual,
padre mio (me estremezco
al pensarlo) si yo fuera
capaz por algun respeto
humano de revolverme,
me usurpára: (¡oh Dios inmenso,
para quien nada está oculto!)
Me usurparia el aliento
para hacer votos forzados.

l horror del sacrilegio.
nfelices las que penden
le padres tan indiscretos
/ tan injustos, que exponen
us hijas á tales riesgos.

D. CLEMENTE. *dudoso.*

'Me ha confundido) es verdad;
in embargo mi deseo
ra verte en este estado,
orque te conviene: luego
uizá tú le abrazarás
in forzarte yo. Tratemos
le otra materia: ¿tú tienes
nclinacion á diverso
stado?

D.ª CLEMENTINA.

No la conozco,
ni me inquieta si la tengo.

D. CLEMENTE.

¿Y á algun hombre?

D.ª CLEMENTINA.

Si se llama
inclinacion el aprecio
justo del que nos presenta
mayores merecimientos,
siendo notorios los muchos

de Don Urbano, os confieso
que le estoy muy inclinada.

D. CLEMENTE.

Sus buenas prendas no niego
para ser muy apreciable
en qualquier sociedad; pero
me parece que le falta
aquel ayre, aquel manejo,
y aquella sal, que se lleva
de las Damas los afectos.

D.ª CLEMENTINA.

Si la Dama solo tiene
ojos y oidos, concedo;
mas como la Dama tenga
corazon y sentimientos
de honor, de juicio y virtud,
exâminará primero
si hay alma, y qué clase de alma,
en esos gallardos cuerpos,
si el manejo es libertad,
y la sal atrevimiento:
y siempre los tratará
con precaucion ó desprecio.

D. CLEMENTE.

Con todo, para un marido,
que ha de ser continuo objeto

de su muger, convendrá
la buena presencia.

D.ª CLEMENTINA.

Es cierto;
pero si me es permitido
tambien á mí hablar en esto,
para un marido, con quien
siempre he de estar discurriendo
en la variedad de cosas
que en una familia veo
que ocurren, á quien por ley
siempre he de tener sujeto
mi alvedrio, que ha de ser
las delicias, el consuelo,
el apoyo de mi casa,
mi único amigo: prefiero
á la gala y la viveza,
el juicio y entendimiento,
méritos que no destruyen
casualidades ni tiempos.
Y finalmente yo he oido,
ó he leido (no me acuerdo)
que hay muchos ojos capaces
de acostumbrarse á lo feo;
mas no constancia que sea
capaz de sufrir á un necio.

D. CLEMENTE.

No digas mas Clementina,
que bastante has descubierto
tu vocacion, y confirmas
todo lo que yo sospecho.
¿El sabe tu amor?

D.ª CLEMENTINA.

Por mí,
pongo por testigo al Cielo,
que no lo sabe.

D. CLEMENTE.

¿Y tú el suyo?

D.ª CLEMENTINA.

Sí señor; mas advirtiendo
que él no lo dixo.

D. CLEMENTE.

¿Pues quién?

D.ª CLEMENTINA.

Sus ojos y su silencio
halláron modo, señor,
y sus cobardes obsequios,
sin atreverse á decirlo,
de que yo llegue á saberlo.

D. CLEMENTE.

¿Y no hay mas?

D.ª CLEMENTINA.

No señor.

D. CLEMENTE.

Mientes;
y para convençimiento
tuyo, dame aquel papel
que hoy has recibido dentro
del aria que esta mañana
te dió.

D.ª CLEMENTINA.

Bien previne el riesgo *aparte.*
luego que lo vió Narcisa.
Si este solo fundamento
tiene vuestra presuncion,
Le dá el sobrescrito solo.
este es el papel que abriendo
el de música cayó
por casualidad á tiempo
que entró la niña, y por verle
tomó tan furioso empeño,
que me obligó á hacer á mí
el contrario. Ya comprehendo
que ella os lo ha dicho.

D. CLEMENTE.

Es verdad,
y repugnancia no encuentro

en creer que este sobrescrito
viniese en el aria embuelto
por descuido. Vamos ahora
á hablar claro, y despachemos
que voy á salir. Procura
Toma la espada y sombrero.
lanzar ese amor del pecho
ántes que crezca su llama;
y te abrases con su fuego.
Ni pienses, si lo has pensado,
en casarte.

D.ª CLEMENTINA.

Yo no pienso *turbada y humilde.*
nada sin vuestro permiso.

D. CLEMENTE.

Pues no te le doy, ni debo
darle, bien á mi pesar;
y con Don Urbano ménos.

D.ª CLEMENTINA.

Pues sino es con Don Urbano, *viva.*
tampoco, señor, le quiero.

D. CLEMENTE.

Ese es imposible: otro
qualesquiera será opuesto
á tu felicidad. Mira
si con razon te aconsejo

que te retires á un claustro,
y breve.

D.ª CLEMENTINA

exclama con la mayor expresion.

¿Señor, qué es esto?
¿Qué desventura es la mia?
¿Qué detestables defectos
tiene este hombre, ó tengo yo?
Doy caso que nos amemos,
¿qué escándalos hemos dado?
¿No sería el mas honesto
nuestro fin? ¿De nuestra union
qué extrago, qué vilipendio
resultaría á esta casa?
No os consta que él es sugeto
en quien concurren ilustre
sangre, caudal y talento?
¿Yo, con aquella ventaja
que le plugo darme el Cielo,
sin algun mérito mio,
de que naciese primero,
no soy vuestra hija?

D. CLEMENTE.

No:
Y ya que al último extremo *furioso.*
llegan tus reconvenciones,

llegue tambien tu escarmiento
y tu desengaño. No
eres hija mia; un tierno
impulso, una arrebatada
piedad te favoreciéron
para que yo te adoptase
como tal, y parecerlo.
Hija de ignorado padre
te hallé acaso, como huyendo
del rigor de una desgracia
que dió muerte al mismo tiempo
que tú naciste á tu madre.
Basta con que sepas esto *mas templado.*
por ahora, y que no hay mas
que alcancen este secreto
que tu Aya y yo, para que
conozcas que yo no puedo
hacer mas por tí, en perjuicio
del legítimo derecho
de Narcisa, y ocultar
mas tu obscuridad, á ménos
de que tu conformidad
la eche para siempre un velo,
con la aparente virtud
de que renuncias lo ageno.
Sola quedas: piénsalo

entretanto que yo vuelvo;
con la advertencia de que
si al asilo de un Convento
no apelas en tus desgracias
desde hoy, yo seré el primero
mañana que las publique;
y que si has sido el objeto
hasta aquí de las caricias
de las Damas, del obsequio
de los hombres y tertulias,
y del amor y respeto
de la familia, serás
en adelante el desprecio
de ella, de tus amigas
serás oprobio, un exemplo
del falso amor de los hombres,
y la fábula del pueblo.

ESCENA XIII.

Doña Clementina sola, que ha oido á Don Clemente inmobil, le mira al irse, y despues de una pausa se dexa caer al suelo, y apoya la cabeza sobre las manos en una silla.

D.ª CLEMENTINA *despues de una pausa.*
¡En desgracia tan nueva,

en golpe tan violento,
aquí de tus bondades,
aquí, gran Dios, aquí, que yo fallezco!
Pausa.
No es mi padre este hombre:
bien dice, yo lo creo;
¿pues cómo era posible
abandonarme de este modo á serlo?
Ya se vió por su padre
tal vez hijo perverso
privado de la herencia,
del domicilio, y el amor paterno.
Pero en el propio instante,
aun mas que ayrado, tierno
decia: este es mi hijo,
y por malo le arrojo de mi seno.
No es mi padre este hombre:
madre tampoco tengo:
parientes no conozco;
¿pues dónde iré? ¿quién me dará consuelo?
¡Oh duro golpe! ¿Y quándo?
En el propio momento
casi que mi flaqueza
acaba de entrenar el de los zelos.
¡Ah cruel Don Urbano!
Y mas que mi supuesto

padre; ¿por qué tus ojos
me dicen lo contrario que este pliego?
Si otra Dama te trae
á Madrid con precepto
de tus padres, ¿qué idea
es la tuya? ¿Quál es tu infame intento?
¿Engañarme? Sería *soberbia.*
mi espíritu soberbio
capaz: - de confundirme *abatida.*
ó de morir, si de quien soy me acuerdo.

ESCENA XIV.

Don Urbano, y Doña Clementina.

D. URBANO.

¿Cómo abiertas las puertas
á estas horas encuentro,
y esto solo?: - Señora,
mi llanto perdonad, y mi silencio.

D.ª CLEMENTINA.

¡Ah perjuro!

D. URBANO.

Una carta,
ántes que mis afectos
á esperanzas llegasen,
me trae á daros el á Dios postrero.

D.ª CLEMENTINA.

Ya lo sé, y nada extraño
le será el sentimiento
de perder lo que se ama
á la que el propio mal está sintiendo:
á la que no es posible
qual á vos el consuelo.

D. URBANO.

¿Cómo?

D.ª CLEMENTINA.

Cobrad la carta
que imaginais perdida, y el aliento. *se la dá.*

D. URBANO.

Esta carta, señora,
es de mi padre.

D.ª CLEMENTINA.

Es cierto:
y en ella os hace cargo
de la mas vil accion de un Caballero.

D. URBANO.

¿Quál es?

D.ª CLEMENTINA.

Vedlo patente:
divertirse en mi obsequio,
(¡Há ingrato! Quando de otra
os traen los intereses y el deseo,)

D. URBANO.

¿Y quién la puso? (¡ay triste!)
en vuestra mano?

D.ª CLEMENTINA.

El Cielo,
protector de inocentes,
quizá para evitarme un escarmiento.

D. URBANO.

¡Ah, si fuera tan fácil,
como es satisfaceros,
poder yo persuadirme
á que sintierais vos el verme ageno!

D.ª CLEMENTINA.

Quizá : : -

D. URBANO.

Decid.

D.ª CLEMENTINA.

Dexadme.

D. URBANO.

¿Cómo dexaros puedo
sin apurar venturas
que quisiera entender, y no me atrevo?

D.ª CLEMENTINA.

Dexadme : ¡ Ay Dios! dexadme:
no apreteis el tormento,

y en mi oprimido labio
lo que no hizo el amor haga el despecho.

D. URBANO.

Recitado.

¿Amor? ¿Amor? ¿Y llanto?
mal pronunciado aquel, y este furioso!
si de afecto zeloso
procede tu quebranto,
y de causarle soy el venturoso,
yo te juro por quanto: : -

D.ª CLEMENTINA.

En vano juras,
te afanas, y procuras
precisarme á decir pena tan fiera,
que á ser zelos no mas la agradeciera.

D. URBANO.

¿Qué mal hay mas terrible?

D.ª CLEMENTINA.

Un amor declarado é imposible.

D. URBANO.

¿A quién?

D.ª CLEMENTINA.

¡Oh padres!

D. URBANO.

¿Cómo?

D.ª CLEMENTINA.

Yo fallezco.

D. URBANO.

Mas que te amo, ya te compadezco.

D.ª CLEMENTINA.

DUO.

No imploro tus piedades
quando te pierdo y lloro;
tu compasion imploro
quando á otra dés el sí.

*

D. URBANO.

Tú sola fuiste, sola,
dueño del alma mia
desde el primero dia
dichoso que te ví.

D.ª CLEMENTINA.

Contraria.

D. URBANO.

Temeraria.

D.ª CLEMENTINA.

Determinó la suerte.

Los dos.

Solo podrá la muerte.
Separarme de tí.

*

D. URBANO.

Dame la mano
verás que juro
solemnemente,
que eternamente
te adoraré.

D.ª CLEMENTINA.

Pidesla en vano;
mas vé seguro
por mi fe y nombre
que de algun hombre
jamas seré.

*

D. URBANO.

¡Injustos Cielos!

D.ª CLEMENTINA.

¡Ayrados Cielos!

D. URBANO.

¿Quando sin pena,

D.ª CLEMENTINA.

Quando serena,

Los dos.

léjos el susto,
cerca del gusto,
respiraré?

*

ESCENA XV.

Don Urbano, luego Don Clemente.

D. URBANO.

¡Qué infelice soy! Ahora
de como pudo me acuerdo
venir la carta á sus manos,
introducida en los pliegos
de música que tomé
quando la estaba leyendo.
Ella me quiere: sus ojos
me lo han dicho, y sus extremos
zelosos, imaginando
que la Dama que yo vengo
aquí á buscar con la órden
de mi padre, es con intento
que la usurpe mi alvedrio,
de que ella es único dueño.
Sí padre, sí Clementina:
tú me llamas: yo resuelvo
obedecerte: tú estás
de mi quejosa; yo quiero
satisfacerte, y de modo
que no te quede el recelo
menor de que eres tú sola

de mi pasion el objeto.
¡Oh importuna ausencia! ¡oh triste
padre mio! Yo: : : *se suspende.*

D. CLEMENTE.

¿Qué es esto?
¿Qué decís? ¿Con quién hablais?

D. URBANO.

Con vos, ya que lo ha dispuesto
así la casualidad,
hablo ahora.

D. CLEMENTE.

No os entiendo;
sin duda os han alterado,
las noticias del correo
el juicio.

D. URBANO.

No son felices;
pues agrabado del peso
de sus disgustos mi padre,
me manda que tome luego
postas, y vuelva á cerrar
sus ojos de llorar ciegos.
A él dirigía mis tiernas
exclamaciones al tiempo
que entrasteis, y el dulce nombre
que oisteis, y mi respeto

le reparto ó substituyo
en vos.

D. CLEMENTE.

¿Pues acaso ha muerto?

D. URBANO.

Ni morirá, si á Lisboa
le llevo para consuelo
de su casa y su vejez
á Clementina. Los Cielos
parece que se interesan
en nuestra union. Solo vuestro
apoyo nos falta. Padre,
os repito : : -

D. CLEMENTE.

Caballero,
no sois el primero vos
que me la ha pedido, siendo
mas antiguo en mi amistad,
y no sin méritos; pero
ella apetece otro estado.

D. URBANO.

Si dando el mismo pretexto
al Marques no le creyó,
¿qué haré con mas fundamento
yo que la acabo de oir,
que su esquivez no es defecto

de su voluntad, sino
violencia de impulso ageno?

D. CLEMENTE.

¿Ella lo aseguró?

D. URBANO.

Sí,
señor, en este momento.

D. CLEMENTE.

Dixo bien; pero el impulso
no es mio, sino del Cielo,
que parece que cansado
ya de tolerar mi empeño
en una injusticia, quiere
que haga notorio yo mesmo
que no es mi hija Clementina,
ni lo es de padres ciertos.

D. URBANO.

¿Cómo? señor: que no es::-

D. CLEMENTE.

No: se me arranca del pecho
el corazon al decirlo.
Yo la encontré en un desierto
de Extremadura, y poblado
de asesinos vandoleros,
acabada de nacer,
(¡oh que quadro tan funesto!)

al lado de su difunta
madre, y dos criados muertos:
todos desnudos, volcada
una litera: : -

D. URBANO. *agitado.*

El aliento
me falta: : - ¿Quando, señor?

D. CLEMENTE.

Del dia bien no me acuerdo,
ni del mes; sí de que el año
era de mil setecientos
sesenta y siete: : - traeré
la memoria que conservo,
y podré desengañaros
mejor y satisfaceros.

ESCENA XVI.

Don Urbano solo aturdido.

Saca de una cartera un papel.

D. URBANO.

No: : - ya: : - oid: : - Clementina
es mi hermana. ¡Oh Dios eterno
y consolador! ¡Oh padre
mio! Que dia tan bueno
te aguarda. Ya pareció

tu hija, por tanto tiempo
suspirada. Ya cumplí
con el difícil empeño
que me traxo. Al fin te hallé
Clementina::- Al fin te pierdo
mejor dixera. ¡Oh amor!
No malogres el contento
de hallarla, con la memoria
de perderla al mismo tiempo.

Recitado con orquestra.

¡Oh natural amor! ¡Oh amor profano!
¡Y que cruel batalla,
siendo el campo mi pecho,
armais, que pruebo á resistir en vano!
El uno satisfecho
la paz anuncia: el otro ayrado guerra,
al contemplar perdida
la mas digna muger de ser querida,
que pudo descubrir sobre la tierra.
¡Oh amor! ¡Oh instante aquel desventurado
que pasé de feliz á desdichado!
¿Desdichado? ¿Qué dixe? Cruel contraste.
Padre:-hermana:-pasion:-¡Ay de mí! baste,
baste de competencia. La memoria
del bien hallado lleve la victoria,

y el amor sedicioso del sentido
despreciado y vencido,
venga de la razon á ser trofeo,
desnudo de las armas del deseo.

Aria.

Hablándome al oido
blanda naturaleza,
parece que ya empieza
mi alma á consolar.

*

Mi pecho poseido
de nueva pura llama,
aquello propio que ama
dexa de desear.

ESCENA XVII.

Don Urbano, y el Marques.

MARQUES.

De hallaros aquí tan solo,
amigo y señor, me alegro.

D. URBANO.

¿Para qué?

MARQUES.

Para reñir,
y mataros cuerpo á cuerpo,

sin dolo, pacto, ni ayuda
á usanza de Caballeros
antiguos, que tenian mas
cólera que los modernos.
Este es mi pecho, ya veis
que no traygo mas coleto
que la piel, y esta mi espada;
veamos ahora vuestro pecho,
y vuestra espada.

D. URBANO.

Jamas
mi pecho y espada enseño,
ni vió sin justa razon
nadie.

MARQUES.

Pues hacedme pleyto
y omenage de que nunca,
aunque por quedar soltero
vos se aniquilára el mundo,
pedireis en casamiento
á Clementina.

D. URBANO.

Os le haré
con toda la ley del duelo.

MARQUES.

¿Me dais la palabra?

D. URBANO.

Y mano
tambien.

MARQUES.

Me ha tenido miedo. *ap. embayn.*
Si lo llegan á saber
en su tierra le frieron
en aceyte: : - porque son
los Portugueses tremendos.

D. URBANO. *apart,*

¿Lo que tarda Don Clemente?
Si entraré; pero ya creo
que sale.

ESCENA XVIII.

Don Clemente, Doña Clementina, y los dichos.

D.ª CLEMENTINA.

Vuestra cuchilla
me mate, no vuestro ceño,
señor.

D. URBANO.

Clementina mia,
ven á mis brazos.

D. CLEMENTE Y EL MARQUES.

¿Que es esto? *empuñan.*

D. URBANO.

Dulce hermana mia, no
reúses venir á ellos.

D.ª CLEMENTINA.

¿Hombre, qué dices? *suspensos.*

D. CLEMENTE.

¿Pues cómo?

D. URBANO.

No os altereis; conteneos. *á Clement.*
Dispon tú el fiel corazon
para mas fino y perfecto
amor; y vos Don Clemente
acercaos, y confrontemos
la memoria que traeis
con esta que yo os entrego. *le dá el papel.*

MARQUES.

Yo estoy hecho un badulaque.

ESCENA XIX.

Doña Narcisa, Doña Damiana, Cristeta, el Criado con bulto de telas debaxo del brazo, y los dichos.

D.ª NARCISA.

Padre, ya viene el baquero:
¡si viera usted que bonito!

D. CLEMENTE.

Bien está, llevale adentro,
y déxanos.

D.ª NARCISA.

¿Quieres verle? *á Clement.*

D.ª CLEMENTINA.

Ya le veré. *con desden.*

D.ª NARCISA.

Si yo quiero.
¡Ola!

D. CLEMENTE.

Alterado y siempre leyendo.

No sé donde estoy,
ni lo que me pasa.

D.ª DAMIANA.

Cielos,
aquí hay grande novedad.

CRISTETA.

¿Qué caras tienen, Lamberto?
¿qué será?

CRIADO.

Yo no lo sé: *aparte.*
escurramos y callemos.

D. CLEMENTE.

¿Qué hacen ustedes aquí? *enfadado.*
¿Doña Damiana?

D.ª DAMIANA.

Yo espero
vuestras órdenes.

D. CLEMENTE.

Ya he dicho
que os entreis.

D.ª DAMIANA Y D.ª NARCISA.

Nos vamos luego.

ESCENA XX.

Don Clemente, el Marques, Don Urbano, y luego Don Lázaro.

D. CLEMENTE.

Señora, sea para bien; *con atencion.*
hija sois de un Caballero
Portugues, y nuestro amigo
vuestro hermano con efecto.

MARQUES.

Pues ya no te he menester
para nada. Yo deseo *se vá al lado de*
que á este hallazgo sigan otros *D. Urbano.*
muchos, con muchos aumentos
temporales y espirituales. *le abraza.*

D. URBANO.

Yo lo estimo.

Sale D. Lázaro.

D. LAZARO.

¿Se ha resuelto
ya ir, ó no ir?

MARQUES.

Callad.

D. LAZARO.

¿Pues qué novedad tenemos?

MARQUES.

Que Clementina no es hija
de su padre.

D. LAZARO.

Está Usía lelo.

D. CLEMENTE.

A vuestros pies; *á Clement.*

D.ª CLEMENTINA.

Padre mio,
que este nombre será eterno
en mis labios, permitid
que me arroje yo á los vuestros.

D. URBANO.

Y yo igualmente en señal
de nuestro agradecimiento.

D. CLEMENTE.

¿Qué haceis? Dadme mil abrazos
si quereis premiar mi afecto.

ESCENA ULTIMA.

Todos.

D.ª NARCISA.

¿Qué ha sucedido?

D.ª DAMIANA.

Señor : :

D. URBANO.

Gracias á Dios que ya puedo
llamarme feliz.

D.ª CLEMENTINA.

Y yo *se abrazan,*
enjugar mis ojos.

D.ª NARCISA.

Esto
de abrazarse no me gusta. *á Damiana.*

MARQUES.

¿Qué historia es esta? ¿ó qué enredo?
Acaba de despenarnos
hombre.

D. CLEMENTE.

Pues estad atentos;
y de la convinacion
de las noticias que advierto
incontrastables en ámbos

papeles, y los secretos
que Doña Damiana y yo
reservamos, satisfechos
una breve relacion
os dexará.

CRISTETA.

Vá de cuento.

D. CLEMENTE.

A vuelta de Inglaterra
Don Eduardo de Coello
de una cierta comision
á que estuvo en aquel Reyno
de órden del Rey Fidelísimo,
quiso, dando algun rodeo
por tierra, ver á Madrid:
dió parte del pensamiento
á su esposa que se hallaba
embarazada á este tiempo,
y en meses mayores. Ella
no ménos fina, ni ménos
curiosa, pensó venir
á esta Corte, disponiendo
su viage en una litera,
sin mas acompañamiento
que dos criados ó tres.
En un despoblado fuéron

asaltados de ladrones
tan inhumanos y diestros,
que despues de dar la muerte,
porque resistencia hiciéron,
á los criados, ni ropas,
papel, prenda, repostero,
ni alhaja dexáron que
diese indicio de su dueño,
perdonando solamente
á la Dama, en el concepto
de quedar muerta, la vida;
no sus alhajas de precio,
ni prenda alguna, mas que este
rosario que traygo al cuello.
¿Le conoceis?

D. URBANO.

No es posible,
como era yo, tan pequeño
entónces, y me dexó
á estudiar en un Colegio.

D.ª CLEMENTINA.

¡Ay madre mia!

D. CLEMENTE.

Acudió
á los tiros un ventero,
y otras gentes, que encontráron

en los últimos extremos
de su parto, y de su muerte
la Dama, y en los primeros
gemidos á esta infeliz
niña. Socorrióla el Cielo
con la piadosa ventera,
y los ajados deshechos
de la ropa de sus hijos.

MARQUES.

Lamentable caso: : - *enternecido.*

D. LAZARO.

Y nuevo.

D. CLEMENTE.

A esta ocasion llegué yo
con mi familia, viniendo
de Extremadura á tomar
cuenta y posesion de ciertos
intereses, declarados
despues de un litigio eterno,
á favor de mi muger,
que movida de tan tierno
caso le entregó á Damiana
(muger entónces de nuestro
Mayordomo, y que traian
otra chiquilla de pecho)
la reciennacida. Yo...

dí órdenes y dinero
suficiente á los sufragios
y sepulcro de los muertos,
y un papel cerrado en que
comunicaba el suceso,
y señas de donde iba
la niña, si en algun tiempo
parecian sus parientes,
al señor Cura del pueblo
mas cercano. Y resolvimos
desde aquel instante mesmo
mi esposa y yo, que hasta allí
careciamos del consuelo
de sucesion, adoptarla
por hija nuestra, creyendo
que el Cielo nos la enviaba
para heredera, en el tiempo
mismo que de unos crecidos
caudales nos hacia dueños,
sin heredero forzoso.
Se crió en este concepto
universal de las gentes,
sin saber su verdadero
origen mas que Damiana
y su marido, que eterno
descanso goce. Este gusto

duró tres años; pues luego
nos le turbó otro mayor
que tuvimos, conociendo,
que sin embargo de ser
mi esposa de pocos ménos
de cincuenta años de edad,
estaba en cinta. En efecto
nuestra legítima hija
Narcisa nació. Yo os ruego
considereis nuestras dudas
desde entonces, y el intento
disculpeis de aconsejarla
renunciase los derechos,
(que á la verdad no tenia:)
se encerrase en un Convento
para ocultar sus desgracias,
y aquel impulso ligero
de piedad ó de capricho,
que nos conduxo á un exemplo
tan fatal, escrupuloso,
y nunca visto. Y volviendo
á Don Eduardo, segun
en esta memoria leo,
habiendo entendido el caso
tomó postas, fué siguiendo
el rastro: llegó á la venta:

se enteró mas del suceso:
fué á recoger mi papel
del Cura: le encontró muerto,
sin que entre todos los suyos
se hallasen mas documentos
que recibos de las misas,
y las partidas de entierros
de los difuntos robados
el dia diez de Febrero,
camino real de Madrid,
año de mil setecientos
sesenta y siete. La misma
fecha que apuntada tengo
yo aquí.

MARQUES.

La prueba convence.

D. LAZARO.

¿Y cómo se ha descubierto
ahora?

D. CLEMENTE.

Porque me pidió
Don Urbano en casamiento
á Clementina con tanta
eficacia y tan resuelto,
que quise desengañarle
de una vez.

MARQUES.

Y yo lo quedo
del motivo que tenias
para negarla.

D. CLEMENTE.

Celebro
que lo conozcas.

MARQUES.

Pues ya
que hacerme no puedas yerno,
hazme cuñado de este otro.

D. URBANO.

Yo vuestra memoria aprecio,
pero de la voluntad
de mi padre no soy dueño,
ni de la de Clementina.

Dª DAMIANA.

¿Hija de mi alma, nos hemos *tiernas.*
de separar?

Dª CLEMENTINA.

Con la muerte.
Narcisita.

Dª NARCISA.

¡Quánto siento
que no seas mi hermana! Mira,

diera todo quanto heredo
por no dexarte.

D. URBANO.

Señor
Don Clemente, en el correo
hallé carta en que mi padre
me manda que tome luego
postas, porque le hago falta,
y vé que es perdido el tiempo
de buscar á Clementina.

D. CLEMENTE.

Los dos se la llevarémos,
escribiéndole entretanto
la novedad.

D.ª NARCISA.

¿Y me quedo
yo?

D. CLEMENTE.

No lo sé.

D. URBANO.

Yo os suplico
que la lleveis, porque quiero
que la conozca mi padre;
y con su consentimiento,
para conseguir su mano,
pasár á pedir el vuestro.

D. CLEMENTE.

Bien está: la llevaré, *con gusto.*
y allá despues hablarémos.

MARQUES.

Si usted gusta, tambien yo
ir á su estrivo la ofrezco. *á Clement.*
Me direis como pensais,
et cetera.

D.ª CLEMENTINA.

Yo no pienso
por ahora mas que en ver
á mi padre: y si revelo,
desde que mi suerte y clase
supe, los presentimientos
de mi corazon, ya libre
de aquel amor imperfecto,
se inflama de la mas digna
vocacion á un Monasterio.

D. CLEMENTE.

¿Y estais ya resuelta?

D.ª CLEMENTINA.

No,
inclinada.

D. CLEMENTE.

Suspendedlo,
y acordaos que teneis padre.

D.ª CLEMENTINA.

Es verdad, y á quien le debo
aun mas que valgo. En Lisboa,
vos que ya sabeis mi genio,
podreis acordar mi estado
con mi padre verdadero.

MARQUES.

Y yo tengo que acordar
contigo ahora un empeño.

D. CLEMENTE.

¿Quál?

MARQUES.

Que cases á Cristeta
con Don Lázaro: es un bello
mozo, tiene que comer,
y muy honrados avielos.
Parezco ante tí con todo
su poder, y no hay remedio,
que alcahuetes como yo
lo han de hacer bien, ó no hacerlo.

D. CLEMENTE.

Yo le apruebo su eleccion
á Don Lázaro, y celebro
la de esta niña. ¿Es verdad?

D. LAZARO.

No soy hombre que desmiento

Marqueses.

CRISTETA.

Ni yo tampoco,
que estoy bien criada; pero
asta la tercera vez
o se dice que sí, y luego
i amo: : -

D. CLEMENTE.

Tu amo y padrino
ila soy: y cumpliendo
c mbas obligaciones,
l encia te concedo,
l a d boda, gastos,
y do dos mil pesos
c v

MARQUES.

Tambien yo
parte les ofrezco
rles de Extremadura
año un famoso cerdo,
e de portes y puertas,
s, alcavala y cientos.

Los dos.

P ie Dios vuestra bondad.

D. CLEMENTE.

Sed felices, y pensemos,

miéntras se dispone el viage,
solo en gustos y festejos.

D. LAZARO.

El primero la academia.

D. CLEMENTE.

Despues de beber veremos.

D. LAZARO.

Y el segundo celebrar
tan bello dia, diciendo:

Coro final.

Huid corazones
de amor los engaños,
mejor y mas años
lograreis vivir.

D. URBANO Y D.ª CLEMENTINA.

De aquellos placéres,
huid corazones,
de aquellas pasiones
que dan que sentir.

Coro fuerte.

Notando que nunca
por dificultosos
los fines piadosos
tuviéron mal fin.
Aplaudid, aplaudid.

EL TIO Y LA TIA.

Zarzuela burlesca

EN UN ACTO.

Los Viejos enamorados,
Despues de mucho sufrir,
Deben vivir preparados
A hacer á todos reir,
Y quedar escarmentados.

PERSONAS.

LA TIA LORENZA.

PEPA. } *sus sobrinas.*
INES. }

EL TIO GINES.

COLAS su sobrino.

BARTOLO soldado.

UN NOTARIO.

Coro de Labradores y Labradoras.

La Escena se representa en la plaza de una aldea en Castilla.

La Música es de D. Antonio Rosales.

EL TIO Y LA TIA.

ZARZUELA BURLESCA en un Acto.

ESCENA PRIMERA.

Pepa aplanchando á la puerta de su casa, y Colás.

PEPA.

De los golpes que doy con la plancha
suenan ecos en mi corazon,
que el tormento de zelos y ausencia
le golpean con mas opresion.

*

Este fuego que anima mi fuelle, *sopla.*
Me retrata tambien mi pasion:
Con el soplo de amor se alimenta,
y la ausencia consume su ardor.

*

¿Mas qué hemos de hacer,
si soy desgraciada,
y desconsolada
no encuentro favor?
Fuerza es esperar,
y ahora trabajar
con ánimo fuerte,
hasta que la suerte
nos mejore Amor.

Vuelve á aplanchar, y sale Colás acechando.

COLAS.

Para todo tiene gracia
el demontre de la Pepa.
Aquel jugar los dedillos
si se pone á hacer calceta:
aquel brazo ayroso quando
hila: aquel besar la rueca:
aquel sacar, y tirar
la aguja, si cose: aquella
gracia para hacer muñuelos:
Pues para echar las especias
á un mondongo, no hay ninguna
que los sazone como ella:
y ahora que á aplanchar se puso,

mírese como maneja
las planchas; así no fuese
tan uraña y tan sardesca;
pero en este mundo no hay
ninguna cosa perfecta.
¿Qué hay Pepita? *llega.*

PEPA.

Dios te guarde.

COLAS.

¿Qué Dios me guarde? ¿Así á secas?

PEPA.

¿Qué mas quieres que te diga?

COLAS.

¡Qué sé yo! Dime: qué tela
es esta, lienzo casero,
musulina ó angulema?

PEPA.

No lo sé: vete á tus viñas,
y dexame en mis haciendas,
que no gusto que me estorven.

COLAS.

Bien; pero si tú quisieras,
yo te soplára las planchas.

PEPA.

No es menester, que están buenas:
marcha.

COLAS.

¿Quiéres que te vaya
alcanzando de la cuerda
la ropa, porque despaches?

PEPA.

Nada quiero de tí. Ea,
marcha, y dexanos en paz.

COLAS.

Mas quieres gente de Guerra
tú: ¿no es verdad?

PEPA.

¡Ay!

COLAS.

¿Suspiras?
El perro que te creyera.
¿Oyes, te ha dicho tu Tia
aquello?

PEPA.

Por esas señas
no te entiendo una palabra.

COLAS.

De que pretendo que seas
mi esposa, y hacerte dueño
de mi casa, y de mi hacienda.

PEPA.

Sí.

COLAS.

¿Tú que la respondiste?

PEPA.

Todavia soy muy tierna
para pensar en bodorrios.

COLAS.

Pues la muger y la pera,
en estando duras, no hay
quien dé un ochavo por ellas.

PEPA.

¿Quieres marchar y dexarnos?

COLAS.

¿Con que en resumidas cuentas,
tú no me quieres?

PEPA.

Verémos.

COLAS.

¿Y si no lo veo?

PEPA.

Paciencia.

COLAS.

Pero sepamos en que
quedamos.

PEPA.

En que entretengas
tu esperanza, hasta que un dia

despacio nos amanezca.

COLAS.

¿Que entretenga mi esperanza?
¿Y con qué he de entretenerla?
Si me dieras un abrazo::-

PEPA.

Apartate media legua,
ó te quemo con la plancha
si un paso mas te me acercas.

COLAS.

¿Y dí, me quemarás mucho?

PEPA.

Un carrillo y una oreja.

COLAS.

Como solo me quemáras
la mitad de la montera,
ó una puntita del pelo,
que sobra de la melena,
como hay sán que te abrazaba::-

PEPA.

Pues si lo quieres ver; llega,
ó miralo sin llegar. *amenazala.*

COLAS.

Muger que no yá de veras.

ESCENA II.

La Tia Lorenza, y los dichos.

TIA.

¿Qué es esto, señor Colás?
¿Que siempre ha de haber pendencia
entre Pepa, y entre vós?

COLAS.

Pues si no me quiere Pepa,
y yo la quiero, y no quiere,
y yo quiero, y me desecha:
y despues de haberme echado
una rociada, se empeña
en aplancharme la cara.

TIA.

Si es lo mismo que una fiera
esta muchacha: dí, chula,
¿te parece que se encuentran
Novios como el seor Colás
Gil detras de cada puerta?
Y demas de eso, yo tengo
todas las cosas dispuestas
ya con el señor Ginés
su Tio, y mañana es fuerza
que os caseis.

PEPA.

De aquí á mañana
puede el tiempo dar mil vueltas.

COLAS.

Amiga, ya te conozco.
Mire usted, tia Lorenza,
como dicen que esta noche
llega Bartolo á la aldea,
que ha cumplido ya su tiempo,
y le han dado su licencia
en el Regimiento, para
que á cuidar su piujar venga,
y su casa de que fué
su primer amor se acuerda,
y á otro no quiere.

TIA.

¿A Bartolo?
¡y qué poco! hay quien le quiera,
muger de otras circunstancias,
y que le tiene mas cuenta.

PEPA.

¿Tia, y quién es? *viva.*

TIA.

No te importa.
Lo que te importa es que seas
mas tratable con Colás,

y que admitas sus finezas.

PEPA.

Pero si son indecentes,
y queria que le diera
un abrazo:

TIA.

Bien vé usted, *muy séria.*
que tampoco es razon esa,
señor Colás.

COLAS.

Si fué en chanza,
por ver lo que decia ella.

PEPA.

Pues si aquello es chanza, amigo,
yo te respondo de veras,
que no te quiero, porque
los hombres de vara y media
no me gustan, y porque eres
tonto de catorce suelas.

COLAS.

¿Lo vé usté ahora?

TIA.

Colasito,
oye un secreto á la oreja:
y márchate tú á aplanchar. *á Pepa.*
Si la chica te desprecia,

déxalo, que puede ser
que halles otra que te quiera,
rica, y muger de razon.

COLAS.

Ya.

TIA.

Porque estas mocosuelas
solo sirven á un esposo
de cuidado si las zelan:
si no las zelan, de ruido:
gastan, no cuidan la hacienda,
y le dan al pobre mil
quebraderos de cabeza::-
¿entiendes?

COLAS.

Ya.

TIA.

Para esposa
de Labrador solo es buena
una de mediana edad,
que ni sea moza ni vieja:
pongo la comparacion,
yo, si verbi gracia fuera
capaz de pensar ahora
en iguales frioleras;
bien que todavia no peynó

tantas canas:: - ¿dí, no es esta
utilidad?

COLAS.

Ya se vé.

TIA.

Déxalo tú por mi cuenta,
que no te faltará Novia,
aunque yo misma tuviera
que:: - calla, fia en mi palabra,
y échate á dormir.

COLAS.

Pues ea,
ya que usted se ofrece á tanto,
yo no haré mas diligencia
sobre el caso; pero usted
búsqueme Novia que tenga
todas estas circunstancias,
convéngame, ó no convenga.
Quiero una niña bella,
con ojos ladroncillos,
con labios picarillos,
jovencita, y doncella,
que me sepa agradar.

*

Que al verla salir
me ponga á reir:

y al verla llegar
me pongo á baylar:
la lararala,
la lararala.

*

Vieja no la quiero,
que huele á puchero,
y todo es gruñir,
gui, gui, gui, gui, gui, gui.
Luego es gargagienta,
pesada y zelosa,
y en ninguna cosa
se puede aguantar.

*

La quiero bonita,
que al verla salir, &c.

ESCENA III.

La Tia, Pepa, y luego Ines con cestilla de labor y cartilla.

TIA.

No he visto en toda mi vida
la juventud tan traviesa
como ahora. Vea usté aquí:
este chulo me desprecia,

por poco mas de treinta años
que tengo mas que no aquella:
y aquella quiere casarse
á su gusto, y no respeta
mi disposicion: mas yo
sujetaré su soberbia;
y si no quiere á Colás,
he de hacer que esposa sea
del Tio Ginés. Mas parece
que Inés á casa se acerca:
esta sí que es linda moza,
y que por ahora no piensa
en boda, ni en galanteos:
siempre está alegre y risueña.

Sale INES.

Lirili, lirili, lirili,
que vá bien, vá bien así.
Larala, larala, larala,
que esta noche llegará.

*

Si mi hermana casa con Colás,
con Bartolo yo me casaré:
en mi casa contenta estaré,
y mi Tia no me reñirá.

*

Larala, larala, larala,
que esta noche llegará.
Lirili, lirili, lirili,
que vá bien, vá bien así.

TIA.

Muchacha, ¿qué es lo que dices?

INES.

Tia, tia, qué contenta
que está todita la gente
del Lugar, porque se espera
á Bartolo.

TIA.

¿Y qué te importa
á tí, que venga ó no venga?

INES.

Yo no sé; pero esta tarde
así lo han dicho en la escuela,
Modesta, y jugando con la cartilla,
y yo me he reido muchísimo.

TIA.

Pues eso es picardiguela,
y ahora no debes pensar
mas que hacer tu calceta,
y tus camisas.

INES.

¿Pues Tia,

qué tambien yo no pudiera
casarme como mi hermana?

TIA.

¿Picarilla, en eso piensas,
y aun no te han acabado
de salir todas las muelas?

INES.

Sí señora, mire usted, *se las enseña.*
todas las tengo completas.

TIA.

Eso es que se ha anticipado
en tí la naturaleza.

INES.

Mas se ha anticipado en otras
la boda. Mire usté Elena,
que se casó de trece años,
y yo cumplí por Quaresma
quince, y aun estoy así.

TIA.

¡Ay Inés! si tú supieras
lo que son los hombres, quánto
sus nombres aborrecieras.

INES.

¿Pues por qué los quiere usted,
si son gente tan perversa?

PEPA.

¿Y por qué me encarga usted *del otro lado.*
á mí que los apetezca?

TIA.

Es que tú estás ya en edad.
Escucha Inés, oye Pepa. *las separa.*

Sobrinas queridas,
yo lo compondré,
y á entrambas daré
la satisfaccion.
Es el Matrimonio *á Ines.*
la vida mas perra,
y es continua guerra
para él corazon.

*

Es el Matrimonio *á Pepa.*
placer infalible,
y él hace plausible
qualquiera pasion.

*

El hombre tirano, *á Ines.*
que mas ama y gime,
despues nos oprime,
y es todo traycion.

*

El hombre rendido *á Pepa.*
con gusto y desvelo,
es nuestro consuelo,
y es nuestro blason.

*

Amor es un monstruo, *á Ines.*
los hombres venenos.
Los hombres son buenos, *á Pepa.*
y dicha el amor.

*

Sobrinas queridas,
yo lo compondré,
y á entrambas daré
la satisfaccion.
Cásate, sí, sí, sí, sí, sí, sí, *alternando.*
No, no, no, no te cases, no.
Que amor es un monstruo,
que es dicha el amor.

*

Cásate, sí, sí, sí,
no te cases, no.

ESCENA IV.

Pepa é Ines.

PEPA.

¿Oyes, qué te ha dicho Tia?

INES.

Que á los hombres aborrezca.
¿Y á tí?

PEPA.

Que los quiera mucho.
Ajústame tú esas cuentas.

INES.

¿Muger, por qué será esto?

PEPA.

¿Pues eres tan majadera
que no lo conoces? Vaya,
que es obscura la materia.
Porque quiere galantear
á Bartolo, quando venga,
que yo case con Colás,
y tú te quedes soltera.
De otro modo: porque quiere
tener siempre de reserva
á Colás, por si Bartolo
de que fué mi amor se acuerda,
y se casáre conmigo.

INES.

¿Pues dime, hermana, no era,
pues estamos tres á tres,
mejor, y mas conveniencia

casar los mozos con mozas,
y con el viejo la vieja?

PEPA.

Ya se vé: Ines, esas cosas
se están diciendo ellas mesmas;
pero sobre que los viejos
deben de tener ya hecha
su contrata: tú verás
como al cabo á tí te fuerza
á que cargues con la maula
del tio Ginés.

INES.

No lo creas:
que aunque soy tonta, en llegando
á gustos, ninguna es lerda.

Un jovencito
galan y atento,
nos dá contento
y hace reir.

*

Pero un anciano
todo es disgustos,
y muchos sustos
hace sentir.

*

Si es viejo, fó.
No, no.
Todo es manías,
y porquerías,
que no hay estómago
para sufrir.

ESCENA V.

Pepa: luego el Tio Ginés.

PEPA.

Vaya, que mi buena Tia
tiene valiente cabeza
para chichones: discurra
el pio lector, qué violencia
habrá mas extraordinaria,
que las tres bodas que intenta;
pero á bien que mi hermanita
y yo no somos tan necias,
que no sepamos el modo
de salir de su tutela.

TIO.

Esta es una de las dos *observando.*
que dixo la tia Lorenza.
¿Si será la preferida?
Preguntémoselo á ella.

PEPA.

El tio Ginés, ¡qué buen mozo
para pariente!

TIO.

¿Qué hay Pepa?
buenas tardes te dé Dios.

PEPA.

Téngalas usted muy buenas.

TIO.

¿De qué suerte lo diré, *aparte.*
que me entienda, y no me entienda?

PEPA.

¿Qué tiene usted, que parece
que las rodillas le tiemblan,
tio Ginés?

TIO.

¿A mí temblarme?
cierto; ¿pues las hay mas tiesas
en el Lugar? ó si no
dí á los mozos quánto apuestan
á saltar, tirar la barra,
y tocar las castañuelas.

PEPA.

Eso sí: yo ya me acuerdo
de haber oido á mi avuela,
que allá en sus tiempos, usted

era el hombre de mas fuerza
que habia en este Partido,
y de muy linda presencia;
pero por eso se dixo
escollo armado de yedra. *burlándose.*

TIO.

Todavia no soy tan viejo,
que en qualquier cosa no pueda
cumplir con mi obligacion.

PEPA.

Sea muy en hora buena.
Y mande usted.

TIO.

No te vayas. *detenela.*
¿Qué haces aquí? ¿á quien esperas?
la verdad, ¿á mi sobrino,
ú á mí? ¿la tia Lorenza
te ha dicho algo?

PEPA.

Muchas cosas.

TIO.

¿Y tú, si te propusieran
un marido, le tomáras?

PEPA.

Si era buen mozo, y si era
de mi gusto, ¿por qué no?

Yo no tengo otra prebenda
á que aspirar.

TIO.

Yo tampoco.
Y aunque tu hermana me quiera,
ú otra mas alta ó mas baxa,
y aunque fuese la Princesa
del pipiripáu, si tú
á ser mia te sujetas,
te ofrezco ser tu marido
desde hoy hasta que me muera.

PEPA.

¡Qué lindo! ¡qué bello!
¡qué bravo marido!
galan y rendido,
afable y pulido.
Vejete plantista,
baboso, bromista,
marcha de mi vista,
que miedo me dás.

*

¡Qué planta!
¡qué agrado!
allí está pensando
si vá, si se viene,
si cae, si se tiene,

de achaques cargado,
y todo aturdido:
¿y aun en ser marido
se atreve á pensar?
Pobrete, vejete,
no me engañarás.

ESCENA VI.

El Tio Ginés, y luego la Tia Lorenza.

TIO.

Aguardate picarilla,
y te daré la respuesta,
ó te enseñaré mejor
modo, pues no te le enseñan
en tu casa. Supongamos
que quando salé traviesa
una muchacha, ni el Rey
de Prusia que aquí viniera
la pudiera sujetar.
Yo diré á la Tia Lorenza
que te haga ver la razon,
ó te sacuda una felpa.
¡Valgame Dios! ¡á qué tiempos
nos conduce la miseria

de la vida! quando un hombre
está lleno de prudencia,
de exemplos, y de razon,
las mozas le menosprecian
por los pisayerdes: ¿qué
interés será el que llevan?

Sale Tia.

TIA.

¿Tio Ginés, qué hace usted ahí
tan cabizbaxo? ¿en qué piensa?

TIO.

Nada. Que vuestra sobrina
me ha hartado de desvergüenzas,
me hizo la mamola, y luego
se fué sacando la lengua.

TIA.

No le doy yo esa enseñanza.

TIO.

Lo creo: pues hartas pruebas
tiene el pueblo de que usted
es muger que á quantos llegan
corresponde agradecida.

TIA.

¿Y quál ha sido, la Pepa,
ó la Ines?

TIO.

Siempre equivoco
sus nombres: la mas cenceña,
que tiene unos ojos vivos
como en Marzo las estrellas,
reservada y juguetona,
bastante ayrosa, trigueña,
y con un pico que corta
mucho mas que las tixeras
del tio Papatras el sastre,
si se pone á tixeretas.

TIA.

La Pepa fué: esa es muy mala;
pero á la Ines, que es muy bella
y humilde, la hablaré yo,
y al instante será vuestra.
Yo voy á ver al Notario
para que esta noche venga
á casa, y nos capitulen.

TIO.

¿A quién? Yo no quiero viejas.

TIA.

Tampoco yo quiero viejos.
Usted espere, y atienda.
A usted con Ines, y á mí
con Colás: y á esotra perra

yo la ataré hasta mañana,
que en un Convento la meta.

TIO.

Muy bien hecho: pero en quanto
á la Ines, cuento con ella.

TIA.

Sin duda.

TIO.

Muy bien está.

TIA.

Agur Tio, hasta la vuelta.

ESCENA VII.

El Tio Ginés solo.

GINES.

No hay duda que la Pepilla
es algo mas pispireta;
mas tampoco la otra es rana:
y en fin, esto de las hembras
lo mismo es que las sandias,
todas son verdes por fuera;
mas no se sabe, hasta que
la navaja las penetra,
si son las pepitas blancas,
coloradillas ó negras.

Pero ya tenemos Novia,
que es lo que mas me interesa.
Cáseme yo hoy, y mañana
lo que viniere que venga.

¿Si quiero yo casarme,
quien ha de replicarme?
¡ó quántos licenciados,
bonitos y agraciados,
heredarán mi hacienda!
y sobre la merienda
entre sí reñirán.

A uno le daré azotes:
á otro quitaré el moco:
y ellos haciendo el coco,
conmigo jugarán.

Tendré una Mariquita,
que será muy bonita,
y tan chiquirritita,
que ignore como andar.

Pero su padrecito,
como es amorosito,
así la enseñará:

andar, andar, andar,
andar, mi vida, andar.

ESCENA VIII.

Colás, y el dicho.

COLAS.

Andar, andar::- ¿digo, Tio, *Col. remandándo.*
parece que estais de fiesta?

TIO.

Es verdad que estoy contento.

COLAS.

Yo no; pues la tia Lorenza,
que anda por todo el Lugar
buscando de puerta en puerta
el Notario, dos requiebros
me ha dicho al paso. Usted vea
si á un hombre mayor pesar
es posible le suceda,
que no quererle una moza,
requebrarle una vieja.

TIO.

Ha hecho muy bien: y tú debes
tento corresponderla,
porque ha de ser tuya.

COLAS.

¿Mi madre?

TIO.

No señor, sino tu:

COLAS.

¿Avuela?

TIO.

Tu muger. ¿Pues qué pensabas
casar con una mozuela
tan loca como tú? ¡Lindo!
ya es menester que usted tenga
juicio.

COLAS.

¿A quántos años viene?

TIO.

Conforme; pero á los treinta.

COLAS.

Con que dos juicios y medio
tendrá usted; pues los setenta
y cinco ya no los puede
cumplir debaxo de tierra.

TIO.

Sobrino Colás, ahora
no es ocasion de chufletas,
sino pensar en ser hombre
de razon, vida sujeta,

paso grave, y fuera rondas,
juegos, bayles y taberna.

COLAS.

Bien: y estarme todo el dia
mirando á mi Doña Helena
como se le caen las canas,
como los ojos se pelan,
y como vá anocheciendo
el dia de las bellezas.
Tio, con tales mugeres
ningun hombre se sujeta.

Dadme solo muger bella,
y dexadme á mí despues.
Seré bueno,
seré quieto,
y vereis que mansedumbre
luego me pone el amor.

Todo genio licencioso,
todo espíritu brioso,
la muger siempre domó.
¿Qué decís, me la dareis?
respondedme,
sí ó nó.

TIO.

Te daré cincuenta coces,
si no quieres á Lorenza.

ESCENA IX.

Bartolo de soldado, y los dichos.

BARTOLO.

¡Amigos!

TIO.

¡Señor Bartolo!

COLAS.

¿Era hora de que vinieras?

BARTOLO.

Tio Ginés, Colás, amigo,
¿cómo está por esta tierra
la gente?

COLAS.

Todos se han muerto
desde que tú faltas de ella.
La casa de Gil Alonso
se cayó: parió la Tuerta
tres muchachos una noche;
Blas hizo una casa nueva
allá abaxo: una avenida
se llevó toda la huerta

de los Guindos : la Cotorra
tiene basquiña de seda,
y zapatos colorados
de tafetan : la Manuela
enviudó ayer de Pacurras,
y antes de ayer estaba hecha
la boda con Juan Comino.
Oyes, oyes, ¿no te acuerdas
del Sacristan? Pues amigo,
le ha salido una postema
en tal parte : ¿mas qué importa?
Amigo, tiene una perra
que ella cazár, caza poco;
pero come una fanega
de pan toditos los dias.
Son muchas las cosas nuevas
que hallarás en el Lugar.

BARTOLO.

¿Y dí, la Ines y la Pepa
se casaron?

COLAS.

No por cierto.

BARTOLO.

Pues voy al instante á verlas.

COLAS.

Antes tengo que decirte *la desdicha*.

TIO.

¡Que no esté la tia Lorenza
en casa! voy á buscarla,
antes que al Soldado vean,
porque entre él y mi sobrino
no me jueguen una mueca.
A Dios Bartolo, hasta luego.

BARTOLO.

Donde : ; -

TIO.

Presto doy la vuelta.

ESCENA X.

Colás y Bartolo.

COLAS.

Con que vaya hombre, ¿y qué tal
es la vida Soldadesca?

BARTOLO.

Digan lo que digan, no hay
mejor vida ; y si no fuera
por cuidar de mis hermanas,
y que tal qual no se pierda
la haciendilla de mis padres,
aunque un tesoro me dieran,

no dexaba la casaca.
¡Qué vida tan estupenda!

COLAS.

¿Y dí, has caminado mucho?

BARTOLO.

Cinco millones de leguas.

COLAS.

¿Con que habrás estado en Yepes?

BARTOLO.

Y en Ocaña, y en Illescas.

COLAS.

Buen andar es: cuentame algo
de tu fortuna.

BARTOLO.

Ten cuenta.

Yo salí de la aldea rocin,
y ya vuelvo á la aldea marcial:
he aprendido á tocar el timbal:
no me asustan fusil ni cañon:
sé comer el pan de municion,
y beber á compás del clarin,
guir, guir, guir, guir, guir, guir.

En tiempo de paz
no hay vida como ella,

vá la niña bella
tras la casaquita,
y se despepita
por un Capitan.

*

La moza mediana
al Soldado se allana,
y todos cortejan
sin gastar el pre.

*

Y en tiempo de guerra
nada hay que temer,
sino acometer
con muchos, ú solo,
como hizo Bartolo
con todo enemigo.
Y el mundo es testigo
que sabe vencer.

COLAS.

¿Con que sabes vencer?

BARTOLO.

Mucho.

COLAS.

Pues vence á la Tia Lorenza,
que quiere casar á Ines
con el Tio, que la Pepa

se encarcele en un Convento,
y yo me case con ella.

BARTOLO.

¡Jesus y qué desatino!

COLAS.

Oyes, pues tomalo á fiesta,
que á buscar está el Notario,
y al instante que anochezca
se han de atar entrambas bodas.

BARTOLO.

No será eso en mi presencia.

COLAS.

Pues serán otros testigos;
pero aguarda que ya llega

Pasa el Notario, y se mete en la casa corriendo.

el Notario. Señor Roque,
señor Roque. A la otra puerta:
entróse sin responder.

BARTOLO.

¿Con que esto vá tan de priesa?

COLAS.

Por horas, y por minutos.

BARTOLO.

¿Pues qué remedio nos queda?

COLAS.

Entrarnos tras el Notario;
coger la palabra de ellas,
que nos dé fe y testimonio,
llevarlas luego á la Iglesia;
ó á casa del señor Cura;
hacer lo que nos prevenga,
y disponer una soga
para los viejos.

BARTOLO.

Pues ea;
cuñado, no hay que temer;
cuñado con fortaleza. *abrázale.*

COLAS.

Con mas templanza cuñado,
que como cuñado aprietas.

Los dos.

Pues buen ánimo, y á ver
si los viejos escarmientan.

ESCENA ULTIMA.

Van saliendo todos como se previene.

TIA.

¿Dónde estará el Notario,
que no le puedo hallar?

TIO.

Ya he visto yo á Bartolo,
que acaba de llegar.

Los dos.

¿A dónde, á dónde está?

TIO.

Sin duda se ha marchado.

TIA.

En casa se habrá entrado.

Los dos.

Vamos al punto allá.

TIA.

El Notario está fuera.

TIO.

Enviarle mil recados.

Los dos.

Fuerza es quedar casados;
vamos al punto allá.

Pepa, Ines, Bartolo, y Colás, con el Notario á la puerta.

A quatro.

Dígale usté al señor Cura,
que nos vamos á casar;
porque nuestros corazones
solo admiten la igualdad.

Vase el Notario corriendo.

TIO Y TIA.

¿Qué es esto picarones?
¿quién vió osadía igual?
vuestros atrevimientos
sabremos castigar.

Los 4. Tio / Tia } de mi corazon,
usted puede perdonar,
y si no me perdonáre,
no por eso he de llorar.

TIO Y TIA.

¡Qué gran insolencia!

Los quatro.

¡Qué grande alegria!

TIO Y TIA.

¡O qué picardía!

Los quatro.

¡Qué felicidad!

PEPA Y BARTOLO.

Esposa querida
mi mano tomad.

INES Y COLAS.

Mi mano es la muestra
de mi voluntad.

TIO Y TIA.

¡Qué grande insolencia!

Los quatro.

¡Qué grande alegria!

TIO Y TIA.

¡Oh qué picardia!

Los quatro.

¡Qué felicidad!

Los quatro baylando.

Amor placentero,
que gozo nos dá,
nos haga felices,
y agur y mandar. *vanse baylando.*

Los viejos separados, y burlandose el uno del otro.

TIO.

De ver á la vieja
¡qué risa me dá!

TIA.

El diablo del viejo
¿qué gracioso está?

Los dos.

La } pobre no tiene
El }

ya donde apelar.

TIO.

Mamóla.

TIA.

Mamóla.

Los dos.

No hay mas que rabiar.

TIA.

Ya voló la Ines.

TIO.

Ya se fue Colás.

Los dos baylando.

Amor placentero
que gozo nos dá,
nos haga felices,
y agur y mandar.

Sale Coro de Labradores y Labradoras con panderos y sonajas.

CORO.

Gozense mil años,
y sea para bien,
la tia Lorenza,
y el tio Ginés,
que sea enhorabuena,
que sea para bien:

gozense mil años
Lorenza y Ginés.

TIA.

Ya es esto matraca.

TIO.

Ya es esto insolencia.

Los dos.

Y ya no hay paciencia;
¿mas qué se ha de hacer?

TIO.

Señora Lorenza. *se acercan.*

TIA.

Señor Don Ginés.

Los dos.

Pues todos lo dicen
preciso ha de ser.

TIO.

Aquesta es mi mano.

TIA.

Mi mano esta es.

Los dos.

Y el Cielo nos haga
felices amen.

CORO.

Que sea enhorabuena, &c.

TODOS.

Viva, viva la alegria,
y difundase el placer.
Viva el gusto y el aplauso
de auditorio tan cortés.
Viva, viva la alegria,
y difundase el placer.

Con un gracioso bayle de los Labradores se dá fin.

LA
FERIA DE LA FORTUNA.
SAYNETE.

Aunque suele la fortuna
ser sombra de mil enredos,
tal vez, suele descubrirlos
la luz del conocimiento;
y dar la fortuna soga,
á quien brindó los excesos.

PERSONAS.

UN LABRADOR RICO.
EL DESENGAÑO.
TRES CAMINANTES.
UN VEGETE.
SU HIJA.
DOS PETIMETRAS MAJAS.
UN BOTILLERO.
UN LOCO.
UN MENDIGO.
UN LIBRERO.
UN ESPADERO.
CRIADOS.

Teatro de selva larga.

LA
FERIA DE LA FORTUNA.

Salen cantando y baylando quatro Mugeres con quatro Hombres, coronados de guirnaldas de laureles, y ramos en las manos; y detrás el Labrador rico y dos Criados.

CORO.

Hoy al tiempo cantemos la gala
en dulces acordes unísonos ecos,
que aunque dicen que el tiempo es locura,
tal vez es cordura vivir con el tiempo.
Sea placer todo,
todo festejos

á quien sabe adular con otoños,
quanto pudo enojár con inviernos.

CRIADO I.°

¿No nos dirás á qué fin
previenes fiestas, saliendo
desde la Quinta al camino,
adonde los pasageros
pueden turbar tu quietud?

LABRADOR.

Quando voy en busca de ellos,
no es extraño, que á brindarles
el gusto, salga al encuentro.

CRIADO I.°

¿Con qué fin?

LABRADOR.

Ya le sabrás,
observando mis intentos.

Sale el Caminante I.° *de negro, con alforjas, &c.*

CAMINANTE I.°

¡Qué mala cosa es andar
caminando un hombre á tiento!
Mas ya dí con gente: Amigos,
¿sabreisme decir si es lejos

un sitio, en que la fortuna
feria general ha abierto
para el comercio del mundo?

CRIADO 1.º

Todo el mundo es su comercio;
y asi yo dudo que haya
donde resida de asiento.

LABRADOR.

Señor mio, por acá
tal mueble no conocemos.
Solo de la Providencia
vivimos ricos, contentos,
y sin pesar hasta aqui:
aunque de un Labrador de estos,
sé que en la Corte, que es
ese lugaron soberbio
que mirais vecino, hay
esa gran feria: y por eso
para cortejar á quantos
van y vienen, he dispuesto
mil festejos en mi Quinta,
porque ir á la feria quiero,
y tener en ella amigos;
que aunque tan feliz me veo,
deseo mudar de estado.

CAMINANTE I.º

Reformad ese deseo;
que entre lo ínfimo y lo sumo
es gran cosa estar enmedio,
siendo de pompa y ultrage,
peligrosos los extremos.

LABRADOR.

¿Cómo vais en busca de
la fortuna, sin ser necio?

CAMINANTE I.º

Porque sin ella hasta ahora
nadie pareció discreto.

CRIADO I.º

Tambien de allá viene gente.

Sale el Desengaño, bizarro por la izquierda.

DESENGAÑO.

Nube preñada de fuego
aborte sobre tu rueda,
fortuna; rompa el violento
exe de tu rueda el rayo
que despida mas incendios:
Sea la bola de cristal
sobre que estrivas objeto

de muchachos, que á pedradas
te hagan su entretenimiento,
porque tantos escarmienten,
como acuden inexpertos
á ganar en una mano
lo que con dos no adquirieron.
De tí he de vengarme, á todos
tus engaños previniendo,
quantos á la feria vayan.

Sale Caminante 2.°

CAMINANTE 2.°

¿Es este el camino recto
de la plaza donde tiene
feria la fortuna?

DESENGAÑO.

Necio
caminante, que diriges
la dudosa planta al riesgo,
detente.

CAMINANTE 2.°

Dígole á usted,
Señor mio, que no quiero,
que soy mozo de esperanzas,
y de adelantarme pierdo

todo lo que me detenga.

Sale el Vegete con su Hija en trage honesto, con manto.

HIJA.

Aqui hay gente, preguntemos.

VEJETE.

Hija mia, ¿ vas cansada?

HIJA.

Con el honor de Escudero
tan honrado, como padre,
que es galan al mismo tiempo,
no puedo ir sino gustosa.

VEGETE.

Paloma, yo te lo creo.

Sale el Botillero por la izquierda de militar sin espada cantando.

BOTILLERO *canta.*

Fortuna, fortuna,
bien haya tu auxîlio:
pues quien te merece
alhagos propicios,
en valde se cansa

con armas y libros.
Fortuna, fortuna,
bien haya tu auxîlio.

LABRADOR.

Este canta el propio caso,
que el otro salió gruñendo.

DESENGAÑO.

O vos venís ahora al mundo,
ú de poco os poneis lelo.
Yo he visto casa en que habia
en el quarto bajo un muerto,
un bayle en el principal,
en el segundo un bateo,
ensayando una comedia
estaban en el tercero,
y en el tejado dos gatos
diciendose chicoléos;
que es mas extraño, que ver
en los que á una feria fueron,
vengan los unos cantando,
y los otros maldiciendo.

Salen las dos Petimetras majas de basquiñas y mantillas.

PETIMETRA 2.ª

Vé con cuidado Grabiela

no perdamos el paséo,
si marramos el camino.

PETIMETRA 1.ª

Con las señas que traemos,
mucho será no encontrar
á la fortuna bien presto.

LABRADOR.

¿Qué caudal llevarán estas
á la feria?

CRIADO 1.º

Ya veremos.

Sala el Loco.

LOCO.

Afuera de pretensiones,
vayan meritos arrédro;
y la razon noramala,
que eso es andar por rodeos:
vamos á ver la fortuna,
golpe en bola, que si llego
á ocasion, no necesito
ni ser noble, ni ser cuerdo,
que en su tribunal no se hacen
pruebas para dar empleos.

DESENGAÑO.

Este, como loco, entiende

de la fortuna el concepto.

Sale el Mendigo de militar á lo antiguo, estropeado, por la izquierda.

MENDIGO.

¡Que aquellos que á la trasera
no llevaran mis abuelos
por lacayos, vayan hoy
tan soberbiamente, dentro
de los coches, porque tienen
los caudales que adquirieron
en feria de la fortuna,
puestos á ganancias! ¿Cielos,
siendo quien soy, abatido?

Vase por medio de todos.

DESENGAÑO.

Tambien es loco, pues necio,
quiere sin aplicacion,
solo por quien es el premio.

LABRADOR.

Marchó sin hablar palabra.

DESENGAÑO.

Un noble pobre y soberbio,
como no cabe en alguna,
de todas partes va huyendo.

Sale Caminante 3.º acelerado.

CAMINANTE 3.º

Por siempre sea alabado
el Señor de los Gallegos,
Está cerca :::-

LABRADOR.

¿Dónde va,
y lo que dista sabremos?

CAMINANTE 3.º

A la feria.

LOCO.

Espérese,
que allá vamos todos luego.

Sale el Librero y el Espadero, cargado el uno de libros, y el otro de armas.

LIBRERO.

Si despues de las dos cargas
de las edades y el peso,
el camino equivocamos,
no fuera mal chasco.

ESPADERO.

Es cierto;
pero no fuera tampoco
de nuestra desgracia agono.

LABRADOR.

¿Señores, quien son ustedes
sepamos, y á donde bueno
unos y otros?

ALGUNOS.

A la feria.

DESENGAÑO.

Si sirve de algo el exemplo,
de quien de la feria viene
castigado::-

LOCO.

No lo creo:
que el dia de mas ladrones,
es el que ahorcan á uno de ellos.

DESENGAÑO.

Volved atrás, y vivid
de vuestra suerte contentos
si es mediana: si infeliz,
haced del mérito medios
para la felicidad;
pero no expongais el resto
de vuestra vida en la mano
de la fortuna, queriendo,
por subir á mucho en breve,
baxar á nada mas presto.

LABRADOR.

Bien lo hace el Padre, mas juzgo,
que lo predica en desierto:
¿qué decis?

Todos.

Que lo estimamos,
pero que ir allá queremos.

DESENGAÑO.

Pues ya que vais, porque no
entreis sin conocimiento,
¿qué méritos y caudales
llevais para hacer empleo,
me decid, y os diré yo
si os conviene ir ó volveros?

CAMINANTE I.°

Yo voy fiado en la industria
y en el disfraz de este negro
color, para acreditar
en la feria lo extrangero,
pues con qualquier mascarilla,
dicen que muchos han hecho
en ella grandes caudales;
y al contrario, el que hace empeño
de manos y rostro limpios,
luego se cae de hambre muerto.

LABRADOR.

Ya puede éste andarse solo.

DESENGAÑO.

Id con Dios; pero os advierto
que tengais grande cuidado
con el oficio, pues vemos,
que aunque suele la fortuna
ser sombra de mil enredos,
tal vez suele descubrirlos
la luz del conocimiento;
y dar la fortuna soga
á quien brindó los excesos.

CAMINANTE 2.°

Yo, Señor, he sido siempre
inclinado por extremo
á oficina, y como no hay
mas de la del fiel de fechos
en mi Lugar, voy á ver
si entre paysanos y deudos
hallo quien me dé la mano
en la feria.

LABRADOR.

¿Sois Manchego?

DESENGAÑO.

No: que segun sus designios,
es, si yo mal no comprehendo,

de las Provincias Unidas.
¿Sabeis leer?

CAMINANTE 2.°
Ya deletréo.

DESENGAÑO.
¿Y escribir?

CAMINANTE 2.°
Ando de treinta.

DESENGAÑO.
¿Y orthografía?

CAMINANTE 2.°
¿Qué es eso? *asustan.*

LABRADOR.
Nada: que os pregunta mal.
Dice el pobre Caballero
que deletrea el romance,
¿y quereis que entienda griego?
¿Vais muy rico?

CAMINANTE 2.°
De favor,
en estas cartas que llevo
para sugetos visibles.

DESENGAÑO.
Pues vos lo sereis mas presto,
con el favor, que pudierais
con la suficiencia serlo.

LABRADOR.

¿Y ustedes dos, Señoritas,
van tambien por su dinero
á la feria?

PETIMETRA 1.ª

No Señor,
que vamos por el ageno.

LABRADOR.

¿Llevan cartas favoritas?

PETIMETRA 1.ª

Si Señor.

LABRADOR.

¿Y á qué sugetos?

PETIMETRA 2.ª

Mire usted los sobrescritos,
y lo sabrá. *Destapanse.*

LABRADOR.

Dudo y temo,
si es Montalvan quien escribe,
porque *para todos* leo,
en los sobrescritos.

PETIMETRA 2.ª

Vamos
distinguiendo ese concepto;
que aunque habla con todos, no es
acaso para uno y medio.

LABRADOR.

Con que sea para uno,
y ese sea yo, me contento.

DESENGAÑO.

Vamos claros, Señoritas,
¿qué personas y qué empleos?

PETIMETRA 1.ª

Majas, con perdon de usted.

LABRADOR.

¿Majas con todo ese aseo?
Cierto que al verlas, las tuve
por usias lo que menos.

PETIMETRA 2.ª

¿No sabe usted que en el mundo
anda ya todo revuelto,
compadre?

LABRADOR.

Si lo andará,
pero por mí no lo apruebo.

PETIMETRA 2.ª

Ninguno lo aprueba, y todos
lo admiten.

PETIMETRA 1.ª

¿Y qué tenemos
que parezcamos usias?
¿Por calles y por paseos

no andan ellas imitando
nuestro trage y contoneo
por parecer majas? Pues
¿á qué hora ha sido mal hecho
que si ellas nos arremedan,
aqui las arremedemos?
Cabal.

DESENGAÑO.

La razon les sobra:
¿y han de aplicarse al comercio?

PETIMETRA 1.ª

De garavatos.

DESENGAÑO.

Cuidado,
que cuesta muy caro el hierro
de la fortuna en la feria.

PETIMETRA 2.ª

Si eso hay, nos aplicaremos
á nuestras habilidades.

LABRADOR.

Quales son saber deseo.

PETIMETRA 1.ª

Cantar y baylar.

LABRADOR.

¿De veras?

PETIMETRA 2.ª

¡Escuche, si quiere verlo.

Canta Seguidillas, sola.

LABRADOR.

Bella cosa! lastima es,
que no dure un año entero.

PETIMETRA 1.ª

Por eso no se lastíme,
que quando quiera le ofrezco
una tonadilla sola.

LABRADOR.

Pues al punto.

PETIMETRA 1.ª

Estén atentos.

Canta Tonadilla sola.

CAMINANTE 1.º

Muy bien lo cantan: veamos
si tienen el primor mesmo
en baylar.

LABRADORA 1.ª

¿Y que nosotras
mirandolas nos estemos
mano sobre máno? vaya
que es buen paso: canta, Pedro
y que ellas bayleń ó no,
acá los ocho baylemos.

CAMINANTE 3.º

Y los seis á estotro lado,
y armese el jollin completo,

Todos.

Norabuena.

UNO.

Ya teneis
puesta la música enmedio.

Ponese á cantar enmedio del tablado, y á un lado baylan seguidillas de ocho, y á otro de seis.

PETIMETRAS.

¿Hay otra cosa en que á ustedes
pueda servir nuestro afecto?

DESENGAÑO.

Id seguras á la feria,
que nadie lleva mas cierto
modo de ganar, que quien
vá á brindar con pasatiempos.

LABRADOR.

¿Qué es eso de ir? No Señor,
que han de ayudar al festejo
á que convido á mi Quinta
á todos los pasageros.

ALGUNOS.

Vamos pues á disponerle.

PETIMETRAS.

Por nosotras desde luego.

LABRADOR.

Id, que luego llevo á todos.

Los 8.

Vamos, y sea diciendo ::-

Vanse haciendo culebra y cantando.

Sea placer todo, &c.

LABRADOR.

¿Y á qué vais vos á la feria,
con esa dama, buen viejo?

VEJETE.

A ver si allá puedo hacer
de su honestidad empleo.

DESENGAÑO.

Como entre hombres y mugeres
está tan franco el comercio,
llevais en la honestidad
genero de poco precio,
antiguo y nada de moda.

HIJA.

Padre imitó á sus abuelos
en mi crianza, cuidando
de mis adelantamientos

y mi recato; mas no
de que en los publicos puestos
fuese vista y obsequiada,
dandome con aquel texto,
de que el buen paño se vende
en el arca, sin dar de ello
muestra alguna; pero el pobre
se engañó de medio á medio:
que los hombres corren todas
las tiendas de sus deseos,
todas las piezas alaban,
pillan las muestras de ciento,
y donde no se la dan,
suelen no volver, diciendo,
que quando se les recata,
no será el género bueno.

LABRADOR.

Hija, qualquier pieza pierde
mucho con el manoseo,
y el propio que la aja, muda
al instante de concepto:
y donde no le dan muestras,
ajusta y dexa el dinero.

BOTILLERO.

En vos hallé lo que busco,
y os elijo por mi dueño;

pues habiendo conseguido
en esta feria un soberbio
caudal, muger deseaba
de razon y de gobierno,
que me le conserve.

CAMINANTE I.º

¿Y cómo
habeis logrado ese aumento?

BOTILLERO.

Con una botilleria
que puse alli.

DESENGAÑO.

Yo lo creo;
que de géneros que dañan,
se vende mucho á buen precio.

LABRADOR.

Supongo que habria licores,
un par de quartos secretos,
por si iba algun contrabando,
y tendriais mozos diestros
en sacar toda la tienda
quando hay galan en empeño
de cortejar á golosas;
y otras maulas que no cuento,
y yo sé.

BOTILLERO.

Ello de algun modo
se ha de hacer tanto dinero.

DESENGAÑO.

Y de algun modo tambien
se ha de llenar el infierno. *enfadado.*
¡Oh anhelos de la fortuna!

LABRADOR.

¿Por qué la poneis tal gesto
á la fortuna? porque
no venís á lo que pienso
maltratado; antes venís
como un feliz caballero,
rico y lleno de galones.

DESENGAÑO.

¿Con que juzgais segun eso,
que quantos andan vizarros
son felices?

LABRADOR.

Si por cierto.

DESENGAÑO.

Pues estáis equivocado,
que en los que van de oro llenos
unos lo llevan fiambre,
y otros sudado; y no tengo
por feliz á hombre que debe,

ni al que se viste de ageno.

LABRADOR.

Vos me convenceis.

LIBRERO.

¿Amigos,
mandan algo de provecho?

DESENGAÑO.

¿Qué llevais los dos?

LIBRERO.

Yo libros
útiles y antiguos llevo.

DESENGAÑO.

Mala venta y peor fortuna
tendreis, si como Librero
os presentais en la feria;
preguntad si hay en el pueblo
polvorista, y pagará
cada arroba de conceptos,
que ilustrar pueden un mundo,
á real, si el papel es bueno.

ESPADERO.

¿Qué tal me irá con mis armas?

DESENGAÑO.

Pronosticóos mal suceso
tambien, que espadas de esgrima,
solo ya las conocemos

por el nombre; id, y trocadlas
á espadiñitos del tiempo,
que aunque sea la hoja de palo,
no importa, si el puño es bello.

LABRADOR.

Para asadores ser puede
las compre algun Cocinero.

CAMINANTE 3.°

Señor, usted que es sabiondo,
¿quiere escucharme un secreto?

DESENGAÑO.

Hombre, yo te ví hacer juegos
de manos.

CAMINANTE 3.°

Pues aun hago otro,
con mas propiedad que aquellos.

DESENGAÑO.

¿Qual?

CAMINANTE 3.°

Pasar á mi volsillo
la moneda del ageno.
Pero ya mudé de idéa,
y por eso saber quiero
á como en la feria van
los granos.

DESENGAÑO.

¿De que granero?
Porque hay granos de substancia,
y hay otros granos perversos.

CAMINANTE 3.º

Los mas baratós.

CAMINANTE 1.º

Tampoco
se puede dar regla en eso,
porque tal vez los peores
se pagan á mayor precio.

Sale el Mendígo.

MENDIGO.

¿Dais, Señor, una limosna?

LABRADOR.

Al holgazán se la niego.

MENDIGO.

Mirad que decís: ¿sabeis
que hablais con un Caballero?

LABRADOR.

Mentís: porque la nobleza
de los trabajos fue premio
en artes, armas y ciencias;
y del honor está lejos,
el que quiere mas ser tuno,

que estar á un decente sueldo,

MENDIGO.

A no ser por no manchar
en un villano el acero::-

Todos.

Poco á poco, que nos toca
á todos el defenderlo.

LABRADOR.

Como á mí el daros las gracias:
y pues que va anocheciendo,
seguidme todos adonde
veais en mi Coliseo,
un paso cantado, y otro
cifrado en los movimientos
de un jocoso extraño bayle.

LOCO.

¿Y con qué le pagaremos
al Señor tanta fineza?

LABRADOR.

Puede ser que llegue tiempo
que nos veamos en la feria.

DESENGAÑO.

¿Con que habrá motivo nuevo
de criticar?

CRIADO I.°

Y entretanto

que ese llega ::-
Con todos.
Pediremos,
á quien hoy nos favorece
el perdon de nuestros yerros.

LOS
NOVIOS ESPANTADOS.

SAYNETE,
Ó
COMEDIA EN UN ACTO.

¡Quánto mas felices fueran,
quántos partidos hallaran
mas ventajosos y breves,
si meditasen las Damas
jovenes que los adornos
caros, y la extravagancia,
en vez de atraer los hombres
de mérito, los espantan!

PERSONAS.

D. PRUDENCIO, *Caballero de Madrid.*
D.ª GERVASIA, *su sobrina.*
PASQUALA, *Criada.*
GILITO, *Page.*
D. JORGE, *Novio de Doña Gervasia.*
BELTRAN, *Serrano Novio de Pasquala.*
D. ZACARIAS, *Abogado Figurón.*
Mr. TRICTRAC, *Modista Francés.*
URACAN, *Peluquero de Damas.*

La accion se supone en Madrid, y Pieza de tertulia en casa de D. Prudencio.

LOS

NOVIOS ESPANTADOS.

El Teatro representa sala de Tertulia en casa de Don Prudencio, con mesa de escribania, sillas, &c. Al levantar el telon estarán el Page sentado en la mesa escribiendo, y el Peluquero.

PELUQUERO.

¿Lo ha puesto usted todo claro?

PAGE.

Yo no me he dexado nada
de quanto me ha ido diciendo.

PELUQUERO.

Lea usted, á ver si falta
alguna cosa.

PAGE.

¿Pues qué
con lo apuntado no basta?

PELUQUERO.

¿Qué se yo? Lea usted.

PAGE.

„Lista
„ de las cosas necesarias
„ que se deben tener prontas
„ para peynar á mi ama.
„ Quatro papeles de polvos,
„ y tres botes de pomada
„ grandes, de olor de París.“
¿Y á qué huele París?

PELUQUERO.

Vaya,
adelante.

PAGE.

„ Un gran pañuelo,
„ y quatro varas de gasa
„ rayada.

PELUQUERO.

¿Y no ha puesto usted
que de la mejor de Italia?

PAGE.

Si Señor: „ ocho de cinta

„ con esterilla muy ancha
„ á listas, y tres de angosta;
„ vara y media de bordada
„ de piedras menudas negras
„ y lantejuelas de plata:
„ quatro papeles de orquillas
„ grandes, chicas y medianas,
„ y otros tantos de alfileres:
„ dos grandes plumas jaspeadas
„ de las ricas, dos azules,
„ un airon negro, y dos blancas."

PELUQUERO.

Bien. No sé si falta mas...
Las flores las hay en casa
si son menester. En fin,
disponga usted que se trayga
todo eso, mientras yo
peyno á Doña Cayetana;
que si algo se me ha olvidado,
en Madrid todo se halla
al punto con el dinero. *vase.*

PAGE.

Ojalá que no se hallára
nada de esto. ¡Qué receta!

Sale D. PRUDENCIO.

¿Gilito con quien hablabas?

PAGE.

Con esta lista que dexa
de todas las zarandajas
precisas el Peluquero
para peinar á mi ama.

D. PRUDENCIO.

¿Y quién ha de traerlas?

PAGE.

Yo,
que no están lejos de casa
en la de Mr. Trictrac.

D. PRUDENCIO.

Pues quando por ellas vayas,
dile que las traiga él propio,
y con la cuenta ajustada
de su importe.

PAGE.

¿A su conciencia?

D. PRUDENCIO.

Obedece pronto, y calla.

PAGE.

Bien cerca está. De este modo *ap.*
voy sin sombrero ni espada. *vase.*

D. PRUDENCIO.

¿De quando acá mi sobrina
hace este exceso? Pasquala.

Sale Pasquala.

PASQUALA.

Señor.

D. PRUDENCIO.

¿Qué estabas haciendo?

PASQUALA.

Estamos muy ocupadas
hoy, porque hasta la cotilla
ha querido estrenar mi ama,
y ahora se la está probando.
Ah si; ya se me olvidaba;
deme usted diez y seis pesos
en que la tiene ajustada,
y ocho para el Zapatero.

D. PRUDENCIO.

¿Ocho pesos?

PASQUALA.

Y ocho gracias;
que hay zapatos que el bordado
solo, cuesta una medalla.

D. PRUDENCIO.

No los tengo aquí: á los dos
diles que vuelvan mañana.

PASQUALA.

Muy bien.

D. PRUDENCIO.

Escucha una cosa;
pero ha de ser reservada
entre los dos.

PASQUALA.

La mejor
prenda mia es lo callada.

D. PRUDENCIO.

¿Qué idéa tiene esta niña,
que ha sido tan moderada
en sus ideas y adorno
hasta aqui, en ir tan vizarra
hoy?

PASQUALA.

No lo sabe usted todo.
¡Qué zagalejo, qué bata,
qué collar, y qué pendientes
largos de los que se pagan
por oro, y son de oropel,
pues qué cabriole con martas
cebollinas! ¡Qué abanico
ha encargado! No habrá Dama
mas bien puesta en la visita.
Sin duda esta noche saca
de la funcion quatro novios
que le hacen muchas ventajas

á Don Jorge.

D. PRUDENCIO.

No es tan facil,
que es un mozo de muy altas
prendas.

PASQUALA.

Pero es tan seriote ...

D. PRUDENCIO.

¿ Crees que por eso la enfada ?

PASQUALA.

No Señor : su merced dice
que le quiere, y me le alaba
mucho ; pero en su lugar
yo, Señor, reflexîonara
que el soltero que corteja
solo á su novia, no bayla
mas que minuetes, se viste
solo de ropas de España,
no lleva mas que un relox,
gusta de leer mucho y habla
poco, pasea con Curas,
no freqüenta la Fontana,
no se peina en erizon,
juega solo quando falta
pie y á tanto moderado,
á las diez se va á la cama

y se levanta á las cinco,
con otras extravagancias
que tiene el Señor Don Jorge
de solteron; si se casa,
será el marido mas sério,
mas puntual y mas machaca
de Madrid, y su parienta
la muger mas desdichada.

D. PRUDÈNCIO.

Tú piensas asi, y yo sé
que mi sobrina Gervasia
piensa siempre de otro modo.

PASQUALA.

Pues quizá desde que trata
á las vecinas de enfrente,
y las vé que estrenan quantas
modas salen cada dia,
y los cortejos que arrastran;
hoy que se ofrece lucirlo,
se las quiere empatar.

D. PRUDENCIO.

Basta:
ya de este extraño delirio
está entendida la causa:
tiene cerca el mal exemplo,
es huerfana, no le falta

mérito y tiene dinero,
con que es preciso que caiga
en el precipicio, quanto
menos de él está enterada.

Dentro Doña Gervasia.

D.ª GERVASIA.

Chica.

D. PRUDENCIO.

Vete luego, y cuenta
que calles.

PASQUALA:

Como una estatua.
¡Qué mal que le sabe al tio *ap.*
esto de soltar la plata! *vase.*

Dentro Beltran.

Alabao sea Dios.

D. PRUDENCIO.

Quien sea
pase adelante.

Sale Beltran de Payo de Sierra.

BELTRAN.

Dó gracias.

D. PRUDENCIO.

¡Oh amigo Beltran! ¿Qué es eso?
Como no vino la Pasqua

segun dixo, discurrimos
que con la herencia olvidaba
á la Pasqualita.

BELTRAN.

¿Cómo
era facil olvidalla?
Asin se vuelven atrás
los hombres de sus palabras,
quando dicen que las quieren
á las mugeres honradas?

D. PRUDENCIO.

¿Y no la has visto en mas de un
año y medio, que está en casa?

BELTRAN.

En sabiendo que están guenas,
¿para qué es alborotallas
un hombre, y alborotase
mientras la boda no quaja?
Ahora tal qual con la herencia
de mi tia, que Dios hayga,
estamos en positura
de casarnos y llevarla.

D. PRUDENCIO.

¿Y á eso vienes?

BELTRAN.

Si Señor:

y pronto, si usted no manda
otra cosa.

D. PRUDENCIO.

Ya verás,
que buena moza, y qué guapa
la tienes.

BELTRAN.

Dios la bendiga,
y pague á sus amos tanta
caridad.

D. PRUDENCIO.

¿Y heredas mucho?

D. BELTRAN.

Tres borricos, una casa
muy grande con su portal,
dos piezas que hacen á sala,
á cocina, á dormitorio
y palomar: una quadra
para seis bestias, y yo
he pensado en alargalla:
porque aunque todo esto es chico,
el corralon es alhaja:
un cofre, dos escritorios
rotos, y algunas estampas
que valen qualquier dinero,
sino estuvieran ahumadas.

Sale Mr. Trictrac, Modista Francés, y el Page con un cajon.

PAGE.

Entre usted conmigo á ver
si los géneros agradan
á mi ama.

M. TRICTRAC.

Gui Monsiu;
me asicuro que Madama
será contenta.

D. PRUDENCIO.

¿Qué es eso,
Gilito?

PAGE.

Las zarandajas
para el peinado.

D. PRUDENCIO.

La cuenta.

M. TRICTRAC.

Estará luego formada,
si Señor.

PAGE.

Entrad.

M. TRICTRAC.

Allon.

Vanse los dos.

D. BELTRAN.

¿No se puede ver al ama?

D. PRUDENCIO.

Luego. Mas querrá usted ver
lo que le importa. Pasquala.

PASQUALA *dentro.*

Ya voy.

D. PRUDENCIO.

¿Conoces la voz?

BELTRAN.

Me parece mas delgada
que la que trajo.

D. PRUDENCIO.

Será,
quizá virtud de las aguas
de Madrid.

BELTRAN.

Ya.

Sale Pasquala.

PASQUALA.

¿Qué quereis?
Pero Beltran de mi alma,
seas bien venido. ¿Quándo *alegre.*
has llegado?

BELTRAN.

¿Con quién habla *sério.*

esta Señora? ¿Es tambien
sobrina de usted ó hermana?

PASQUALA.

Si soy yo. *saltando.*

BELTRAN.

¿Y quién es usted?

D. PRUDENCIO.

¿No conoces á Pasquala
tu novia?

BELTRAN.

Dale, á esa sí;
pero esta no tiene traza
de haber estado en la Sierra
escardando al sol, descalza
de pie y pierna, mantenida
con pan de centeno y cabra.

D. PRUDENCIO.

Tú vienes ciego.

BELTRAN.

Y ustedes
parece que tienen gana,
como son Carnestolendas,
y me ven con las polainas,
de hacerme una burla; pues
á otra, que esa no pasa.

D. PRUDENCIO.

Mírala bien.

BELTRAN.

Un poquillo
se le parece en las barbas;
pero la otra tiene un cuerpo
lo propio que una tinaja,
y esta es como un asador;
la otra tiene media vara
de pie, y ésta media tercia;
la otra tenia tan ancha
la frente como San Pedro,
y ésta tan chica y tan rara
como las monas; la otra
tenia paño en la cara,
y ésta tiene rasoliso;
la otra traía una saya
del paño de por allá
que valia poco, y Maama
tiene mejor atavio
que en mi tierra las hidalgas
mas ricas y ganaderas.
Si conoceré á Pasquala
yo, que dende tamañito
le eché el ojo encima para
mi esposa? Echela usté acá

y déxemonos de chanzas.

Salen el Page y Mr. Tristrac de dentro.

PAGE.

Buelva usted pronto.

MR. TRICTRAC.

Un momant, quante prando las alacas pur escoquer, y soy vuelto tut allor. *vase.*

D. PRUDENCIO.

¿Por qué se marcha ese hombre sin dar la cuenta?

PAGE.

El nos la dará bien larga. ¡Oh, nuestro amigo Beltran! Sea enhorabuena, Pasquala.

BELTRAN.

¡Otra!

PAGE.

¿Qué tal? Me parece que está un poco mas medrada, y mas decente que vino.

BELTRAN.

¿Y es esta?

D. PRUDENCIO.

No seas machaca.

BELTRAN.

Pues no parece la misma:
será efecto de las aguas
de Madrid.

PAGE.

Y de los aires,
que á las gordas adelgazan,
blanquean á las morenas,
y convierten las Serranas
en usias.

BELTRAN.

Pues Señora,
sea Usia bien hallada.

RASQUALA.

No seas bufon. ¿Y las gentes
de allá?

BELTRAN.

Con tan malas caras
y tan mal vestidas como
quando las dexaste estaban;
que allá no está la hermosura
ni la ropa tan varata.

D. ZACARIAS *dentro.*

¿Se puede entrar?

D. PRUDENCIO.

Si Señor.

Sale Don Zacarias de Abogado figurón.

D. ZACARIAS.

El hallar á usted en casa,
Señor Don Prudencio, ya es
un paso feliz que abanza
mi fortuna, por la senda
de la amistad vuestra; para
llegar al término donde
se corone su esperanza.

D. PRUDENCIO.

¿Qué mandais?

D. ZACARIAS.

Quedemos solos.

D. PRUDENCIO.

Dá de almorzar, y agasaja
á Beltran.

PASQUALA.

Con mucho gusto
voy.

BELTRAN.

Yo voy de mala gana. *vanse.*

PAGE.

Este vino por sardina,

hallóla trucha, y se escama.

Sale Mr. Trictrac.

M. TRICTRAC. *dá un papel á D. Prudencio.*
La conta de los generos
de tocador. Bien Madama
hará sus otros buen gustos;
yo daré á usted.

PAGE.
¿Y la bata?

M. TRICTRAC.
Jé port una garnitur
superb. será acomodada
tut allor. Lasé mua fer. *se entra.*

PAGE.
Este Francés hoy le saca
á usted ochenta doblones.

D. PRUDENCIO.
A tí no te importa; calla
y cuida de saber todos
los precios de quanto traiga.

PAGE.
El arregla á su conciencia
quanto se vende en su casa. *vase.*

D. ZACARIAS.
Amigo.

D. PRUDENCIO.

¿Qué buena suerte
le conduce aquí de gala,
hoy, Señor Don Zacarías?

D. ZACARÍAS.

Haga usted cuenta que nada
y mucho: porque las cosas
penden de la idéa vária
que forman de un propio acto
dos personas; verbi gracia,
sobre un derecho incoticuso
le pone á usté una demanda
un Don Fulano de tal;
le dice que es infundada
á usted el Letrado B;
y yo á la parte contraria
la digo que su justicia,
tal y tal Autor declaran
en tal y tal y tal ley:
y yendo á buscar entrambas
opiniones la justicia
al Consejo ó á la Sala
de Corte, yo voy por Pinto
y el otro por Guadarrama.

D. PRUDENCIO.

Decís bien.

D. ZACARIAS.

¿Me explico? Mas.
Hoy soy soltero, mañana
me puedo casar: ¿me explico?
Pues habrá quien juicios haga
muy diferentes de un hecho
que nace de una humorada,
consejo, necesidad,
ó de que me dió la gana.
Dixe; para el que es discreto
con lo ya apuntado basta,
y esto quede entre los dos,
y mi-sá Doña Gervasia.

Sale Mr. Trictrac.

M. TRICTRAC.

Voy pur de otras vagatelas,
y traer de las quedadas
un pequeña apuntacion.

Sale el Page corriendo.

PAGE.

Mr. Trictrac, dos varas
mas de cinta.

M. TRICTRAC.

Font bien. *Vase.*

Sale Doña Gervasia.

D.ª GERVASIA.

Gil,
corre y vé si está acabada
ya la manteleta: y di
de camino, que las martas
del cabriolé sean de gusto.

PAGE.

¿De color de piel de rata?

D.ª GERVASIA.

Eso toca al Manguitero,
y á tí hacer lo que te mandan.

PAGE.

Bien dicen, que juicio y modas
no caben en una casa. *vase.*

D.ª GERVASIA.

¡Oh Señor Don Zacarias!
no sabia yo que estaba
usted por acá.

D. ZACARIAS.

Y á empeño
de la mayor importancia
con el amigo y usted:
ya le he dicho en dos palabras
lo que es, y de ambos espero
ver mis dichas consumadas.

D.ª GERVASIA.

¿Qué es, tio?

D. PRUDENCIO.

Yo no lo sé.

D.ª GERVASIA.

No esté usted con mala cara,
porque quiero ir una vez
vestida como muchacha
con quatro chismes de moda,
y mas estando tratada
de casar.

D. PRUDENCIO.

¿Te digo yo algo?

D. ZACARIAS.

¿Está usted muy ocupada?

D.ª GERVASIA.

Ahora no Señor.

D. ZACARIAS.

Pues antes
que venga alguna fantasma
estorvadora, sentaos,
declararé en confianza
mi atrevido pensamiento,
mi pretension, y las causas
agravantes que me mueven
á una accion extraordinaria.

D. PRUDENCIO.

¿Y quál?

D. ZACARIAS.

Es vergonzosillo,
á la verdad, declararla,
á un hombre, que ya se vé
en maytines de garnacha
(que es mas que vísperas) pero..
¿Lo digo, lo digo?

D.ª GERVASIA.

Vaya.

D. ZACARIAS.

Quiero casarme.

D.ª GERVASIA.

¿Y con quien?

D. ZACARIAS.

Con una muger de clara
estirpe, linda y no pobre,
y de otras prendas muy altas.

D.ª GERVASIA.

¿Y quál es la venturosa?

D. ZACARIAS.

Mi-sá Doña Cayetana
vuestra prima, á quien adoro
con tan viva, inmoderada
pasion, que á no contenerme

la inmunidad soberana
de esta golilla, recelo
que distraido en sus gracias
y desden, tal vez haria
mas gestos y extravagancias
en Español, que en Francés
Pigmaleon por su estatua.

D. PRUDENCIO.

¡Fino amor!

D.ª GERVASIA.

¿Y lo sabe ella?

D. ZACARIAS.

Ahora entra mi plegaria
de que sean mis padrinos:
y como dia de gracias
se la pidan en mi nombre
á mi Señora Doña Ana
su madre, y á ella la informen
de que soy hombre que se halla
con muy buena libreria;
que son clarin de mi fama
Procuradores y Agentes,
et cetera; y si no basta
todo, haí van dos relaciones
de méritos, que declaran
mis exercicios, mis cursos

y taréas literarias:
dadselas, y decid que
la propia justicia me hagan
que *nemine discrepante*
me hicieron en Salamanca.

D. PRUDENCIO.

Mas que en vuestras relaciones
podreis fundar esperanzas
en la que de vuestras prendas
haremos, con la eficacia
posible.

D.ª GERVASIA.

Yo por mi parte
persuadiré á Cayetana
á vuestro favor. Supongo
que vendreis á celebrarla
hoy sus años, con nosotros.

D. ZACARIAS.

Si yo no baylo.

D. PRUDENCIO.

¡Qué tacha!
Con eso tendreis mas tiempo,
si pega, de requebrarla.

D. ZACARIAS.

¡Qué pegue es el cuento! En fin,
como el primer paso hagan

ustedes bien, los demás
ya sé yo como se andan.

Sale Don Jorge.

D. JORGE.

Señora, á los pies de usted.

D. PRUDENCIO.

Creí que usted madrugára
hoy mas.

D.ª GERVASIA.

El Señor no entiende
de los dias que la falta
al tocador, es delito.

D. JORGE.

Si lo es, vivid preparada
á perdonármela siempre.

D. GERVASIA.

No es de la mejor crianza
eso.

D. PRUDENCIO.

Peor es adular
á Señoras mal criadas,
por no decir otra cosa.

D. JORGE.

Ahora vengo por desgracia
de casa de vuestra prima

de dar los años. Estaba
peinandose. Los que habia
al rededor y la zambra:
los desperdicios que hacia
de polvos, manteca, gasas,
cinta, flores, alfileres;
y tirones que la daba
el Peluquero, enfadado
del concurso y algazara
en el quarto ::-

D. ZACARIAS.

¿Y qué decia
mi-sá Doña Cayetana?

D. JORGE.

Mil chistes á un oficial,
con quien de baylar trataba
peremnemente esta noche.

D. ZACARIAS.

¿Mi-sá Doña Cayetana?

D. JORGE.

Si Señor: dar caramelos,
y reirse de la rabia
de Uracan el Peluquero.

D.ª GERVASIA.

¿Y ha visto usted la gran bata
de encages, y el sombrerillo

que le han traido de Francia,
y ha de estrenar?

D. JORGE.

No Señora.

D.ª GERVASIA.

Creo que no habrá en la sala
alguna mejor vestida;
pero tampoco lo paga
ella con nueve mil reales.

D. ZACARIAS.

¿Mi-sá Doña Cayetana?

D. PRUDENCIO.

Si, su querida de usted,
por quien dice que se abrasa.

D. ZACARIAS.

Me parece que se va
refrescando la mañana.

Sale el Page con un cabriolé grande y manteleta en un cajon ó paño: y con otro y una caja de abanicos Mr. Trictrac.

PAGE.

Señora, aqui está ya todo.

D.ª GERVASIA.

Ponlo encima de mi cama.

PAGE.

La cuenta del Manguitero,
Señor. *dasela y vase.*

D. PRUDENCIO.

Trae usté ajustada
la suya? *á Mr.*

M. TRICTRAC.

Prené, Monsiú:
y vea un poco Madama
su abanico, éfort joli.

D. PRUDENCIO.

¿Está esta partida errada?
¡Por dos plumas nueve duros!

M. TRICTRAC.

Otras hay de mas baratas.
Aquellas tan grandes grandes
son del Fenix de la Arrabia,
un pacáro que no tien
que seis, siete plumas largas
á su cola; y es presis
pur haberlas, encargarlas
años antes, y despues
derrechos de empaquetarlas,
conducion, y otros derrechos;

tanto dimoño de duanas;
y otros dimoños que no
quieren dexar entrar nada
contrabando:- sansfazon
que está hecha toda mi gracia
posible en mi cuenta.

D. PRUDENCIO.

No,
no pretendo rebajarla;
voy á sumar lo que importan
las hasta aqui presentadas,
y pagar á todo el mundo. *se entra.*

M. TRICTRAC.

¿E sois contenta?

D.ª GERVASIA.

Me agrada
todo muchisimo. Don Jorge,
¿quereis ver unas alhajas
de piedras y oro que nadie
puede creer que son falsas?

D. JORGE.

Si ellas lo son, la apariencia
mas desluce que realza.

D.ª GERVASIA.

Siempre sério. Amigo, todo me gusta. Mientras que salga mi tio, sientese usted. *á Mr.*

M. TRICTRAC.

Con permisión: ando en casa pur otros de mis negocios: vengo pronto. *vase.*

D.ª GERVASIA.

Gil.

Sale el Page.

PAGE.

¿Qué manda usted?

D. GERVASIA.

Lleva todo eso á mi tocador, y marcha á buscar al Peluquero, que son las doce, y ya tarda.

PAGE.

¡Qué valiente feria ha hecho hoy el tal Francés en casa! *vase.*

Sale el Peluquero.

PELUQUERO.

¿Vamos Señorita?

D.ª GERVASIA.

Eso es,
siendo suya la tardanza,
entrar metiéndonos prisa.
Entre usted á ver si falta
algo de lo que ha pedido
para peinar.

PELUQUERO.

En volandas
voy. *vase.*

D.ª GERVASIA.

Y avisenos usted.

Sale Pasquala.

PASQUALA.

¡Ay Señora de mi alma!
¡Infeliz de mi, Señor!

D.ª GERVASIA.

¿Pues qué es eso?

BELTRAN.

A Dios, Pasquala;
que la seda y el picote
no hacen buena mescolanza.

PASQUALA.

Señor, Señor.

Sale Don Prudencio con un bolsillo lleno de dinero y luego Peluquero y Page.

Los dos.

¿Qué sucede?

D. PRUDENCIO.

¿Quién alborota la casa?

PASQUALA.

Que Beltran ya no me quiere.

D. PRUDENCIO.

Si la boda está ajustada
¿cómo puede ser?

BELTRAN.

Señor,
hablemos sin garambainas.
Yo la queria, y la vine
á buscar como Serrana,
que me hiciese un mal puchero,
y remendase unas bragas

y un jugon con hilo gordo:
me lavase á la semana
una camisa de estopa,
mientras tanto que la hilaba
para hacerse ella otra, y luego
ir á la fuente por agua,
dar de comer á las bestias
á sus horas, y tratarlas
mejor que á nuestras personas;
puesto que á medias lo ganan
con nosotros: me hallo una
Señora pintiparada
en todo, y mas melindrosa
y presumida que la ama :::-
Yo no puedo sostenerla;
ni mi Alcalde tolerára
en justicia el mal exemplo
que en los contornos causára
ver á las ovejas gordas
y útiles vestir de lana,
y estar de mas, y vestida
de seda la mas ruin cabra:
con que, como dixo el otro,
al inteligente paja.
Hija, Dios te dé fortuna,
en buena tierra te hallas,

oficios hay de holgazanes,
y novios para holgazanas. *vase.*

D. PRUDENCIO.

Llámale.

D.ª GERVASIA.

No llames tal,
y enviale noramala,
que mereces mucho mas
tú.

PAGE.

Merece la Pasquala
un Señor.

D. PRUDENCIO.

Lo que merece
es mirar desengañada,
que en vez de atraer el fausto
á los novios, los espanta.

Sale el Peluquero.

PELUQUERO.

Señora alli echo yo menos
mil cosas para peinarla.

D.ª GERVASIA.

Lo traerán. ¿Y mi primita?

PELUQUERO.

Esa si: toda la mapa
del primor lleva en el pelo.

D.ª GERVASIA.

Amigo, para eso gasta
al doble que yo.

D. PRUDENCIO.

Si juzgas
que has estado moderada,
y quieres saber lo que
importan: esto es, pagadas
á letra vista, las cosas
que ya tenemos en casa
para la visita de hoy,
y lo que le cuesta á cada
Petimetra el variar ternos
cada dia en la semana,
hai tienes cerca de seis
mil reales que importa: paga
Los echa de golpe sobre la mesa.
á todos: con advertencia
de que á diez veces que hagas
lo que hoy, los sesenta mil
de tu dote, se traspasan
á la niña que ha traido,
Mr. Trictrac, de Francia.

D.ª GERVASIA.

Por una vez ::-

D. PRUDENCIO.

Un adagio
dice, que quien malas mañas ::-

D. ZACARIAS.

¿Con que gastó al doble de esto
mi-sá Doña Cayetana?

PELUQUERO.

Y mas.

D. ZACARIAS.

¡Qué linda estará!
Mas no teneis que cansarla
ni cansaros; que no quiero
que por mí exponga la fama
del Colegio de Abogados
el Colegio de Abogadas. *vase.*

Todos.

Don Zacarias.

D. JORGE.

Yo iré
á llamarle. Una palabra,
Don Prudencio.

D. PRUDENCIO.

¿Qué mandais?

D. JORGE.

A mi-sá Doña Gervasia

que yo la beso los pies:
que le agradezco en mi alma
el favor que antes me hacia,
y espero que ahora me haga
la justicia de creer
que el retirar mi palabra
es por no ser rico, ni hombre
de moda por mi desgracia.
Aguardad Don Zacarias. *vase.*

D.ª GERVASIA.

¿Qué ha sido eso, tio?

D. PRUDENCIO.

Nada.

D.ª GERVASIA.

¿Cómo?

D. PRUDENCIO.

Puedes esta noche
ver si en la visita hallas
otro novio mas del tiempo;
que Don Jorge con urbanas
razones, y con razon,
al contemplar la mudanza
de tu juicio, me ha dexado
para tí unas calabazas.

PASQUALA.

Mejor, Señora.

D.ª GERVASIA.

No tal,
que quedo un poco picada
del desaire.

D. PRUDENCIO.

Mejor fuera
quedases desengañada.

D.ª GERVASIA.

Puede ser. Pagad á todos.
Guardalo todo, Pasquala.
Gil, vé á decir á mi Prima
que me he sentido muy mala,
y no voy á la visita.

PELUQUERO.

Y me están mil parroquianas
aguardando; pues no vuelvo
aunque me deis dos medallas. *vase.*

D.ª GERVASIA.

Y usté escribale á Don Jorge,
que si no tiene otra causa
para mudar de dictamen,
que mirarme alborotada;
que venga á desenojarme,
y á ver las prendas y bata
que desde hoy hasta mi boda
quedarán empapeladas.

D. PRUDENCIO.

Dame un abrazo, sobrina.

PASQUALA.

¿Qué dirán, si por desgracia
lo saben allá?

D. PRUDENCIO.

¡Ojala!
y meditasen las Damas
jovenes, que los adornos
caros y la extravagancia,
en vez de atraer los hombres
de mérito, los espantan.

PASQUALA.

¡Ay mi Beltran!

D.ª GERVASIA.

Si tubieras
juicio, no le suspiráras.

PAGE.

¡Qué suspirar, Señorita!
Voy á tomar la guitarra
y á divertiros, en premio
de la reflexîon tan sana
que habeis hecho.

D. PRUDENCIO.

Yo la ofrezco

en su aplauso divulgarla.

Los quatro.

Y ojala que su memoria
se propague en toda España.

LAS
DOS VIUDITAS.
SAYNETE.

Si la madre es buena,
mejor es la hïja:
tararira Madre,
Madre tararira:
y segun los Amos,
Tertulia y Familia:
tararira todo,
todo tararira.

PERSONAS.

D.ª CANDIDA, *Viuda joven.*
D.ª INOCENCIA, *Viuda, su madre.*
CURRA, *Criada maja.*
UN INDIANO.
UN ABOGADO.
UN MEDICO.
UN ABATE.
UN OFICIAL, *Alferez.*
UN MAJO.

La escena es en una Sala de la casa de Doña Inocencia en Madrid.

LAS

DOS VIUDITAS.

Al levantar el telon estarán sentadas al frente Doña Cándida y Doña Inocencia, ambas viudas, y entre ambas el Médico pulsando alternativamente á una y otra.

D.ª INOCENCIA.

Me parece que estás hoy mejor, hija mia.

D.ª CANDIDA.

Algo; pero el dolor de cabeza :::-

MEDICO.

¿Dolor de cabeza? Brabo.

¿Y es muy violento?

D.ª CANDIDA.

Bastante.

MEDICO.

Grandemente. ¿Y vos del flato,
Doña Inocencia?

D.ª INOCENCIA.

Insufrible.

MEDICO.

Bien, bien: no hay que dar cuidado,
que á mal conocido está
el remedio pronto y llano.
Yo lo remediaré. Todos
estos pequeños y raros
males, son un ataquillo
que hace á los nervios el craso
húmedo de la estacion;
los humores embotando
por una parte, y por otra
dandoles un tono falso
á las fibras que mantienen,
quando es puntual y acordado,
la harmonia racional:
que segun Autores varios,
con el tiempo sube ó baxa
lo mismo que un forte piano.

Síntomas estacionales.

LAS DOS.

Ay, ay.

MEDICO.

No hay que dar cuidado.

D.ª CANDIDA.

Mi cabeza ....

MEDICO.

Es mal comun.
Las mas Damas que yo trato
e quejan del propio achaque.

D.ª INOCENCIA.

Y el vapor?

MEDICO.

¿Quién hace caso?
a Marquesita le está
adeciendo ha mas de un año
n alivio: á mi vecina
apretó el Domingo tanto,
ıe hubo que extremauncionarla.
a nieta de Don Pascasio
ha vuelto loca incurable.
Miercoles enterraron
un Abate que salió
su tertulia nevando
Martes; le dió el vapor.

y gracias que me llamaron;
que aunque no le curé, tube
el consuelo de auxîliarlo.

D.ª CANDIDA.

¡Bellos consuelos por cierto!

MEDICO.

Pues no creais que os engaño,
que son cosas de hecho, que
han pasado por mi mano.

LAS DOS.

No, no lo dudo.

D.ª CANDIDA.

Mudemos
de conversacion, y vamos
á otro asunto. ¿Cómo está
la hija del Abogado
de frente de vuestra casa,
que vimos este verano
á la muerte?

MEDICO.

Ya está buena;
la receté el Mayorazgo
joven que la cortejaba:
el dia quince se casaron,
y al diez y seis la tuvimos
fuera de todo cuidado.

Sale el Oficial.

OFICIAL.

Muy buenos dias, Señoras.

D.ª CANDIDA.

Cerca de las doce y quarto
son ya.

OFICIAL.

Creo que no es tarde.

D.ª CANDIDA.

Pero tampoco es temprano.

OFICIAL.

Fui á ver al Coronel ....

D.ª INOCENCIA.

¿Y qué tal os ha tratado
la Guardia?

OFICIAL.

Con doble frio;
si al comun del tiempo añado
el mas cruel, que es la falta
del calor de esos dos astros.

MEDICO.

Feliz usted; que yo sé
á otros que dexan elados
en canícula.

D.ª INOCENCIA.

¡Doctor, *con chiste.*

siempre se está usted chanceando!

INDIANO *dentro.*

¿Están ustedes en casa?

LAS DOS.

Nuestro Indiano.

MEDICO.

¿Nuestro Indiano?

LAS DOS.

Si Señor.

Sale el Indiano.

INDIANO.

Es que ayer vine
á dar cuenta del encargo *á D.ª Inocencia.*
que usted me hizo, dos veces;
y me respondió el criado
que ustedes no recibian,
porque el amigo Don Claudio
estaba de facción. *por el Oficial.*

MEDICO.

¡Ola!
y á mí lo propio.

D.ª CANDIDA.

Es que quando
el Señor está de guardia,
solemos aprovecharnos

de los dias á rezar,
separadas en su quarto
cada una, sus devociones.

OFICIAL.

Tambien yo rezo el Rosario
todos los dias que estoy
de guardia con los soldados.

MEDICO.

Yo rezo un Credo por cada
enfermo de que me encargo;
que lo demás la Parroquia
cuida, despues de rezarlo.

INDIANO.

Pues recen ustedes, mientras
yo de otros asuntos hablo
con mi-sá Doña Inocencia.

D.ª INOCENCIA.

Y bien inocencia.

MEDICO.

Tanto,
como cándida la hija, *ap.*

D.ª CANDIDA.

¿Qué decís?

MEDICO.

Estoy pensando
un específico para

las jaquecas y los flatos... *se levanta.*

El Oficial habla con Doña Cándida: el Indiano á otro lado con Doña Inocencia. El Médico dexa su silla de enmedio: y se vá á la última de la punta del tablado á la izquierda de él.

D.ª INOCENCIA.

¿ Con qué ?

INDIANO.

Ya teneis, Señora,
el chocolate ajustado
de lo mas rico. Mañana
vendrán á tostar.

D.ª INOCENCIA.

¿ Las quatro
tareas ?

INDIANO.

Haremos seis,
y con el mejor cacao
de Caracas y Moxos.

D.ª INOCENCIA.

¿ Qué estais diciendo, Don Mauro,
de Mocos ? ¡qué porqueria!

INDIANO.

De Moxos; género raro
y exquisito: gran canela,
gran azucar :::- A mi cargo
lo dejad: que chocolate
mejor, y mejor labrado
no lo han tomado en su vida
el teniente de San Marcos,
el Prior de los Basilios,
ni el Abad de San Bernardo.

D.ª INOCENCIA.

Bien, bien.

MÉDICO.

Capitulo nuevo,
Señoras, en el diario:
„ Cortejo perdido. Dos
„ medallas por el hallazgo.

TODOS.

¡Qué disparate!

MÉDICO.

Vea usted
si lo dice aqui bien claro. *al Indiano.*
de letra de molde.

INDIANO.

Es cierto.
„ El Domingo veinte y quatro, *lee.*

„ al salir de la Cazuela
„ del corral de los Polacos
„ cierta Petimetra dió
„ equivocada la mano
„ á un Petimetre que la
„ tomó luego.

MEDICO.

En igual caso
lo mismo hubiera yo hecho,
que en el tomar no hay engaño.

D.ª CANDIDA.

¿No dice si procedió
él tambien equivocado?

INDIANO.

„ Parece que si: pues dice
„ que al volver el esquinazo
„ de la calle de la Cruz,
„ pasó corriendo un Lacayo
„ con una hacha: y que uno y otro
„ al mirarse se espantaron:
„ que él se fue, que ella bolvió
„ á buscar, y esperó en vano
„ á su servidor: que no es
„ Madama que está en estado
„ de encontrar, rendidos como
„ el perdido á cada paso:::-

„ Las señas son las siguientes:
„ Moreno de cara y blanco
„ de ojos, corto de narices,
„ pálido y gordo de labios,
„ la boca bastante grande,
„ y con los dientes muy largos:
„ sin mas falta que la muela
„ del juicio, lampiño y flaco;
„ poco pelo en la cabeza,
„ pero ese muy bien peinado.
„ Suplica á qualquier Señora,
„ que se le hubiere robado,
„ le restituya, y ofrece
„ treinta y dos duros de hallazgo.
„ Vive la desconsolada
„ en la plazuela del rastro,
„ número mil ochocientos,
„ que en el portal hay un banco
„ de herrador, y una taberna,
„ y un calderero en el patio."

MEDICO.

Bellas vecindades para
un Medico y un Letrado.

D.ª CANDIDA.

¿Y quántos borricos trae
perdidos?

INDIANO.

Solo el citado.

Sale el Abate.

ABATE.

¡Madamas!

D.ª INOCENCIA.

A buena hora.

ABATE.

Si me riñen porque tardo
creeré que hago falta.

D.ª INOCENCIA.

Y mucha.

ABATE.

Señora, estuve aguardando
los correos.

D.ª INOCENCIA.

¿Y las cartas?

ABATE.

Aun no las han apartado:
luego volveré: aqui están
la Guia y los Kalendarios.
El Cotillero vendrá:
el zapatero está malo:
la comedia es la de ayer:
la Batera está pegando

ya las cintas: Doña Petra
ayer se sangró del brazo,
y Don Jacinto se purga
hoy por la boca. Están ambos
mejores. No hay en la plaza
nada bueno extraordinario:
En la puerta de Toledo
me han dicho que aun no han llegado
los Arrieros de Sevilla:
fui al Hospicio de paso:
y en efecto la doncella,
que ayer les recomendaron
á ustedes para su casa,
está allí: la he visto, y salgo
por ella: su padre dicen
que fue mozo muy honrado:
de su madre no sé nada;
pero en Castilla el caballo
lleva la silla. Con esto
creo quedan evaquados
los recadillos que anoche
ustedes me confiaron.

LAS DOS.

Muchas gracias.

D.ª INOCENCIA.

Si Señor.

Pero ahora es necesario
que al instante, luego, vaya
á reñir á los criados
ó despedirlos :::-

ABATE.

¿Por qué?

D.ª INOCENCIA.

Porque son unos pelmazos.
Si chista la Cocinera
rompamela usted los platos
en la cabeza; y al Page
igualmente con los cascos,
si saca la cara.

ABATE.

Voy.
No hay forma de que hagan caso
por mas que predico.

MEDICO.

¿Usted *le detiene.*
predicar? ¿A dónde y quando?

ABATE.

¿Dónde? En la puerta del Sol,
en la Comedia, en el Prado,
en la sala, en la cocina,
en coche, á pie y caballo.
Y de repente: ahora mismo:

que á todos asuntos traigo
sermones. Sígame usted
verá que bien que lo hago. *vase.*

D.ª INOCENCIA.

Id, vereis que dignamente
lo hace y enfervorizado.

MEDICO.

No iré tal; y ahora menos
con el thema que le han dado
de mover al Auditorio
á pedradas y sopapos.

Sale el Abogado.

ABOGADO.

Si los hombres no tubieran
mas que solo un negociado
sobre sí, y todos los dias
que constituye el año
las estrellas y manoplas
feriales del Kalendario,
pudiera un hombre de letras
vivir mejor empleado
y mas tiempo en servir Damas;
pero tantos pleitos, tantos
Tribunales, competencias....
Vengo aburrido y cansado. *se sienta.*

INDIANO.

¿Habeis tenido algun pleito
hoy en el Consejo?

ABOGADO.

Quatro:
y no he perdido ninguno;
porque los tres los votaron
antes de hablar yo; y el otro
aun no le han señalado.

TODOS.

Sea enhorabuena.

ABOGADO.

Es preciso
trabajar. El Mundo ha dado
en que un hombre es hombre, y no
debe desacreditarlo.

TODOS.

Es asi.

D.ª CANDIDA.

¿Y la Madamita?

ABOGADO.

Mil expresiones me ha dado
para ustedes.

D.ª INOCENCIA.

Sobre nuestro
corazon las apreciamos.

D. CANDIDA.

¿Y quándo la casa usted?

ABOGADO.

¡Qué risa! ¿Quándo me caso?
Oye Usted, como la chica
estubiese ya en estado,
quizá, quiza....

D.ª CANDIDA.

¿Tiene novios?

ABOGADO.

Como tiene poco trato
de gentes, es tan angosta
la calle, y el balcon alto;
no dá el golpe de ojo que otras;
ya, ya estoy yo calculando
el modo de producirla,
y al mes saldremos del paso:
porque la chica ::- la chica
tiene su mérito, hablando
sin pasion: y que tal qual,
si se le ofrecen diarios
dos quartos para alfileres,
no ha que pedirlos prestados
á nadie: y para almorzar
lleva tambien un bocado
de pan: y á fé que si yo,

lo que Dios no quiera, falto,
aunque sea un panecillo.

INDIANO.

¿Es pension?

ABOGADO.

Es Mayorazgo.

INDIANO.

¿Pues quanto viene á rentar
cada dia?

ABOGADO.

Cinco quartos.

MEDICO.

Dos de alfileres, y tres
de pan. Está bien sumado.

ABATE *dentro.*

Ay, ay.

TODOS.

¿Qué es aquello?

Sale el Majo.

MAJO.

Nada.
Estaba la Curra hablando
conmigo, y yo con la Curra:
verbigracia mano á mano;
ya se entiende, sin perjuicio

le su obligacion: sacando,
por cierto, con la caceta
una escudilla de caldo
para mí (de cacía el asa)
porque yo tomo temprano
lo que tomo, y acostumbro
volver luego á tomar algo.
Pues Señor, en mala hora
se coló ese Apoderado
de ustedes, para tormento
del medio género humano;
y empezó á reñilla, como
si la pagára el salario.
¿Qué hice yo? callar. ¿Qué hizo ella?
callar: que estamos criados
entrambos y dos con honra
poca ó mucha, aunque sea malo
ser un hombre alabancioso;
pero me agarró de un brazo
á mí; (me agarró en efecto.)
Pues es bonito el muchacho
para dexarse agarrar
á mí, que quando me planto
en mi puerta, y toso recio,
se estremece todo el barrio.

MEDICO.

¿Pero en qué paró?

MAJO.

Paró
en que la muchacha, salvo
el lugar, aquí en tal parte, *señala.*
le dió tal cucharetazo,
que saltó la colorada.

D.ª INOCENCIA.

¡Se dará tal desacato!
¿A dónde está esa bribona?

Sale la Criada.

CRIADA.

Señora, deme uste un trapo
limpio para curar á un
hombre que he descalabrado.

D.ª INOCENCIA.

¿Y por qué?

CRIADA.

¿Y á que has salido, *al Majo.*
tú aquí? ¿no se lo has contado?

MAJO.

Claro.

CRIADA.

Pues claro; por ese

motivo y por otros varios,
y varias provocaciones
que pudieran evitarnos
ustedes, si no riñesen
siempre por vocabularios
la familia. ¡Y un Abate!
si lo supiera un hermano
que tengo yo en Puerto-Rico....

MAJO.

Para enviar á llamarlo
hay tiempo y lugar. Aquí
me tienes á mí entre tanto.
¿Qué se ha de hacer de ese hombre?

CRIADA.

Al fin soy quien soy: curarlo.

MAJO.

¡Qué explendorosa! Voy por
estopas y vino blanco. *vase.*

D.ª INOCENCIA.

¿Y ustedes tienen paciencia
Doña Cándida que ha estado cuchicheando con el Oficial, vuelve la cabeza.
viendo esto para aguantarlo?

D.ª CANDIDA.

Que me duele la garganta,
Madre, no grite usted tanto

por Dios.

OFICIAL.

¿ Pues qué ha habido aqui?

D.ª CANDIDA.

¿ Qué le importa á usted ? Sigamos la conversacion.

D.ª INOCENCIA.

La Curra ha roto al Señor Don Mauro la cabeza.

D.ª CANDIDA.

¡ Pobre Abate!

Vuelta á la conversacion.

Pues la Dama del Diario, como digo, es la Cuñada del Marqués del Empedrado.

OFICIAL.

Si, las señas son mortales.

CRIADA.

¿ Y yo, Señoras, que hago ? ¿ Me despido ó me quedo ? ¿ Suelto el mandil ó me le ato mejor ?

D.ª INOCENCIA.

De todos ustedes la paciencia es lo que alabo.

INDIANO.

Y nosotros la de usted.
¿Somos tertuliantes, ó Ayos
de sus criadas?

ABOGADO.

Mi chica
suele en semejantes casos
despedirlas á patadas,
sin pagarlas el salario.
¡Es mucho cuento la chica!

MEDICO.

Si se estará desangrando
el Abate. Voy á hacer
análisis de sus cascos,
y de su mollera.

Sale el Abate.

ABATE.

Es vana
la diligencia, ya el daño
está hecho. Tiene razon.
¿Quién me mete á mí en cuidados
agenos? Currita mia,
perdona, y dame un abrazo.

CRIADA.

Voy por él; que desde Pasqua

ha que le tengo guardado
en el cofre para usted.

MEDICO.

¿Y para mi niña?

CRIADA.

Un palo.

INDIANO.

¿Y para mí?

D.ª INOCENCIA.

Poco á poco:
y tú vete á tu fregado.

CRIADA.

Ya le sé: todo está limpio:
lo que yo quisiera un rato
aprehender de ustedes es
á fregar sin estropajo. *vase.*

D.ª INOCENCIA.

¡Se dará tal picarona!

INDIANO.

¿Por qué no agarra usted un diablo
y se le tira?

D.ª INOCENCIA.

Dotor.... *le agarra.*

MEDICO.

Yo soy un diablillo manso.
El Abate es el que está

para esto comisionado
de predicar. La propina
del ultimo sermon::-

ABATE.

Chasco. Señoras, yo me repito
el mas ínfimo criado
de ustedes, fuera de casa;
pero renuncio los cargos
del doméstico gobierno:
que no quiero ver mis cascos
otra vez expuestos, ni
un caracter desairado.

D.ª CANDIDA.

No importa. Aquel que tuviere
de estos Señores mas agrio
el genio, y mas entereza
para semejantes casos,
tendrá nuestro nombramiento
de cortejo de recados,
Director de la familia,
y correo extraordinario.

MEDICO.

No seré yo.

OFICIAL.

Yo tampoco,

que ahora está de descanso
el estado Militar.

INDIANO.

Que se encargue el Abogado,
que reñirá con justicia.

ABOGADO.

El reñir toca á los amos:
y no apruebo á estas Señoras
el exquisito y extraño
capricho de permitir
que nadie tome la mano,
ni la ponga en su familia.

D.ª INOCENCIA.

Tiene un corazon tan blando
Cándida.

D.ª CANDIDA.

Tiene mi madre
tanta dulzura en los labios,
y tan poca hiel, que no
podemos ver un araño
en el próximo, ni oir
una palabra en su agravio,
sin que nos accidentemos,
ó inundemos con el llanto
el sitio donde nos coge.

ABATE.

Pues valga á ustedes cachano,
¿ por qué no lloran ahora
que me ven descalabrado
á mí, y lleno de improperios?

D.ª CANDIDA.

Es porque á usted le miramos
como de casa, y sería
fachenda querer tratarlo
con los extremos que á otros
que vienen de quando en quando.

ABATE.

Muchas gracias. ¿Será cosa
la herida, Doctor?

al Medico.

MEDICO.

Veamos.
¡He! Como no sobrevenga
vómito y fiebre, ó letargo,
mas que en la cabeza, daña
un golpe en el espinazo.

D.ª INOCENCIA.

Mugeres como yo, solo
de este modo contextamos.

Al Indiano, y se levanta enfadada.

D.ª CANDIDA.

¿Por qué se levanta usted,

madre mia?

D.ª INOCENCIA.

Me levanto ....

INDIANO.

Señora ...

D.ª INOCENCIA.

Porque el Señor
es un gran desvergonzado.

D.ª CANDEDA.

¿Pues qué desvergüenza ha dicho?

D.ª INOCENCIA.

Que el obsequio y los regalos
que nos hace, es con el fin
de ser de mi blanca mano
dueño. No sé como no
entrambos ojos le saco.

MEDICO.

¿Y de eso se irrita usted?
Yo soy mas interesado
al duplo en tal osadia.
No sé como no le mando
sangrar á un tiempo de entrambas
sienes, tobillos y brazos:
Pues soy con la propia idea
mas antiguo Parroquiano
en la casa; y las mismo

gratis, y solo aspirando,
pues yo me muero por ellas,
á que hagan por mí otro tanto.

D.ª INOCENCIA.

¡Hay tal infamia!

ABOGADO.

No lo es;
sino influxo de los rayos
de vuestros ojos que inspiran
matrimonio. No lo ha hurtado
vuestra hija: lo heredó
de vos. Pues aun de soslayo
que mire, hiere de boda.
¡Oh Dios, qué será de plano!

D.ª CANDIDA.

¡Están locos!

ABOGADO.

Y aunque dicen
que al buen callar llaman Sancho,
llamenle como quisieren
al buen hablar; vamos claros.
Vuestra candidéz, Señora, *á D.ª Cand.*
los ojos me ha deslumbrado....

OFICIAL.

Y á la Señora y á mí

lo negro nos pone espanto.
Vaya á cuidar de la chica.

ABOGADO.

La chica tomará estado
mañana, y me quedaré
solo.

ABATE.

Yo iré á acompañaros.

D.ª INOCENCIA.

Parece que á un tiempo á todos
el juicio les ha faltado.
¿No hay quién los ate?

D.ª CANDIDA.

Eso quieren,
si quisieramos atarnos
nosotras.

D.ª INOCENCIA.

Basta una vez. *con extremo.*

D.ª CANDIDA.

Par de esposos mas honrados,
mas apacibles, mas ricos,
mas amantes, mas gallardos
y mas cabales en todo,

que el que madre y yo encontramos,
aunque el mundo se minára,
fuera dificil hallarlos;
y con todo eso nos vimos
en precision de matarlos
á pesadumbres; mirad
si será facil mudarnos
de resolucion tres hombres
de los mas adocenados.

INDIANO.

¿Con qué ya estamos de mas?

D.ª CANDIDA.

No teneis en que fundarlo;
pues á todos hasta ahora
hemos tenido empleados:
y de buena fe confieso
que á todos necesitamos.

LOS TRES.

¿Cómo?

D.ª CANDIDA.

Vamos á la cuenta.
Para que supla los gastos
y provisiones añales,
dimos destino al Indiano

de mayordomo mayor,
haciendose despues pago
de nuestras rentas en Indias;
para los extraordinarios
por menor y comisiones,
le tiene de Apoderado
el Abate: Usted y usted *al Med. y Abog.*
tambien están destinados
para hacerle la partida
á mi madre todo el año;
Y el Señor, (como aborrezco *al Oficial.*
yo el juego en tan sumo grado)
tiene la bondad de darme
conversacion aquel rato
desde las cinco á las doce
que ustedes están jugando.
Con que aun, si el caso se apura,
falta un supernumerario,
porque ustedes son mortales,
y nos pueden dar un chasco.

D.ª INOCENCIA.

¿Hay á esto que replicar?

ABOGADO.

No: pero desengañado

Yo voy á cuidar mi chica. *vase.*

INDIANO.

Yo voy á formar el cargo
de mi cuenta, y recobrar
de otro modo lo que alcanzo. *vase.*

MÉDICO.

Y yo á dexarlas morir
de jaquecas y de flatos;
que á muger tirana, no hay
como cortejos tiranos. *vase.*

D.ª INOCENCIA.

¡Ay que se van!

D.ª CANDIDA.

En buen hora;
y debemos alegrarnos
de su falta.

D.ª INOCENCIA.

Como tú,
hija, te ves puesta en zancos
con tu Oficial, para fuera
y dentro de casa, al lado;
tu pobre madre que pene.

¡Que bien dice aquel adagio!
que ya no hay padres para hijos,
ni hijos para padres!

D.ª CANDIDA.

Vamos,
Señora, que si se van
tres, mañana vendrán quatro.

ABATE.

Yo soy firme.

OFICIAL.

Para firmes
nadie como los soldados.

ABATE.

Yo hasta ahora irresoluto
entre clérigo y casado.

OFICIAL.

Yo no os hablaré de boda,
hasta llegar por mis pasos
regulares á Teniente
Ceneral: llevo dos años
de Alferez: tiempo nos queda
de querernos, de enfadarnos,
y volvernos á querer,
antes de capitularnos.

D.ª INOCENCIA.

¿Y quién me hará la partida
esta noche?

OFICIAL.

Yo me allano
á traeros para mañana
dos Capitanes cansados
de cortejar.

ABATE.

Yo otro Abate
sério, de unos cinquenta años,
que á leer aprehende para
pretender Canonicatos.

D.ª INOCENCIA.

¡Pero esta noche?

D.ª CANDIDA.

Esta noche
por divertirnos con algo,
los tres con las dos criadas
y, si vuelve, con el Majo,
cantarémos tonadillas.

D.ª INOCENCIA.

Me conformo.

D.ª CANDIDA.

Pues en tanto
que usted vá por allá dentro,

aqui haremos un ensayo
de alguna.

TODOS.

Pues vuestro obsequio
es solo á lo que aspiramos.

LOS HIJOS DE LA PAZ.

COMEDIA EN UN ACTO.

Con que ha de concluir la fiesta de LAS BODAS DE CAMACHO *el Rico, que representó la Compañía de Manuel Martinez, con motivo de la* PAZ *y* FELIZ NACIMIENTO DE LOS DOS INFANTES GEMELOS CARLOS Y FELIPE.

PERSONAS.

LA TIA PATRICIA.
EL ALCALDE CRESPO.
ALONSO *de la Morena.*
SATURNINO *del Fierro.*
EL REGIDOR 1.° Y EL 2.°
EL PROCURADOR.
EL ESCRIBANO.
UNA CRIADA *de la Tia.*
EL SACRISTAN.
EL NOVIO.
LA NOVIA.
UNA LUGAREÑA *embarazada.*
LA HORTELANA, *maja.*
DOS NIÑOS, *hijos del Sacristan.*
UN MOZO.
DOS MOZAS.
DOS ALGUACILES.
VARIAS PAYSANAS.
BAYLARINES Y FIGURANTES.

La escena se supone en un Lugar inmediato y de la jurisdiccion de Madrid: y cerca de anochecer.

LOS HIJOS DE LA PAZ.

ESCENA PRIMERA.

Plaza de Lugar. Mesa con recado de escribir enmedio; una silla de baqueta antigua y algunos taburetes iguales al rededor de ella para los Individuos de Justicia que se verán sentados; y á poca distancia bancos, que ocuparán los vecinos de todas clases.

Los dos Alguaciles separados en pie. Luego que se alza la cortina y cesa la orquestra habrá una pausa, en que el Alcalde figura que habla sin decir palabra: y al fin prorumpe muy formal, y dando una palmada en la mesa ::

ALCALDE.

En fin, en vista de todo determinará el Concejo.

Suena la dulzayna y el tamboril un breve rato, é interin el Alcalde se quita el sombrero hace cortesias, que le corresponden todos, con ademan de aplauso á la oracion que parece acaba de hacer.

PROCURADOR.

Valientes cosas ha dicho:
no tiene quatro sugetos
como él la mejor ciudad.
Yo no lo he entendido; pero
es mucho hombre.

REGIDOR I.°

No hay que hacer,
Ha hablado como un proceso.

TODOS.

Viva nuestro Alcalde.

MOZOS.

Viva.

ALCALDE.

Muchas gracias, Caballeros.

PROCURADOR.

¿Y qué es lo que ha dicho usted
que yo me estuve durmiendo,
y no he entendido palabra?

ALCALDE.

¿Ahora salimos con eso?

REGIDOR 2.º

Sois un tonto.

PROCURADOR.

Ya lo sé,
¿Mas de qué se habló?

ESCRIBANO.

De aquello.

PROCURADOR.

Ahora ya estoy enterado;
y vaya, ¿qué se ha resuelto?

ALCALDE.

Muchas cosas: solamente
que no tenemos dinero.

PROCURADOR.

Pues si no falta, mas que esa
friolera, despachemos.

ESCENA II.

Sale una Criada y los dichos.

CRIADA.

Vengo de parte de mi ama
á suplicar al concejo

que se detenga un poquito,
que ya se queda poniendo
su merced las guirindólas.

ALCALDE.

Decid que la aguardaremos
á la Señora Patricia.

CRIADA.

Recelandose y á media voz.

Si yo pudiera en secreto,
aquí que nadie nos oye :::-

PROCURADOR.

Sino todo él Lugar, bueno.

TODOS.

¿Qué, qué?

CRIADA.

La gente y las cosas
que hay en casa :::- No, no quiero
decirlo, que se sabrá:
vaya ¡poquitos misterios
ha habido!

ALCALDE.

Pues calla y vete.

CRIADA.

Yo juzgo que será bueno
todo. Mirad, en la Quinta
que á media legua del Pueblo

tiene mi ama, ha mas de un mes
que encerrados se estubieron.

ALCALDE.

¿Quién?

CRIADA.

Si yo no los conozco.
y andan llevando y trayendo
de noche. ¡Qué tentacion!
Ustedes lo sabrán luego.
¡Ah! cuenta con no decir
que por mí supo esto.

vase.

vuelve.

ESCENA III.

Los mismos, menos la Criada.

PROCURADOR.

Qué se ha de saber, de mugeres
de muger, si no se hemos
entendido.

REGIDOR.

Sin embargo,
es mucho lo que yo infiero.

ALCALDE.

Sea lo que fuere, al asunto,
y no perdamos el tiempo.

En fin, en vista de todo
determinará el Concejo.

Un preludio de dulzaina.

PROCURADOR.

Callad: reniego de tanta
chiflaina y tamboriléo.
¿Qué es lo que se ha visto? y qué
determinacion tenemos
que tomar?

ESCRIBANO.

En dos palabras
os enteraré del hecho.
Nuestro dignísimo Alcalde,
el Señor Jacinto Crespo,
con muchísimas palabras,
y ninguna del intento,
hizo un discurso elegante
en que nada dixo.

ALCALDE.

Cierto,
que es lastima no imprimirle.

ESCRIBANO.

¡Pero con qué voz! ¡qué pecho,
y qué satisfaccion! vaya
noramala el Pregonero
quando publica la vara

del vino, que habla mas recio
y claro.

PROCURADOR.

¿Y á qué reduxo
todo ese aparatamiento?

ESCRIBANO.

A lo que ya se sabia.
En pie y fuera los sombreros, *se hace así.*
Señores. A que el Rey manda
que con fiestas celebremos
las Paces con todo el mundo,
y el dichoso nacimiento
de los Señores Infantes
hermosisimos Gemelos.

PROCURADOR.

Manda bien su Magestad.

TODOS.

Que viva siglos inmensos.

ALCALDE.

Primeramente he mandado
que al vecindario y los gremios
se citen.

PROCURADOR.

¡Gremios aqui!
¿Pues hay mas que un Carretero,
un Calderero, dos huertas,

una tienda, y Sastre y medio?

ALCALDE.

Si Señor: tres herradores,
y quatro ó cinco Albarderos.

REGIDOR 1.º

Como que esas son las cosas
de que mas consumo hacemos
los vecinos. Adelante.

ALCALDE.

¿Escribano, qué dixeron?

ESCRIBANO.

Que aunque pueden poco, harán
lo que pudieren.

ALCALDE.

Con eso
cumplen. ¿Y en lo general
los vecinos?

ESCRIBANO.

Aguardemos
que se acaben de juntar.

ALCALDE.

¿Don Saturnino del Fierro
no ha venido?

ESCRIBANO.

Ni vendrá,

ALCALDE.

Alguacil, marcha corriendo
y dile que yo le aguardo.

ALGUACIL 1.º

Voy.

ESCENA IV.

Los mismos menos el Alguacil. Luego la Hortelana.

ALONSO.

Ninguno le echa menos
donde yo estoy.

REGIDOR. 2.º

¿Es posible
que no acabe el rencor vuestro?

ALONSO.

El suyo, que por mi parte
le perdono, y no le tengo.

ALCALDE.

De eso se hablará despues.
¿Y vaya con qué podemos
contar de ustedes?

LUGAREÑA *embarazada.*

Yo ahora

por mi parte solo ofrezco
un doblon, de aquí á dos dias,
si Dios me dá ese consuelo,
les podré ofrecer á ustedes
quizá otro par de gemelos,
que han de servir en la tropa
al Rey en siendo mancebos.

PROCURADOR.

Viva, y Dios te lo conceda.

Sale la Hortelana.

HORTELANA.

Por muchos años y buenos.
¡Qué abichornado está el dia!
Con licencia del Concejo
me sentaré, que las cosas
se han de tomar con asiento.

ALCALDE.

A Dios Señora Hortelana.

REGIDOR I.°

¡Qué maja!

HORTELANA.

Como que vengo
de oficio: sigan ustedes.

ESCRIBANO.

Prosiga el ofrecimiento

cada qual con lo que pueda.

MOZA 1.ª

Las doncellas de este Pueblo,
que somos muchas, tambien
por nuestra parte ofrecemos
en honor de tanta fiesta
casarnos con los sugetos
que nos manden, si nos gustan
y pudieren mantenernos.

MOZA 2.ª

Y esto va de veras.

REGIDOR 1.º

No
lo duda el Ayuntamiento.

PROCURADOR.

¿Y qué ofrece la Hortelana?

HORTELANA.

Mantener los forasteros
que vengan á las funciones
á mesa redonda, menos
el pan y vino.

PROCURADOR.

¿Y por qué?

HORTELANA.

Porque en la huerta no hay de eso.
Lo demás si. Les daré

por la mañana de almuerzo
buenas guindas: de comer,
sopa de acelgas y puerros,
cocido de verengenas,
un asado de pimientos,
un plato duz de achicorias,
y un par de rabanos tiernos
para postre. Por la tarde
tambien tendrán su refresco
de agua de la noria, que es
mineral, y hace provecho.
Para cenar, ensalada
de pepinos, y un torrezno
de calabaza. El banquete
me parece que es completo.

ALCALDE.

No saldrán de tu poder
muy gordos; pero irán frescos
y purgados.

PROCURADOR.

Ya la abuela
sale.

ALCALDE.

Ponedlá un asiento
cerca, que bien lo merece
por su edad, y sus respetos.

MOZA 2.

Asi fuera eterna,

MOZA 1.

Haz cuenta
que llevá trazas de serlo,
pues solo dos ó tres años
le faltan ya para ciento.

ESCENA V.

Los dichos, La tia Patricia.

TIA PATRICIA.

A la paz de Dios, Señores.
¡Oh bondad de sus decretos!
Al ver tal junta y tal dia
toda me rejuvenezco.

TODOS.

Sea usted muy bien venida.

ALCALDE.

Aqui tiene usted asiento, *distinguido.*

TIA PATRICIA.

Con el permiso de ustedes
¡Ah buen Gil, si vieras esto! *llorando.*

PROCURADOR.

El Señor Gil vuestro esposo

era un hombre de provecho.

TIA PATRICIA.

El año que entró Felipe
Quinto en España, me acuerdo
que era Regidor: y Alcalde
quando las fiestas se hicieron
por casar su Magestad
con la Señora Farnesio.
¡Qué Señora aquella! ¡y qué
Alcalde mi Gil! De aquello
se vé poco. Quando entraba *se ríe.*
de gala los dias recios
con su melena tendida,
sobre aquel vestido negro
bordado de seda verde:
su calzon de terciopelo:
sus medias alagartadas
de varulé: su sombrero
entrefino, y su corbata
de cambrayon: Todo puesto
á la última moda; él solo
llenaba todo el Concejo. *muy ufana.*

REGIDOR 1.°

Y se murió criatura.

TIA PATRICIA.

¡Y como que murió! Ciento

y un años cumplió debajo *llora.*
de la tierra. Unos pimientos
en vinagre..... ¡ Y qué buen mozo
estaba despues de muerto! *se ríe.*

REGIDOR 1°.

¿Pues qué tambien le vió usted
entonces?

TIA PATRICIA.

¿ No habia de verlo?
¿Juzga usted, que las mugeres
eramos como ahora vemos
por ahí muchas, que ni aun vivos
los pueden ver; y huyen de ellos?
No Señor.

REGIDOR 1.°

Ya me hago cargo.

PROCURADOR.

Tengale Dios en el Cielo:
y vamos á nuestro asunto.

TIA PATRICIA.

¿En que estamos de festejos?
que tambien yo quiero hablar,
pues es público el Concejo.

ALCALDE.

Y es mucha razon.

ESCRIBANO.

Estamos
en el punto discurriendo
de que se ha de hacer.

ALCALDE.

Parejas.

REGIDOR 1.º

Bayles.

REGIDOR 2.º

Máscaras.

LUGAREÑA.

Enmedio
de la Plaza una gran fuente
con caños de vino añejo,
donde alegres los vecinos
conforme vayan bebiendo
digan que viva el Rey.

MOZO 1.º

Ese
es el mejor pensamiento.

PROCURADOR.

¡Parejas! ¿Dónde hay caballos?

REGIDOR 1.º

No hay mas que el del Mesonero.

ALCALDE.

Y basta.

REGIDOR I.°

Como.

ALCALDE.

Le monta
verbi gracia, uno primero,
despues otro, y otro, y van
de esta manera corriendo
las parejas uno á uno,
hasta que se cayga muerto.

PROCURADOR.

Haya toros.

TIA PATRICIA.

Haya juicio,
y no nos equivoquemos.

REGIDOR I.°

Lo que es necesario hacer
son ricos vestidos nuevos
para las funciones.

TIA PATRICIA.

Vaya
noramala el chuchumeco.

ALCALDE.

Y para lucir dos dias
ó tres, estar pereciendo
muchos años, ¡qué locura!
Nos está dando el exemplo

de moderacion un Rey
que de dos mundos es dueño,
¡y quiere un petate andar
mas guapo que un Gerineldos!

REGIDOR 2.º

De ese modo no haya fiestas.

ALONSO.

Si las haya, que para eso
estamos aqui los ricos
y hacendados; pues habiendo
con la Paz asegurado
las haciendas, el dinero,
las familias y las casas,
justo es que la celebremos
á proporcion, y el que tiene
mas, debe hacer mas extremos.

TIA PATRICIA.

Dice bien.

HORTELANA.

Y usted pudiera
abrir el cofre de hierro,
Tia Patricia, y sacudir
la polilla á los talegos.

TIA PATRICIA.

Yo haré lo que yo quisiere,
desvergonzada.

MOZA 1.ª

Si: denos
usted quatro pesos gordos
para enviar por panderos.

TODAS.

Dice muy bien.

TIA PATRICIA.

Callen ellas;
y vosotras id corriendo
para aquello que sabeis
á casa.

TODAS.

Todas iremos.

TIA PATRICIA.

No ireis tal.

LAS QUATRO.

Hasta despues. *las que baylan.*

HORTELANA.

¿A qué vais?

LAS QUATRO.

A coger berros.
con ironia.

ESCENA VI.

Los mismos menos las Mozas que se entraron.

REGIDOR 1.º

¿Y qué ofrece usted, que es
la mas rica?

TIA PATRICIA.

Yo no ofrezco, sino doy.

ALCALDE.

¿Pero qué dais?

TIA PATRICIA.

Ya lo sabreis á su tiempo.

ESCRIBANO.

Si hay que disponer ::-

TIA PATRICIA.

Yo sola
lo tengo todo dispuesto:
soy vieja, y he visto mucho.
Quando Don Carlos Tercero
fue á Atocha la primer vez
recien nacido, me acuerdo
que fui á Madrid; y estaba

embarazada por cierto
del niño qué tengo ahora
Alferez del Regimiento
fixo de Ceuta.

PROCURADOR.

¡Gran mozo!

TIA PATRICIA.

Asi ha ido él ascendiendo.
He visto ya quatro entradas
de Reyes, y casamientos
y paces :- ¿He visto tanto ...?

HORTELANA.

¿Y ha visto usted los Gemelos?

TIA PATRICIA.

Los fui á ver á la Granja:
y al fin me vine sin verlos.

PROCURADOR.

¿Por qué?

TIA PATRICIA.

Por una desgracia.
Al instante que nacieron
me alboroté toda, y dixe
al muchacho, traeme Pedro
un coche de tiros largos,
que en siete horas y menos
me pusieron allá, y fui

á la casa de un sugeto
que está allí en la Salseria
de su Magestad, y luego
hasta dentro del Palacio.
¡Y qué empellones me dieron
para entrar! y eso que yo
los iba á todos metiendo
los codos, que son lo mismo
que dos puñales de acero.
Entré al fin, y apenas iba
á mirar, se me cayeron
los anteojos, y no bien
habian llegado al suelo
quando un usia de plomo
puso la pata sobre ellos,
y me los hizo una estrella:
quise comprar otros nuevos,
y no los hallé conformes
á mi vista, entre quinientos;
con que me enfadé, y me vine;
pero ya los veré en siendo
grandes, quando por aquí
pasen á los cazaderos.
Y si no, á una legua está
Madrid, y cerca los tengo.

REGIDOR I.

Mucho piensa usted vivir.

LUGAREÑA.

Aun ha de ver al primero
de los Infantes reynar.

TIA PATRICIA.

No quiero tal. Mi deseo
es que vivan muchos años
todos: que su Real Abuelo
y su Señor Padre tienen
muy bien con que mantenerlos.

HORTELANA.

Y aunque nos vengan este año
otros dos. Bendito el Cielo,
y la tierra tan fecunda
que produce tanto bueno.

TODOS.

Amen.

ESCENA VII.

Los mismos y el Sacristan.

SACRISTAN.

Ya estoy aqui yo.

ALCALDE.

Señor Sacristan me alegro.
¿Y cómo estamos?

SACRISTAN.

Al cabo.

ALCALDE.

¿Está el villancico hecho?

SACRISTAN.

Y con tanta novedad,
que en los facistoles puesto,
él se puede cantar solo
y tocar los instrumentos.

ALCALDE.

¿Y á quántas voces?

SACRISTAN.

A tres.

REGIDOR I.

Será fuerza que busquemos
Sacristanes.

PROCURADOR.

En Madrid
dicen que los hay muy buenos.

SACRISTAN.

Tampoco yo lo soy malo;
y allí he sido yo maestro
de otros muchos Sacristanes,
que las noches de San Pedro
y San Juan forman capillas
y cantan como becerros.

ESCRIBANO.

¿Y aqui, quién cantará?

SACRISTAN.

Yo.
Con mis dos hijos pequeños
que son gemelos en gracias,
ya que no de nacimiento.

ALCALDE.

Será necesario que antes
que se cante, le provemos.

SACRISTAN.

Al instante, y ante todo
el público; que no quiero
que el voto de dos amigos
me dexe muy satisfecho,
y despues me sacrifique
la voz general del Pueblo.

PROCURADOR.

¿Y quándo?

SACRISTAN.

Aguarden. Voy por
mis niños: al punto vuelvo.

TIA PATRICIA.

Toma, Baylón: llevales
este par de caramelos.

SACRISTAN.

No los tomarán.

TIA PATRICIA.

¿Por qué?

SACRISTAN.

Por que son cortos de genio:
y los hemos enseñado
en casa desde pequeños
á no tomar golosinas
de nadie, sino dineros,
y otras cosas que reluzcan,
ó les forren los pellejos.

ESCRIBANO.

¿Y se han aplicado?

SACRISTAN.

Toma,
aunque vean por el suelo
rodando frutas y dulces
los desprecian tan serenos;
pero en viendo un peso duro,
aunque sea sobre un cerro,
el mayor echa á correr:
y el menor, que es mas modesto,
por encima de su hermano
salta, y le coge el primero.
Son los chicos dos alhajas

voy al instante á traerlos. *vase.*

ESCENA VIII.

Los mismos, menos el Sacristan, y despues Saturnino.

HORTELANA.

¡Qué vivo es, y qué gracioso!

ALCALDE.

El nos dará un rato bueno.

TIA PATRICIA.

No le daré yo tan malo.

TODOS.

¿Y quándo?

TIA PATRICIA.

Pronto: que quiero
yo tambien dar una prueba
de lo que estoy disponiendo,
y de quanto en las venturas
de la Nacion me intereso.

ALCALDE.

No lo dudamos.

Sale Saturnino.

SATURNINO.

Señores,....

bendiga á todos el Cielo.

ALCALDE.

¡Señor Saturnino, como tan tarde!

SATURNINO.

Y ahora vengo de muy mala gana. Claro.

ALCALDE.

¡Ola!

SATURNINO.

Sobre que es empeño antiguo, no entrar jamás donde esté Cara de cuervo.

ALONSO.

Alonso de la Negrilla me llamo al servicio vuestro; que yo solo sufro apodos de amigos y compañeros.

SATURNINO.

Sea muy enhorabuena, Señor Alonso, y callemos. Lo dicho dicho. En mi casa *á la Just.* me estoy. A Dios, Caballeros.

ALCALDE.

Venga usté aqui, que lo manda *serio.* esta vara.

SATURNINO.

¿La venero;
pero no pararé aqui,
aunque me cueste estar preso
seis años.

ALONSO.

Yendome yo *se levanta.*
está concluido el pleito:
A Dios, Señores.

REGIDOR I.°

Tio Alonso,
sientese, y estese quieto.

ALCALDE.

Y usted sientese tambien.

SATURNINO.

Dale, sobre que no puedo;
y solo en verle rebosa
por mis ojos el veneno,
que en el corazon dexaron
arraigado mis Abuelos.

LUGAREÑA.

Y el origen del rencor
dicen que no importa un bledo.

SATURNINO.

Es cruel, es execrable,
impio: si ¿fuera menos

me negára yo, y tubiera
á mi hijo en un encierro,
por evitar que se case
con su hija, conociendo
las bellas prendas que tiene
y el dote tan estupendo?

TIA PATRICIA.

Si: yo habia oido decir
que se casaban.

SATURNINO.

Primero
le ahorcaria.

ALONSO.

Pues yo no;
y mi mayor sentimiento
es verlos apasionados
de un apreciable sugeto,
y hacer á dos infelices
por el capricho de un muerto.
Tal fue la causa del odio.

HORTELANA.

Nunca he sabido lo cierto
del motivo.

SATURNINO.

Pues qué,
que yo le hare manifiesto.

El dia de los finados
del año de mil seiscientos
y diez y siete, le dió
la gana á mi quinto abuelo
de hacer una calderada
de puches para el obsequio
de unos Señores de mucha
suposicion, que vinieron
de Madrid á visitarle.
Todo estaba ya dispuesto,
la harina, la miel, la leche,
cucharon, aceite, fuego,
y los mendrugos tostados.
No habia en casa caldero
de cabida de ocho azumbres;
y estando pared enmedio
la de los antepasados
del Señor, se le pidieron
prestado á su abuela entonces,
á quien, si mal no me acuerdo,
llamaban la Tia Collar,
por siete ú ocho divieses
que, salva la parte, tuvo
al rededor del pesquezo
desde niña: perfeccion
sin duda de nacimiento.

Aqui del furor: negole:
se envió recado nuevo,
ni por esas: finalmente
en persona fue mi abuelo
á buscarle, y se volvió
en persona, sin caldero.
Entró en casa tan furioso,
tan colérico, tan ciego
que al ir á decir su afrenta
faltó á la voz el aliento,
y desvencijada toda
la máquina de su cuerpo,
sin decir oste ni moste,
se cayó su merced muerto.
Hizose junta al instante
de los hijos y los nietos
á celebrar la fortuna
de tener entre los nuestros
un hombre de tanto honor:
y para que fuera eterno
su nombre en nuestra familia,
hicimos el juramento
mas firme de aborrecer,
con el odio mas perpetuo
y hereditario, á la Tia
negadora de calderos,

y toda su descendencia:
dexando en los testamentos
desheredado y proscripto
á qualquiera de los Fierros
que enlace, trate, contrate,
concurra ó tenga comercio
con los dichos Morenillas,
sus mugéres, herederos,
criados, muebles, raices,
ganados, gatos y perros
habidos y por haber:
y en recordacion del hecho,
tal dia y todos los años
en la casa del mas viejo,
despues de hartarnos de puches,
se renueva el juramento.

PROCURADOR.

¡Qué obstinacion!

TIA PATRICIA.

¿Y vosotros?

ALONSO.

Lo sentimos por los riesgos
que hay entre las dos familias,
y el escandalo del pueblo;
mas los servimos por bajo
de mano en quanto podemos.

SATURNINO.

Ni la salud, ni la vida
quiero de tí.

ALONSO.

Pues yo quiero
la paz en vida y en muerte,
y quando suenan sus ecos
á impulsos de un Rey tan dulce
casi en todo el universo,
llenarme tambien de paz
el buche, con tanto extremo
que rebose en beneficio
de los pobres. Los hambrientos
y escasos para sembrar,

Con expresion y viveza.

acudan á mis graneros,
que estarán francos tres dias.
Los que estén por deudas presos
participen de las Fiestas
de la Paz y los Gemelos,
y orar á Dios por sus vidas,
que yo pagaré por ellos.
A costa de mi volsillo
se han de desterrar los pleitos
que haya en el Lugar. Mis aves,
mis bodegas y mis huertos

se han de arrasar. Dios es Dios.
para todos. El Rey nuestro
es padre y Rey para todos.
Yo soy el mas vil insecto
en comparacion de entrambos
pero alentádo del zelo
de la Ley y de la Patria,
de todo me desposeo.
Viva la Familia Real:
viva la Paz y baylemos.

TIA PATRICIA.

Dame un abrazo, Alonsico.
Le abraza con ansia y enternecida.
¿Qué dices tu Fariseo? *seria.*

SATURNINO.

¿Qué he de decir, á la vista *titubeando.*
de aquel generoso exemplo?
Digo que viva la Paz
tambien, y de mi perverso
prorumpe alegre.
corazon salgan los odios
desterrados. Compañero
y amigo, si no te ofende
tiernos los dos.
nombre tan dulce y tan tierno
porque sale de mi boca;

á ti las luces te debo
que me alumbran, y de tí
el perdon que no merezco
aguardo, puesto á tus pies ::-

ALONSO.

¿Querido Amigo, qué es esto?
sorprehendido.
¿Qué haces? Dígante mis brazos
todo lo que yo no puedo. *estrechamente.*

TODOS.

Vivan.

ALCALDE.

Estas son las fiestas
mas felices para el Reyno.

PROCURADOR.

Sea enhorabuena Señores.

SATURNINO.

De miraros me avergüenzo
á todos. ¡España llena
de bendiciones del Cielo,
todos cantando la paz,
y yo solo desmintiendo
su placer! ¿Alonso mio,
qué satisfaccion te puedo
dar?

TIA PATRICIA.

Casar á los muchachos:
y en virtud del parentesco
quedais todos hechos unos,
y está concluido el cuento.

ALONSO.

¿Qué dices? *suspenso.*

SATURNINO.

¿Qué dices tú?

ALONSO.

A Dios. *y se abrazan.*

SATURNINO.

A Dios.

LOS DOS.

Hasta luego. *se dividen.*

ESCENA IX.

Los mismos, menos Saturnino y Alonso, y luego el Sacristan y los dos niños.

TODOS.

¡Gran dia!

ALCALDE.

Pedidme gracias,
que estoy loco de contento.

Sale el Sacristan.

SACRISTAN.

Pues si habeis de concederlas;
Señor Alcalde, yo empiezo.

ALCALDE.

¿Y qué pides?

SACRISTAN.

Solamente
un ratito de silencio
mientras mi familia y yo,
aunque somos tan Pigmeos,
de los dos niños mas altos
concurrimos al obsequio.

PROCURADOR.

Pide muy bien: atencion
todo el mundo.

TODOS.

Ya atendemos.

Aqui la cantinela ó terceto, alusivo al asunto.

TODOS.

Vitor, vitor.

SACRISTAN.

Soy yo mucho
Sacristan para un empeño.

ALCALDE.

Te he de dar una sotana
nueva.

SACRISTAN.

No seré el primero
yo que sirve bien, y lleva
una sotana por premio.

ESCENA X.

Los dichos, Saturnino y su hijo, Alonso y su hija, por distintos lados.

ALONSO.

Aquí está ya mi doncella.

SATURNINO.

Aquí teneis mi mancebo.

TODOS.

Que vivan los novios.

ALCALDE.

Vivan.

NOVIO.

¿Padre, va de veras esto?

SATURNINO.

Toma si va. Vé muchacho
besa la mano á tu suegro.

Sale el Sacristan.

SACRISTAN.

Pues si habeis de concederlas;
Señor Alcalde, yo empiezo.

ALCALDE.

¿Y qué pides?

SACRISTAN.

Solamente
un ratito de silencio
mientras mi familia y yo,
aunque somos tan Pigmeos,
de los dos niños mas altos
concurrimos al obsequio.

PROCURADOR.

Pide muy bien: atencion
todo el mundo.

TODOS.

Ya atendemos.

Aqui la cantinela ó terceto, alusivo al asunto.

TODOS.

Vitor, vitor.

SACRISTAN.

Soy yo mucho
Sacristan para un empeño.

ALCALDE.

Te he de dar una sotana
nueva.

SACRISTAN.

No seré el primero
yo que sirve bien, y lleva
una sotana por premio.

ESCENA X.

Los dichos, Saturnino y su hijo, Alonso y su hija, por distintos lados.

ALONSO.

Aquí está ya mi doncella.

SATURNINO.

Aquí teneis mi mancebo.

TODOS.

Que vivan los novios.

ALCALDE.

Vivan.

NOVIO.

¿Padre, va de veras esto?

SATURNINO.

Toma si va. Vé muchacho
besa la mano á tu suegro.

ALONSO.

Besa la mano á tu padre, niña.

NOVIO.

Teresa. *al pasar; y se paran.*

NOVIA.

Silverio.

NOVIO.

¿Será cierta mi ventura?

NOVIA.

Todavia no la creo.

ALCALDE.

A la vuelta se hablarán ustedes, hagan primero lo que sus padres les mandan.

NOVIO.

Yo me llevé del afecto:::-

NOVIA.

Yo señor :::-

NOVIO.

A vuestros pies:::- *á Alonso.*

NOVIA.

Que me deis la mano espero. *á Saturn.*

SATURNINO.

Los brazos te daré; y fuera de escusados cumplimientos.

Alonso, lo que ha de hacerse
mañana, hagase luego.
Al dia feliz que España
celebra la paz, daremos
succesion en la memoria
de las gentes, disponiendo
para él su boda,

ALONSO.

Si,
y conozcalos el Pueblo
por *Los Hijos de la Paz*,
que en los suyos y sus nietos
continuada, sostituya
y enmiende tus testamentos
antiguos.

NOVIO.

Queda á mi cargo,
pues ya que tanto le debo
á la Paz, en honor suyo,
una fundacion ofrezco
para crianza y destino
de quantos niños gemelos
pobres haya en el Lugar.

REGIDOR I.

Y todos concurrirémos
á ella.

SACRISTAN.

Vivan los novios.

TODOS.

Y los dos amigos nuevos.

SACRISTAN.

Padres, todo lo tendré
pronto para el casamiento.
Hijos, quedan de mi cuenta
los adornos, el aseo,
y echar todos los registros
y laudes de los bateos.

ESCENA ULTIMA.

Todos y un Mozo.

MOZO.

Señora, todo está pronto.

ALCALDE.

Vamos que vá obscureciendo:
y lo que falta que hacer
mañana lo trataremos.

TIA PATRICIA.

Nadie se me vaya, y todos
se retiren, que les quiero
dar una prueba de quanto
en las dichas me intereso
de la Patria.

SACRISTAN.

¿Fiesta á obscuras?

TIA PATRICIA.

¡Ola! Salgan al momento:
y ustedes á sus ventanas,
y desocupen el puesto.

TODOS.

Que viva la Tia Patricia.

TIA PATRICIA.

Viva Don Cárlos Tercero
y su Real Familia.

ALCALDE.

Vivan,

y sean nuestros obsequios
agradables á su oido
por leales y sincéros.

Se retiran, se ilumina la plaza de pronto, y forman los baylarines un vistoso y vario jardin: hacen sus bayles, y se dá fin á la funcion.

LOS
IMPULSOS DEL PLACER.

COMEDIA EN UN ACTO.

Con que concluyó la fiesta de LOS MENESTRALES, *que representó la Compañia de Eusebio Rivera, á* 16 *de Julio de* 1784, *con motivo de la* PAZ *y* FELIZ NACIMIENTO DE LOS DOS INFANTES GEMELOS CARLOS Y FELIPE.

PERSONAS.

Pasiegas.

POLICARPA, CRISÓSTOMA, SERAPIA, MAMERTA.

Majas.

LICANORA, CANTALICIA, BALDOMERA, SUSANA.

Baylarinas.

MADAMA CAMILA, MAD.ª ESCOLASTICA, *y* BALBINA.

Majos.

PREMITIVO, ANTONINO, CULEBRA, COLAS, SANTURIO.

Calesineros.

SEVERIANO, JULIANILLO, ANDREU, PERICO, GIL CATARATAS.

M.r CIPRIAN, *Peluquero Petimetre.*

Baylarines.

M.r NICOLA, M.r QUINTIN.

EL TIO CUCHIPANDA, *Majo antiguo.*

Caballeros de Madrid en fras.

DON PABLO, DON JULIAN.

Choriceros.

TRIFON, COLORADO, &c.

LOS IMPULSOS DEL PLACER.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa (desde luego que se alza el telon) parte de la pradera de San Isidro, cerca del Puente de Segovia: y una de las llanuras inmediatas al Rio.

Un poco retirados á la izquierda del foro estarán sentados á una mesita redonda Madamas Balvina y Camila con Mrs. Quintin y Nicola, bebiendo una botella, con copas. D. Julian, Caballero de Madrid, estará sentado sobre una piedra, á la parte mas adelantada de la derecha con un libro en la mano leyendo. Interin cantan los Franceses saldrá Primitivo de Majo bizarro por un lado: por el otro Julianillo de Calesinero charanguero: reconocen el campo, y se van sin hablar.

Cancion bucólica.

Canta victoria

feliz España,
canta la gloria
que te acompaña,
canta la Paz.

Solo.

Ya la perfidia
puesta en prisiones,
no sin envidia
de otras naciones,
canta la Paz.

á duo. MADAMAS.

Con mil desvelos,
fiel arrullando
de los Gemelos
el sueño blando,
canta la Paz.

á quatro.

Canta victoria
feliz España, &c.

ESCENA II.

Mr. Ciprian de Peluquero y los dichos.

M. CIPRIAN.

Ya se ha malogrado el dia,

reniego de mi desgracia.

M. NICOLA.

¿Qué es esto? ¿qué traes Ciprian?

M. CIPRIAN.

Que toda nuestra humorada
voló. Recojase todo,
y antes de que se nos vayan
los coches de Don Simon
volvamos á Madrid.

M. QUINTIN.

Calla,
¿hombre qué dices?

CAMILA.

¡Ay! oyes,
¿hay alguna nueva infausta
de la Real Familia?

M. CIPRIAN.

No,
á Dios millones gracias.

M. NICOLA.

¿Vuelve el monstruo de la guerra
acaso á esgrimir sus garras
contra nosotros?

M. CIPRIAN.

Tampoco.

M. NICOLA.

Pues no siendo alguna causa
de las dos, qualquiera otra
vayase muy noramala.
Que hoy todos los corazones
absolutamente manda
el placer, y á los pesares
están las puertas cerradas.

ESCOLASTICA.

Dice bien: á la botella.

M. CIPRIAN.

No, no lo tomeis á chanza;
y sino volved los ojos
y ved las gentes que vajan
en quadrillas por las cuestas
del Rastro y la Vega.

CAMILO.

Y vaya,
¿qué quiere decir todo eso?

M. CIPRIAN.

Mas que parece ::- Y aguarda,
mira los mozos que vienen
con trastos y con viandas,
y á la sombra de la Hermita
de San Isidro y su casa,
que de nuestras prevenciones

y gentes está ocupada,
andan buscando lugar
oportuno ::- y ya descargan.
¡Lindo! No puede ser. Vamos
que ya se llevó la trampa
todo el proyecto.

LOS TRES.

¿Y por qué?

M. QUINTIN.

¿No es la Pradera bien ancha?

M. CIPRIAN.

Pero esto es lo mas hermoso.

CAMILO.

A bien que ya está tomada
la posesion.

M. CIPRIAN.

Y si acaso
se acercan á disputarla,
habrá camorras, y el dia
y la funcion se nos aguan.

ESCOLASTICA.

Mejor es irnos en paz.

M. NICOLA.

Ni buscarla ni reusarla
dice el refran: poco hombre es
quien de poco se acobarda:

vamos á echar una copa
á la salud del Monarca
mejor del mundo y su Prole,
y lo demás á la espalda.

M. CIPRIAN.

¿Quién se ha de negar á un brindis
de consecuencias tamañas?
ni á repetir con vosotros
llena de placer el alma::

Los cinco sentados á la mesa.
Cante victoria *beben.*
feliz España, &c.

ESCENA III.

Los dichos y Don Pablo, de paseo.

D. PABLO.

Parece dia del Santo
segun está acompañada
la Hermita::- ¿mas Don Julian?

D. JULIAN.

¡Don Pablo!

D. PABLO.

¡Que de mañana

habeis tomado el paseo!

D. JULIAN.

Tanto, que ya me cansaba,
y ha que estoy aquí sentado
leyendo media hora larga.

D. PABLO.

Tambien yo vengo bastante
fatigado, aunque las aguas
me prueban bien.

D. JULIAN.

Y á mí y todo.

D. PABLO.

Pero el paseo me enfada.

D. JULIAN.

Tambien divierte. ¿No veis
quanta gente extraordinaria
tenemos hoy?

D. PABLO.

Y por ahí
vienen otras á bandadas.

D. JULIAN.

A bien que el dia está fresco;
veremos en lo que para.

Se ponen á hablar.

ESCENA IV.

Severiano, Perico, Caleseros, con Julianillo y los antecedentes Actores.

JULIANILLO.

Este es el mejor parage:
tendidas aqui las mantas,
y puestas en pavellon
con quatro palos las capas,
estamos como en un coche.

SEVERIANO.

Bueno está, pero me enfada
esa vecindad.

JULIANILLO.

¿Por qué
parece gente de extrangia?

SEVERIANO.

Un poco; y mucho tambien,
porque si uno se emborracha,
se tira en el rio, ó hace
lo que le diere la gana,
(que nadie mientras yo viva
sobre mi persona manda)
se querrán meter en todo,

y ya tu sabes mis mañas.

PERICO.

Hay mas que llegar á ellos
y decirlos que se vayan.

JULIANILLO.

Eso tampoco es razon,
porque en qualquiera posada
el tiro que entra primero
elige la mejor quadra.

PERICO.

¿Y qué resuelves?

SEVERIANO.

Veremos
en viniendo nuestras amas
que dicen.

JULIANILLO.

Pues ya están ahí
con el Tio Cataratas
y Andreu.

SEVERIANO.

Sean bien venidas.
¿Qué moza es la Policarpa,
Julianillo?

JULIANILLO.

Mi Mamerta
tampoco es mala muchacha.

Dentro.

Ele.

Fuera.

Ole.

SEVERIANO.

Por alli
está mejor la baxada.

CAMILA.

¡Quánta gente!

M. CIPRIAN.

¿No lo dixe?
Verán ustedes lo que anda.

ESCENA V.

Policarpa, Crisóstoma, Serapia y Mamerta de Pasiegas; Andreu, el Tio Cataratas con unas mantas de caballo al hombro; y un Comparsa de mozo de cordel con una banasta grande en que vienen quatro chiquillos de mantillas. Los Actores antecedentes.

POLICARPA.

Ea, venga lo que venga
ya estamos en la campaña.

CRISOSTOMA.

¿Y qué calor hace?

CATARATAS.

Ya
no podia con la carga.
Suelta en el suelo las mantas.

ANDREU.

Majadero, no hagas tu
lo propio con la banasta
de los niños.
Los descarga con tiento.

CRISOSTOMA.

Poco á poco.

POLICARPA.

¿Han llegado sin desgracia?

CRISOSTOMA.

Y miralos como duermen
los hijos de mis entrañas.

SERAPIA.

¡Ay! Oyes ¿qual es el mio?

SEVERIANO.

Dexarlos ahora que callan.

JULIANILLO.

Y vamos á disponer
el rancho, y á que se traiga
aqui todo el trén de fiesta.

D. PABLO.

: No veis la gente que carga
en este prado?

D. JULIAN.

Observemos
el modo con que se acampan,
y luego haremos un giro
á reconocer las caras.

M. CIPRIAN.

A ver la sospecha mia
si está ya verificada.

M. NICOLA.

¿ Y qué ? Todo se compone
de este modo. Camaradas,
este sitio es nuestro.

SEVERIANO.

Bien.
¿ Me quiere usté en confianza
decir quanto le costó,
y enseñarme la contrata
de la posesion ?

M. CIPRIAN.

Haber
llegado primero basta.

SEVERIANO.

Y á mí el llegar el segundo.

POLICARPA.

Por eso voces no haya,
que lugar hay para todos.

CRISOSTOMA.

Y para mas que llegáran.

SEVERIANO.

Crisóstoma, mire usted
que algun chiquillo regaña;
acallele, y lo demás
dexemelo á mí.

CRISOSTOMA.

Serapia,
el tuyo es.

SERAPIA.

¡Ay hijo mio!

POLICARPA.

Pues el mio ha que no mama
diez horas; pero es lo propio
que su madre en la cachaza.

ANDREU.

Tome cada una el suyo,
por si la contienda pára
en golpes, no los lastimen.

Las quatro.

Eso solo nos faltaba.

Cada una coge el suyo, y se retiran á la espalda de los talesineros.

M. NICOLA.

Yo espero que los Señores
tendrán la buena crianza
de irse: ya ven ustedes
que aqui tenemos dos damas
que servir.

SEVERIANO.

Yo tengo quatro.

M. CIPRIAN.

La diferencia es bien clara.

JULIANILLO.

¿Y quién se lo niega á usted?
Estas son quatro fragatas
de guerra, y esotras dos
javequillos de piratas.

M. NICOLA.

¿Hombre, qué es lo que usted dice?

M. QUINTIN.

¿Usted sabe con quien habla?

SEVERIANO.

Si Señor, por eso hablo.

POLICARPA.

Vamos, Severiano, calla.
El terreno es de Madrid;

el piso nadie lo paga:
quedese el que esté á su gusto,
quien no lo esté que se vaya.

SEVERIANO.

Hablaste: este es el resume.
Cada qual á su posada.

PELUQUEROS.

Por vida de tal ::-

ESCENA VI.

Primitivo y Culebra con mozos: el uno trae una alfombra doblada acuestas; y el otro quatro sillas de paja chicas, y el tercero viene cargado de las panderetas y guitarras. Los mismos Actores.

PRIMITIVO.

Muchachos,
aquí hay una buena playa,
y seca, donde tender
la alfombra. Culebra, marcha
á traer á las Señoras,
interin se les prepara
el estrado: pon las sillas, *á los Mozos*
y tu cuida las guitarras.

M. NICOLA.

¿Hombre, qué vas á hacer?

PRIMITIVO.

¡Ola!
me gusta la confianza.
¿Digame usté, en que pesebre
ha comido usté la pája
que yo le eché estando juntos,
cada uno á lo que estaba?

M. CIPRIAN.

Tenga modo.

PRIMITIVO.

Verá usted
con que modo, si me cansa,
me porto.

CAMILA.

Monsiú Nicola,
bien Monsiú Ciprian hallaba
mal este lugar, despues
de tanto mundo.

M. NICOLA.

Madama
Camila, es punto de honor
que no ha de quedar un alma
aqui.

SEVERIANO.

No se irán las nuestras.

PRIMITIVO.

Toma, quedaremos tantas
y tantos cuerpos: y digo
cuerpos de honra y substancia,
que con ocho ó diez que acudan
se llena toda una sala,
se divierte una Provincia,
y todo un Reyno se sala.

SEVERIANO.

Parece usté un poco crudo.

PRIMITIVO.

Mande usté calentar agua
para ponerme á cocer,
si lo crudo le empalaga.

SEVERIANO.

Asi quiero yo los hombres.
Y yo apuesto que se allana
á la razon.

M. CIPRIAN.

Caballeros,
¿habrá que traer la espada
para hacerse obedecer!

SEVERIANO.

Embayne usted, seo Carranza;

y déxeme á mí que sé
manejar esta ensalada.

PRIMITIVO.

Déxele usted al Señor,
que ha estudiado en Salamanca,
y sabe mucho.

SEVERIANO.

No mucho;
pero sé lo que rebasta
para salir bien de un lance
un hombre de circunstancias.

PRIMITIVO.

Veamos esa salida,
que ya hemos visto la entrada.

SEVERIANO.

Esa pobre gente....

M. CIPRIAN.

¿Cómo
pobre gente?

PRIMITIVO.

Con cachaza,
que ahora tiene el Señor puesto
el embuo en mi garganta
para llenarme este buche
de satisfaccion; si acaba
pronto; y yo tengo paciencia,

meterá usté su cuchara
en la plática, y sino
esa saliva se traga.
Adelante.

SEVERIANO.

Estos Señores,

M. NICOLA.

Ahora va muy bien.

Mira á los suyos con satisfaccion.

SEVERIANO.

se hallan
de este sitio apoderados
aqui desde esta mañana.

M. NICOLA.

Si Señor.

SEVERIANO.

Mi comitiva,
ya la vé usté acomodada
al otro lado, tal qual;
con que será cosa extraña
venir las gentes de fuera
á echarle á uno de su casa.

PRIMITIVO.

¿Lo dixo usté todo?

SEVERIANO.

Todo.

PRIMITIVO.

Pues no hay que decir palabra;
estamos todos conformes,
con tal que ustedes se hagan
una legua mas allá
con su tren y su banasta,
y dexen para mi gente
aqui libre una gran plaza,
que somos poquitos; pero
viene moza que si baila,
para dar la primer vuelta
necesita doce varas
de circunferencia.

POLICARPA.

Yo
no necesito de tantas;
pero con una me sobra
para hartar de bofetadas
á una quadrilla de majos,

PRIMITIVO.

Como hay San que me alegrára
de verlo. No están distantes *grita dentro*
que ya suena la algazara.
A un lado mientras yo dexo
mi comision evacuada,

PASIEGAS.

Por vida de::=

SEVERIANO.

Ustedes cuiden sus niños, y quieta España.

ESCENA VII.

Licanora, Cantalicia, Baldomera y Susana, Antonino, Colasico, Culebra y Saturio de Majos bizarros: ellas con panderos: ellos con castañuelas: trayendo la Licanora que viene delante un vitor con cifra del nombre CARLOS III, y pendiente una vanderola con las armas de su Magestad.

Salen cantando los ocho las siguientes seguidillas rumbonas.

Si es Don Cárlos Tercero
Rey de los Reyes,
Doña Luisa es la Reyna
de las mugeres.
Ay como rien,
ay como crecen

los Infantes Gemelos
Dios los prospere.

Otra.

El Principe de Asturias
y la Princesa
no tienen compañero
ni compañera, &c.

Siguen segun se dieron para poner en música.

CUCHIPANDA.

Viva el Rey y viva toda
Muy majo y con una muleta sin poder hablar.
su familia soberana,
y viva ::- no puedo mas,
una silla y una capa
que el calor me ha dado un frio
que me hace temblar la estauta.

LICANORA.

Ya veran ustedes como
por el tio Cuchipanda
se malogra la funcion.

CUCHIPANDA.

¡Y qué poco! vaya, vaya

Le acomodan cerca de Don Julian.

que quiero aprovechar el
poco tiempo que me falta
para morirme.

D. JULIAN.

¿Pues quando
se piensa morir?

CUCHIPANDA.

Mañana
tempranito. Vean ustedes
si alguna cosa me mandan
por allá.

D. PABLO.

¿Y por qué morirse
quiere?

CUCHIPANDA.

Por una humorada:
Ya se la diré, que ahora
no puedo echar bien el habla.

LICANORA.

Premitivo, ¿qué familia
tienes aqui convidada?

PRIMITIVO.

A tí te convido yo
á todo; y á tu prosapia
la convido siempre y quando

te dé á tí el gusto y la gana,
La demás gente del mundo
para mí es corcho.

LICANORA.

Bien haya
tu boca: ¡qué gachon eres!
Asi me tienes prendada.

CANTALICIA.

Digo ¿se vienen ustedes
á divertir solos?

LICANORA.

Calla
Cantalicia, que hay aqui
mucha gente que me enfada,
y quiero saber quien son.

CRISÓSTOMA.

Gentes que están enfadadas
tambien de haber visto á ustedes.

CAMILA.

Y que como no se vayan
se tomará providencia.

M. NICOLA.

¿Qué es lo que usté hace, Madama Camila?

LICANORA.

¿Madama qué? *burlandose.*

CAMILA.

No sean desvergonzadas.

CRISÓSTOMA.

¿Cómo es eso?

POLICARPA.

De esta hecha
queda nuestra la campaña.

PRIMITIVO.

Licanora, no te pierdas.

CAMILA.

Caleseros, Culipardas
y gentecilla. Monsú
Ciprian, si no se despacha
este mundo, yo me vuelvo
á Madrid.

LICANORA.

Bien despachada
irá usted, si yo la agarro
entre mis uñas.

POLICARPA.

Serapia,
toma ese niño. Usted nunca
ha probado las patadas *á Camila.*
de las Pasiegas.

LICANORA.

Primero

ha de saber como arañan
las gatas del rastro.

D. PABLO.

Ola,
que esto va de mala data.

CUCHIPANDA.

Poco á poco, y el que quiera
Se levanta enfadado.
camorra vaya á la plaza
de los toros. Pon enmedio
esa vanderola blanca
que senifica la Paz,
con la cifra y con las armas
de Madrid; y al que se mueva
que mala guerra le caiga
acuestas.

UNOS.

Amen.

OTROS.

Amen. *se suspende.*

M. CIPRIAN.

Salió lo que yo pensaba.

M. NICOLA.

Cojamos las prevenciones,
y vamonos á la casa
del molino.

LICANORA.

Ese es el modo
de que quedemos mas anchas
del todo.

POLICARPA.

Vamos al puente
de Toledo, y den las gracias
al dia, y á esa señal.

CUCHIPANDA.

¿Ven como todo lo aplaca
la Paz?

M. NICOLA.

Como que tan solo
venimos á celebrarla.

SEVERIANO.

A lo mismo hemos venido.

LICANORA.

¿Y todas estas guitarras
y panderos les parece
que vienen á humo de pajas?

POLICARPA.

Buena es la Paz; pero hay otra
cosilla que la aventaja
para nosotras.

LICANORA.

¿Qual es?

POLICARPA.

Los Infantes.

CRISÓSTOMA.

Ay es nada,
quantos millones han de
valer á nuestras Montañas.

CUCHIPANDA.

Y á todos. Benditos sean:
ellos son los que me matan
con el puñal de la Paz.
Vaya de bulla y de zambra
porque me quiero morir.

D. JULIAN.

Es locura bien estraña.

CUCHIPANDA.

¡Locura! Quiero morirme
para ir á dar á Dios gracias
de que ha enviado unos dias
tan dulces para mi Patria:
que aqui donde usté me vé
con esta ropa ordinaria,
soy hijo de la ballena,
y paisano del Monarca
del mundo: y ademas de eso,
apenas llegué á la Granja
yo, parió nuestra Princesa

dos; ¡pero qué dos alhajas!
Yo los vi: sobre que ya
no me queda que ver nada
en el mundo. Muerte, vamos,
dale un filo á la guadaña,
y ensayate en mi cogote
á partir bien rebanadas
de melon. Yo he de morirme
ó de alborotar la España.

D. PABLO.

Es embidiable locura.

MAJOS.

Viva el tio Cuchipanda.

CUCHIPANDA.

Esta es la ultima que haré,
pero la he de hacer cerrada.

POLICARPA.

¿Vamonos?

CAMILA.

Vamos, Señores.

ESCENA VIII.

El Colorado y Trifon de Choriceros con dos tazas, un jarro de vino y una bandeja de vizcochos. Y todos los demás Actores.

TRIFON.

Aqui hay gente.

COLORADO.

Y demasiada.

TRIFON.

Pues vé por otros dos jarros
mayores de vino, y carga
bien de vizcochos, y dulces
de Inglaterra, de Francia,
de las Provincias unidas,
Marruecos, Turquía, España ::-
Ya entiendes: de todas las
Provincias pacificadas.

COLORADO.

Ya iré, luego que ayude
á servir á estas madamas.

TRIFON.

Los dulces son para ellas.

Perdonen la confianza,
Señores, y vaya un trago.

SEVERIANO.

Se estima, mas no se gasta.

CUCHIPANDA.

¿Y qué vino es?

TRIFON.

De la Paz.

CUCHIPANDA.

Pues echeme usted dos tazas:
y otras dos por los Gemelos;
para ver si asi me casca
un tabardillo, y despues
una muerte como un ámbar.

ANDREU.

¿Amigo Trifon, qué es esto?

TRIFON.

Ya que por nuestra desgracia
somos un gremio volante
los Choriceros, que pasan
de treinta mil los que vienen
á Madrid por temporadas;
y no cuentan con nosotros
en fiestas tan celebradas;
queremos dar testimonio
del gozo que nos alcanza.

M. CIPRIAN.

Las escofieteras y
Peluqueros de las damas
hemos pensado lo mismo.

SEVERIANO.

Cosa bien extraordinaria.
Los Caleseros de la
plazuela de la Cebada
y la calle Angosta, cuya
vecindad de las posadas,
con las Señoras Pasiegas
nos franqueó la confianza,
aqui alegres nos juntamos
tambien con la misma causa.

JULIANILLO.

Esto se va componiendo.

LIGANORA.

Tampoco la gente honrada
de Tratantes, y comercio
de flores y de naranjas,
venimos con otro fin.
que el que sepan que se gasta
y que se luce lo que hay
con la lealtá mas vizarra
en una ocasion como esta.

CUCHIPANDA.

¿Lo ven ustedes? Mañana
me muero: todos son estos
milagros de la Paz santa;
miren como une las gentes
sin saber lo que les pasa.

SEVERIANO.

Sin duda es casualidad
que parece imaginada,
mas que natural.

D. JULIAN.

Juntarse
asi, es novedad extraña.

D. PABLO.

Pero que todos procuren
concurrir á las vizarras
intenciones de Madrid,
y que de sí mismos salgan
con tan plausibles motivos,
no es menos extraordinaria.

D. PABLO.

¿Y qué diversion, que fiestas
traen ustedes preparadas?

LICANORA.

El empeño de nosotras
es desterrar la tirana,

con otro ayrecillo nuevo
llamado la afortunada.

M. NICOLA.

Nosotros que hemos corrido
mundo con estas dos dayfas
aprendizas de escofietas,
y maestras consumadas
del arte de la mantilla,
y la cofia Valenciana,
traemos tambien dispuesto
un bayle á la Provenzala.

JULIANILLO.

Viva. ¿Y ustedes?

TRIFON.

Comer.
Convidando á quantos salgan
ó entren por todas las puertas
que desde aqui á ver se alcanza
de Madrid.

JULIANILLO.

Gran prevencion
habrá.

TRIFON.

A pernil por barba
y dos chorizos de ley,
que tambien los hay de Mapla,

gallinas, peces, conejos,
y todo quanto se halla
alusivo á lo fecundo,
y dá de sí la abundancia
de las Potencias amigas;
y con otra circunstancia,
que los Cocineros son
uno Inglés y otro de España,
porque es del asunto todo
lo que al asunto se gasta.

COLORADO.

Y asi á las doce del dia
al presente que hay mesa franca.

JULIANILLO.

¿Y ustedes que harán?

POLICARPA.

Cuidar
los chiquillos, y dar gracias
á Dios por los que han nacido
para nuestras esperanzas
de ser poderosas.

LICANORA.

¿Cómo?

POLICARPA.

Será tanta la abundancia
que habrá desde hoy de gemelos

en Madrid :: La cosa rara
que hoy se ve en Palacio, es moda
en todo el lugar mañana;
y yo apuesto á que de hoy mas
la muger embarazada
que no pára dos, no sale
de verguenza de su casa.

CRISÓSTOMA.

¿Yo á que la que no los tiene,
acude á la Inclusa, y saca
dos, ó los pide prestados
á la amiga ó la hermana?

SERAPIA.

Lo que es moda no se presta.

CUCHIPANDA.

Gran año para las amas.

D. JULIAN.

¿No baila usté?

POLICARPA.

Me acaloro.

D. JULIAN.

¿Y cantar?

POLICARPA.

Ahí la Serapia.

SERAPIA.

Para arrullar á los niños

solamente tengo gracia.

JULIANILLO.

Y dime, ¿si á los Infantes,
supongamos, arrulláras,
cómo cantarias?

SERAPIA.

Mal:
que entonces toda turbada
del respeto y el placer,
al verlos muda quedára.

CRISÓSTOMA.

Miente: que unas seguidillas
que una Señorita canta
de nuestra calle al asunto,
las borda.

SERAPIA.

No seas pesada
que las canto mal.

LICANORA.

A ver,
veamos como ustedes baylan.

CRISÓSTOMA.

¿Y cantan estas amigas?

CUCHIPANDA.

Ya como amigas se tratan.
La Paz, la Paz: yo me muero

de gozo, si no me matan.

M. CIPRIAN.

Desde luego: cante usted,
interin que se preparan,
y prevengo que se acerquen
los que han de tocar.

LICANORA.

Prepara
los bartulos, Cantalicia,
que á cortés nadie me gana;
y hemos de atronar el mundo
con la fortuna coreada.

SEVERIANO.

¿Que es eso?

CANTALICIA.

Allá se verá.

TRIFON.

Pues vamos que tengo gana
de comer.

CUCHIPANDA.

Yo de morirme.

TRIFON.

Pues hagame usté la gracia
de despacharse, ó callar
mientras la Pasiega canta.

POLICARPA.

Vamos, muger.

SERAPIA.

Allá voy.
Suplan ustedes las faltas.

Cantó las seguidillas del arrullo de los Gemelos.

TODOS.

Grandemente.

D. JULIAN.

Por mi voto,
naciste mas adequada
para Operista en algun
teatro, que para ama
de criar.

POLICARPA.

¿Y qué seria
de Madrid, si le faltára
nuestro auxîlio? Vean ustedes
los hombres que por ahí andan
como este dedo meñique,
y vean lo que nos encargan,
que á los cinco meses pesan
cinco arrobas bien pesadas;

y sino aquí está este bruto:
hijo mio de mi alma. *le besa.*

SERAPIA.

Mira qué gordo está el mio,
mira; y eso que no mama.

CRISÓSTOMA.

Las Pasiegas hemos sido
la restauracion de España.

MAMERTA.

El mio no es muy hermoso,
pero tiene bella pasta.

TRIFON.

Choriceros y Pasiegas
somos gente muy honrada.

PRIMITIVO.

Pues calle usted, hombre honrado,
que ya el bayle está en campaña.

M. NICOLA.

Este no es un bayle, amigos;
que es solo una extravagancia
de caprichos, deseosos
de hacer la funcion mas varia.

PRIMITIVO.

Ya lo sabemos.

M. CIPRIAN.

Pues vamos

á baylar, echa esta salva.

El bayle de la Provenzala á quatro.

TODOS.

Vitor.

Sale Colorado.

COLORADO.

Ya está la comida
Señores.

CUCHIPANDA.

Santa palabra.

SEVERIANO.

¿Para qué quiere comer,
si se quiere morir?

JULIANILLO.

Para
morir harto, como dicen
las gentes que murió Marta.

CUCHIPANDA.

Y he de comer hasta que
tenga tan llena la panza
de jamón, como de Paz
y de Gemelos el alma.
No se asusten: verán que
estampido hay en la sala.

TRIFON.

Supongo que me honrarán.

D. PABLO.

Avisaremos á casa:
que la ternura y el gozo
nos edifican y pasman.

SEVERIANO.

¿Y ustedes, niñas?

LICANORA.

Nosotras
siempre estamos preparadas
para todo lo que es broma.
Soy Madrileña de raza.

PRIMITIVO.

Primitivo, haz que instrumentos
y Personas se repartan
como sabes.

PRIMITIVO.

Yo no canto;
pero solféo con gracia.

LICANORA.

El que nos quiera ayudar
quando entre el coro, que salga:
que á mas gente mas placer:
y á los objetos que inflaman
nuestros corazones, todo

es corto obsequio.

PRIMITIVO.

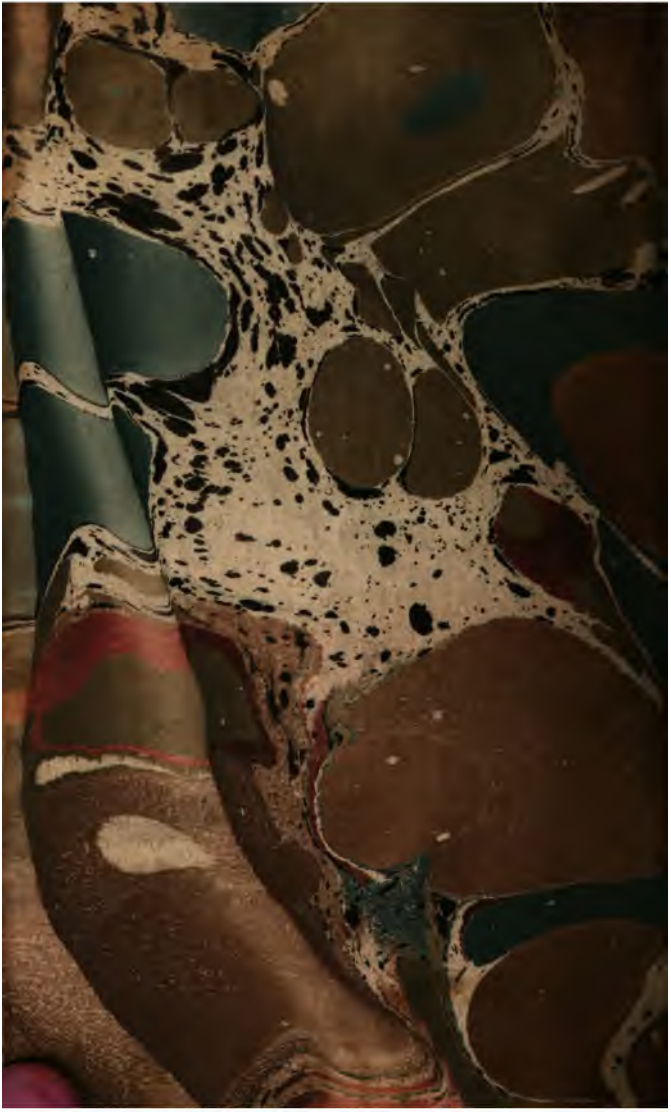
Ay es nada.
Los beneficios del Cielo,
y la bondad de un Monarca
que á costa de sus desvelos
tantos bienes nos alcanza.

TODOS.

Que viva.

LICANORA.

Y viva Madrid
eternamente en su gracia;
y el Cielo conserve.... Amen.
Enarbolad las guitarras.

Toma el Tio Cuchipanda la vanderola, y haciendo con ella mil extremos de gozo, se reparten y cantan el juguete alusivo á la festividad, que está prevenido para dar fin.

532779